

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento Antropología, Historia Y Humanidades

Convocatoria 2018 - 2020

Tesis para obtener el título de Maestría en Investigación en Antropología Visual

ENTRE EL BUEN Y EL MAL VIVIR. TRANSFORMACIONES SOCIALES Y LAS  
MANERAS DE HABITAR DE LAS FAMILIAS BENEFICIARIAS DEL  
REASENTAMIENTO DE SÚA Y SU RELACIÓN CON EL PROGRAMA DE  
ACOMPañAMIENTO SOCIAL

Sefla Urgilés Byron Andrés

Asesora: Ardèvol Piera María Elisenda

Lectoras: Acosta Maldonado María Elena, Bermúdez Arboleda Nancy Patricia

Quito, julio 2022

## **Dedicatoria**

Cuando llego al punto más alto, a ese lugar donde siempre se regresa a ver todo lo que pasó, todo lo que costó dejar y lo que no se ha podido olvidar; cuando llego a ese punto sin retorno, donde lo único que queda es avanzar, entregando y dejando hasta ese último aliento moribundo de cansancio e incertidumbre; cuando llego a ese lugar que tanto había soñado, por el que me he transformado y deconstruido con cada vericuetto que la vida me puso para alcanzarlo; ahí, en cada pensamiento, en cada conquista y cada tropiezo, en cada alegría y cada tristeza, en cada acierto y cada fracaso, en cada ilusión y cada esperanza; al principio y al final de todo esto, y aún por fuera de lo que no ha sucedido todavía, has estado, estás y sé que estarás siempre... Por ti madre mía, por ti es cada palabra, desde la primera hasta la última, de este trabajo. De modo que no es casual que escriba esta dedicatoria el día de tu cumpleaños. ¡Te amo madre Bella!

A todo lo que fui, soy y seré en este gran y profundo chiste cósmico. Sé que la vida no es una, de modo que esto irá con el signo de aquello sublime, pero sin duda insuperable, profundo e inconmensurable en todos mis afectos; de tal forma que ahora, muy probablemente, estas pocas líneas sean y serán absolutamente insuficientes para la descripción más indispensable e inimaginable de mi mejor proyecto de vida, un Kinti que aletea incansablemente, buscando néctar para dar abrigo a su alma.

## **Tabla de Contenidos**

<b>Imágenes</b> .....	5
<b>Resumen</b> .....	8
<b>Agradecimientos</b> .....	9
<b>Introducción</b> .....	10
<b>Capítulo 1</b> .....	16
Reasentamientos: de la presencia a la ausencia del acompañamiento social .....	16
1.1. La creación del reasentamiento de Súa .....	17
1.2. Un acercamiento a la “Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas” .....	24
1.3. El acompañamiento social en reasentamientos .....	30
1.4. De la dotación de vivienda a las dinámicas sociales .....	32
1.5. Un estudio antropológico sobre reasentamientos .....	35
1.5.1. El problema de investigación .....	40
<b>Capítulo 2</b> .....	43
Una teoría para el habitar .....	43
2.1. El giro espacial: una apuesta teórico-metodológica para entender el habitar .....	43
2.2. El habitar entre la representación y la vida cotidiana .....	48
2.3. La vivienda de interés social y la domesticación del espacio .....	53
<b>Capítulo 3</b> .....	59
Apuntes metodológicos .....	59
3.1 Técnicas de investigación .....	61
3.2. Tiempo de investigación .....	64
3.3. Locaciones .....	66
3.4. Mis Interlocutores .....	69

3.5. Aspectos técnicos .....	75
<b>Capítulo 4</b> .....	<b>77</b>
Una cámara para entender la vivienda social .....	77
4.1. El primer encuentro: hacia un fallido documental participativo .....	78
4.1.1. El camarógrafo de un no-evento .....	78
4.1.2. Un fallido documental participativo “gracias” a la pandemia .....	84
4.2. ¿Es necesario tener un documental sobre vivienda social? .....	87
4.3. Un juego de miradas: el uso del dispositivo audiovisual en el trabajo de campo .....	91
4.3.1. Los interlocutores frente a la cámara .....	100
4.4. Reflexividad: una alternativa narrativa .....	110
4.4.1. Un juego de emociones y memoria: ¡Esto es otro reasentamiento! .....	114
4.4.2. “¿Y usted qué hace?” La comunidad también te indaga .....	120
<b>Capítulo 5</b> .....	<b>126</b>
Del “Buen” al “Mal” vivir en los proyectos de reasentamiento .....	126
5.1. El “Buen Vivir”: dignidad con los pies secos .....	127
5.2. ¡Esto es el peor vivir! .....	135
5.3. ¡Entre el bien y mal convivir! Confrontaciones imaginarias .....	144
5.4. Domesticación del espacio: la apropiación de la vivienda .....	155
<b>Conclusiones</b> .....	<b>159</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>163</b>

## Imágenes

Foto 1.1. Viviendas antiguas en estero del río Súa .....	23
Foto 1.2. Moradores durante instalación de letrero .....	25
Foto 1.3. Plano del reasentamiento de Súa .....	26
Foto 1.4. Ciudadela recién construida .....	27
Foto 1.5. Detalle del estado actual del reasentamiento .....	28
Foto 1.6. Recorrido con cámara junto a Andrés Ibarra .....	29
Foto 3.1. Cumpleaños de Ibrahym Ibarra .....	63
Foto 3.2. Gráfica de un fragmento de archivos del trabajo de campo .....	64
Foto 3.3. Primer encuentro con Andrés Ibarra .....	65
Foto 3.4. Ingreso principal al reasentamiento de Súa .....	66
Foto 3.5. Gradas de acceso a las viviendas de Gladys Castillo y María Calderón .....	67
Foto 3.6. Vivienda de Tatiana Angulo .....	67
Foto 3.7. Estero de Súa: pescadores residentes del reasentamiento .....	68
Foto 3.8. Galo Santos, morador del reasentamiento, en Estero de Súa .....	68
Foto 3.9. Videlma Cortés .....	70
Foto 3.10. Andrés Ibarra, presidente de la ciudadela .....	71
Foto 3.11. Primer contacto con Edison Mandarina .....	73
Foto 3.12. Recorrido por playa de Súa con Jhonny Portocarrero .....	74
Foto 4.1. Asamblea de representantes de la comunidad .....	82
Foto 4.2. Niños y niñas exploran la cámara .....	96
Foto 4.3. Videlma y yo tras una jornada de entrevistas .....	105
Foto 4.4. Recorrido con Edison Mandarina .....	106
Foto 4.5. Líder Reyes mientras lava ropa y se baña .....	108
Foto 4.6. Recorrido por la comunidad con gestoras sociales en el 2014 .....	117

Foto 4.7. María Méndez junto al patio trasero de su vivienda .....	118
Foto 4.8. Washington Méndez y su familia se acomodaron junto a aguas residuales .....	119
Foto 4.9. Fotogramas de entrevista grabada por niñas y niños de Súa .....	122
Foto 5.1. Construcciones informales sobre el río Súa.....	128
Foto 5.2. Viviendas que no entraron en el plan de reubicación .....	129
Foto 5.3. Jhonny Portocarrero en recorrido con cámara en Brisas del Mar .....	131
Foto 5.4. Darlis Ponce y las puertas abiertas de las viviendas .....	133
Foto 5.5. Fotogramas de una misma situación en casa de Darlis .....	134
Foto 5.6. Recorrido con Edison Mandarina .....	137
Foto 5.7. Ingreso a la vivienda de Edison y sus vecinos .....	138
Foto 5.8. Pozos saturados en viviendas de la manzana 4 .....	139
Foto 5.9. Ciriaco Mera (der) y Gladys Castillo y su familia (izq) .....	141
Foto 5.10. Yaritza Ortiz en el patio trasero de su vivienda.....	142
Foto 5.11. Fotografía de archivo difundida por el MIDUVI en el 2014.....	146
Foto 5.12. Talleres de socialización y aprobación de Reglamento Interno .....	147
Foto 5.13. Nancy López lavando ropa en la entrada de su vivienda.....	151
Foto 5.14. Manuel Vera, Eliseo Palacios y Galo Santos, pescadores de Súa .....	153
Foto 5.15. Darlis Ponce recorre su vivienda con los objetos del pasado .....	155
Foto 5.16. Alexandra Saltos en su vivienda.....	156
Foto 5.17. Vivienda de Tatiana Angulo .....	157

## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Byron Andrés Sefla Urgilés, autor de la tesis titulada “Entre el Buen y el mal vivir. Transformaciones sociales y las maneras de habitar de las familias beneficiarias del reasentamiento de Súa y su relación con el programa de Acompañamiento Social”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, julio 2022



---

**Andrés Sefla**

## **Resumen**

Esta investigación aborda las transformaciones sociales y maneras de habitar de los beneficiarios de vivienda social del Reasentamiento de Súa, ubicado en Atacames, provincia de Esmeraldas, dentro del Programa Habitacional de Reasentamiento o Emergencia implementado por el MIDUVI en el año 2014, con la fundación la ciudadela de “Buen Vivir” Alonso de Illescas. La tesis examina la respuesta de los moradores de la ciudadela a la presencia y posterior ausencia del programa de Acompañamiento Social como plan de intervención social en este proceso de reasentamiento. Basada en un trabajo de campo etnográfico realizado entre 2019 y 2020, y que utiliza la cámara de video de una forma exploratoria y con vistas a la construcción de un documental participativo, recoge cómo los beneficiarios recuerdan el reasentamiento, el acompañamiento social, sus expectativas y aspiraciones, así como su actual sensación de abandono por parte de la Administración. La tesis busca comprender las lógicas existenciales, los modos de vida y las relaciones sociales de los habitantes que han sido víctimas de desastres naturales en general y del grupo de familias que habitan en el reasentamiento Súa en particular. Además, en un país donde la gestión social tiene poco tiempo de existencia, y que ha estado sujeto a una serie de cambios políticos y administrativos entre un gobierno y otro, entre una institución y otra, surge la necesidad de abordar cuáles son las repercusiones de la política pública de hábitat y vivienda en la producción social del hábitat de las familias beneficiarias.

Esta investigación se ha visto directamente afectada por la crisis sanitaria y la pandemia provocada por el COVID-19 en Ecuador, el cual ha recaído con mayor crudeza en la Región Costa del país, y la provincia de Esmeraldas no es la excepción dentro de este escenario que ha trastocado las formas de existencia y las prácticas cotidianas con distintos impactos. En este sentido, este trabajo académico y la investigación que estaba en marcha también ha tenido que reajustarse, limitar su alcance y postergar el documental participativo que la acompañaba, sin renunciar, no obstante, a seguir intentando comprender este conjunto de transformaciones sociales, formas de habitar y modos de convivencia en los programas de reasentamiento.

**Palabras clave:** Reasentamiento, habitar, vivienda de interés social, etnografía audiovisual, acompañamiento social

## **Agradecimientos**

La gratitud es un valor fundamental en nuestra relación con los otros. Nada, al menos en este trabajo, está por fuera de la solidaridad y el acompañamiento de personas que fueron fundamentales en este proceso y que no hicieron otra cosa sino contribuir a este esfuerzo.

Por eso, agradezco enormemente a mi profesora, guía y maestra, Elisenda Ardèvol, por el cuidado y atención a cada detalle de este trabajo, porque aún con mis idas y vueltas, siempre estuvo ahí con una voluntad incalculable, férrea y tenaz por sacar a flote este trabajo.

A Flacso, que me salvó en más de una vez.

A mi querida comunidad, a la Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas, porque aun siendo un extraño me trataron como uno de los suyos, en especial a Videlma, Andrés, Jhonny, Darlis, Tatiana, Edison, Ciriaco y Galo. Gracias por ser mis guías, mis colegas de producción y maestros de vida con sus propias existencias y formas de estar frente a los otros, frente a su espacio y frente a mí mismo.

A mis amigos, Raúl, Andro, Diego y Pepe, porque nunca me han abandonado, han estado en la alegría y la tristeza con que viene el capricho de la vida.

A Karen, que se instaló con sus reflexiones y “podcasts” de 25 minutos, dándome aliento y haciéndome entender que jamás llegamos vacíos, sino es con la sabiduría que hemos ganado en este largo trecho de la falta, es decir, la vida.

Y, como una mención especialísima, a Belenchis, que llegó con mucha luz y alegría a enseñarme el verdadero sentido de nobleza, respeto, lealtad y cariño, que buena falta le hacen a este mundo; como siempre le digo y siento, si los seres humanos tuvieran apenas el 10% de la voluntad, humildad y entusiasmo, que ella tiene, la vida sería, sin duda, más sencilla y justa, pero también hermosa y divertida; al final de todo, es lo que importa: estar bien sin ninguna impostura más que la misma existencia, con sus arrebatos y libertades.

## Introducción

Al iniciar la memoria de esta investigación, bien vale aterrizar en el contexto y en las condiciones gubernamentales, políticas y jurídicas que han permitido la creación de los reasentamientos o planes habitacionales en terrenos urbanizados por el Estado para familias en condiciones de vulnerabilidad y que, principalmente, han estado asentadas en zonas de riesgo o en asentamientos informales; esto con el objetivo de conocer las condiciones estructurales que subyacen a la formación de una comunidad de vivienda, pero también para saber qué factores intervienen en la reproducción de prácticas y conflictos sociales principalmente en los proyectos de vivienda de interés social.

La política de vivienda ha estado presente a lo largo de muchos gobiernos (Acosta 2009b; 2009a), como parte de distintos proyectos políticos especialmente desde 1984 con León Febres Cordero, con el proyecto “Pan, techo y empleo”, hasta el 2020 con el gobierno de Lenín Moreno, con el plan de vivienda “Casa para todos”. Sin embargo, esto no significa que la satisfacción de necesidades y el mejoramiento integral de la calidad de vida de las familias beneficiadas de estos programas sociales haya sido total o, en efecto, haya estado desprovisto de tensiones y conflictos alrededor de las comunidades creadas a partir de estos proyectos.

En este contexto histórico, alrededor de la vivienda de interés social en Ecuador, se inscribe esta investigación sobre el proyecto de reasentamiento de Súa, ubicado en el cantón Atacames, provincia de Esmeraldas (noroeste de Ecuador), hoy renombrado por los moradores como “Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas” en los años 2014-2015. Este proyecto, que incluyó a 135 familias, es uno más de los 11 proyectos grandes de reasentamiento creado por el gobierno de Rafael Correa en Esmeraldas, y parte de las 330 mil viviendas creadas a lo largo de los 10 años de la denominada “Revolución Ciudadana”. Sin embargo, más allá de los datos históricos alrededor de la creación de vivienda y las mutaciones en las políticas públicas para la emisión de bonos de vivienda, también es fundamental prestar atención a las formas de vida de los habitantes de estos reasentamientos para, a partir de la comprensión de sus lógicas de existencia y maneras de habitar las viviendas, es decir a partir del conocimiento de su relación con el entorno (Giglia 2012), se pueda tener una perspectiva más amplia del –si cabe el término–

“verdadero” impacto que cobran este tipo de proyectos habitacionales en la población reasentada.

La creación de programas masivos de vivienda de interés social ha sido una preocupación permanente de los distintos gobiernos en el mundo, puesto que la segregación socio-espacial ha sido una constante falla del sistema capitalista; de modo que a lo largo de la historia, alrededor del mundo, hemos encontrado proyectos “emblemáticos” que no siempre han logrado mejorar las condiciones sociales de los habitantes con la mera construcción de viviendas; así por ejemplo tenemos proyectos como Cabrini Green (1950), en Chicago; Velas de Scampia (1962-1975), en Nápoles; o, sin ir tan lejos en el tiempo y en el espacio, en Ecuador también tenemos el programa de reasentamiento más grande hasta la época, como el de Socio Vivienda que abarca a cerca de 5 mil familias (2010-2014). Muchos de estos asentamientos han reproducido los conflictos sociales entre sus habitantes, enfrentándolos al serio problema de la convivencia con los otros y también al cuidado de las viviendas junto con la funcionalidad que pueda o no tener la infraestructura frente a las necesidades y características socioculturales de los habitantes. En este sentido, el reasentamiento de Súa también está dentro de esos esfuerzos estatales para la solución de la vivienda como parte de una política mayor e intersectorial que tiene que ver con la consolidación del “Sistema Nacional de Inclusión y Equidad Social”<sup>1</sup> (Senplades 2013), propuesto por el gobierno de Rafael Correa.

Pero, como ya hemos dicho, quizás la problemática más importante que surge es cómo estas familias se articulan alrededor del espacio y de sus vecinos una vez que las familias han sido reasentadas y obligadas a vivir en viviendas generalmente de pequeñas dimensiones, tan pegadas unas de otras, con un diseño arquitectónico homogeneizador, y sin ningún proceso de negociación o acuerdo previo con las comunidades reasentadas sobre el lugar, tipo de diseño y construcción de las viviendas, y, en la gran mayoría de reasentamientos como el de Súa, sin alcantarillado. Si bien las políticas públicas ya están establecidas en decretos presidenciales, acuerdos ministeriales y demás instrumentos legales, y si bien las viviendas ya están construidas y entregadas a los beneficiarios, la preocupación inmediata que le llega al Estado es la

---

<sup>1</sup> Este sistema engloba el accionar de las instituciones públicas del Sector Social que trabajan en conjunto para mejorar las condiciones de vida de las familias en condiciones de vulnerabilidad, de modo que, alrededor de este sistema participan los Ministerios de Desarrollo Urbano y Vivienda, Salud, Educación, Inclusión Económica y Social, Deporte, Secretaría de Gestión de Riesgos.

administración de esas poblaciones reasentadas y las estrategias para la adaptabilidad de las familias a su nuevo entorno.

El gobierno de Rafael Correa, anclado en los paradigmas del Buen Vivir, estructurados tanto en la Constitución de la República como en el Plan Nacional de Desarrollo, tomó la decisión de crear e implementar la política de Acompañamiento Social en los nuevos programas de vivienda social bajo su mandato, para evitar la propagación de problemas sociales y la minimización del impacto del reasentamiento de las familias. Es decir que la acción política llevó al Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda (MIDUVI) a ampliar su eje de acción, que antes era meramente constructor o generador de viviendas, a un rol de interventor social para el fortalecimiento de la producción social del hábitat y la participación social de los beneficiarios alrededor de los proyectos de vivienda. En este sentido, como se verá en los apartados y páginas siguientes, este estudio aterrizará en esos nuevos sentidos y representaciones que tienen las familias alrededor de la vivienda, pero también alrededor de la convivencia y la organización social dentro del reasentamiento. Además de esto, es importante incorporar a nuestro análisis el proceso de gestión social implementado por el Estado a partir del año 2013 para acompañar a las familias reasentadas, que, en el caso de Súa –según María José Villalva, ex gestora social y representante zonal 1 de la Gerencia Institucional de Acompañamiento Social del MIDUVI– fue uno de los “casos exitosos de intervención social” junto a la ciudadela Milagro de Dios (en Quinindé, Esmeraldas) y el Proyecto de Huambaló (en Pelileo, Tungurahua); proyectos que, dicho sea de paso, recibieron un reconocimiento de la Organización de Naciones Unidas y el Ministerio de Desarrollo Urbano por las Buenas Prácticas de Hábitat, el 23 de octubre del 2014.

No obstante, y esto es importante contemplarlo, la intervención comunitaria promovida por el gobierno de Rafael Correa se limitó en el caso del reasentamiento de Súa a un año de acompañamiento social e institucional en los diferentes proyectos de reasentamientos una vez que las familias fueron a vivir en sus nuevas viviendas; lo que nos lleva a preguntar: ¿Qué es lo que pasa con las familias reasentadas en los años siguientes luego de la intervención social del ministerio? ¿Cómo transcurre sus vidas tras el agotamiento del programa de acompañamiento social? ¿Los beneficiarios mantuvieron o no los mismos esquemas de organización y participación comunitaria que buscó aterrizar el MIDUVI en los reasentamientos? ¿El fortalecimiento social mutó o no con el paso de los años? ¿Qué problemas sociales se

intensificaron o no alrededor de la convivencia? ¿Qué tan exitosa resultó la intervención social en los proyectos de vivienda? ¿Al final las políticas públicas de vivienda, dentro del paradigma del Buen Vivir o Sumak Kawsay mejoraron las condiciones de vida de las familias reasentadas? ¿Cuáles han sido las maneras de habitar que han implementado las familias reasentadas en sus viviendas tras la ausencia del Estado?

Actualmente, la necesidad de un acompañamiento social en los programas de vivienda social vuelve a ser contemplado, por ejemplo, en publicaciones como la de la Secretaría Técnica del Plan *Toda una Vida* (STPTV) (2021), apoyado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el MIDUVI, que establecen que las “Estrategias de Fortalecimiento Comunitario de Proyectos de Vivienda de Interés Social en Ecuador” tienen una valoración positiva en casos específicos como los proyectos de vivienda La Dolorosa (Imbabura), Dulce Amanecer (Cotopaxi), Huarca (Pichincha), y Ceibos Renacer y San Alejo (Manabí), que forman parte del programa masivo de vivienda “Misión Casa para Todos” implementada por el gobierno de Lenín Moreno.

Esta investigación quiere profundizar en las repercusiones sociales que tiene un cambio repentino en la política pública sobre la vivienda, que pasa de estar basado en un acompañamiento social a las familias para fortalecer una comunidad participativa, solidaria y autogestionaria de su propio hábitat, a una ausencia de la presencia estatal una vez otorgadas las viviendas, aunque el estado siga teniendo la titularidad sobre las mismas. El reasentamiento de Súa es un claro ejemplo de las consecuencias de un cambio brusco en las políticas estatales sobre vivienda. Entonces, la hipótesis de trabajo es que los procesos de acompañamiento social no son sostenibles a corto plazo, solo mientras dura la intervención del Estado, ya que si se interrumpe el acompañamiento una vez entregada la vivienda, las familias de los reasentamientos dejan de replicar las estrategias de fortalecimiento comunitario y pasan a dinámicas sociales que generan conflicto y tensión dentro de la convivencia; además, el buen uso y ocupación en la totalidad de viviendas pierde efecto y queda sujeto a las condiciones socioeconómicas y sentidos propios de pertenencia y rechazo a la comunidad y apropiación o descuido de la vivienda que tiene o desarrolle cada familia, en un entorno socioeconómico altamente vulnerable. Consecuentemente, proyectos que ya llevan cinco años de creación o más, y que han dejado atrás el acompañamiento social, como Súa, La Unión, Duana en Esmeraldas; Socio Vivienda, en Guayas; Acuarela 1 y 2, en Manabí; entre otros, acarrear consigo profundos problemas sociales y habitacionales que van

desde fallas estructurales en las viviendas, problemas sanitarios, conflictos ambientales, y falta de cohesión social hasta el debilitamiento en la participación social y procesos de organización interna.

Consecuentemente, este estudio se justifica en la necesidad de evidenciar esas prácticas sociales que surgen o se construyen al interior de un proyecto de vivienda de interés social. Si bien los análisis de implementación de políticas públicas de hábitat y vivienda son necesarios, como ampliamente lo han hecho los estudios urbanos, no es menos importante la construcción de narrativas antropológicas que busquen desentrañar los usos y significados de esas viviendas que han sido diseñadas y construidas desde una lógica institucional particular, muchas veces sin tener en cuenta las consideraciones de los usuarios finales.

Por lo tanto, en este contexto, se vuelve urgente contar con un estudio antropológico que aluda a los modos de uso y apropiación de las viviendas y que, de cierta manera, comprenda las relaciones sociales y simbólicas entre los beneficiarios y los espacios que les fueron asignados, en un territorio ajeno al de su antiguo hábitat.

En los siguientes capítulos abordaremos el estudio de las transformaciones sociales de las maneras de habitar de los beneficiarios del Reasentamiento de Súa a partir de un trabajo etnográfico en el nuevo asentamiento que explora cómo sus habitantes recuerdan el proceso de reasentamiento y cómo valoran el programa de Acompañamiento Social que se realizó, así como su posterior desaparición. El primer capítulo explica el proceso de reubicación de las familias en el contexto de las políticas públicas sobre vivienda, para posteriormente, abordar en el capítulo segundo el marco teórico de esta investigación. El tercer capítulo está dedicado a la metodología y la presencia de una cámara de video en el campo como instrumento de investigación y de participación, para en el capítulo cuarto, presentar el trabajo de campo etnográfico realizado. Finalmente, en el capítulo quinto se exponen los hallazgos de la investigación, y finalmente, se presentan las conclusiones.

Pensar en vivienda es pensar en ciudadanía, ya que es en esta dimensión donde no sólo se materializan las políticas públicas como la dotación de vivienda, sino también donde se tejen relaciones de solidaridad y afecto, donde se construyen y se instauran un sinnúmero de formas de cooperación, y por supuesto donde se consolidan o configuran una variedad de prácticas sociales

que además incluyen la apropiación del espacio por parte de los individuos de una comunidad, sin importar que esta sea urbana o rural. Por ello es importante arribar a un estudio antropológico que ponga sobre el tablero de la realidad social y política, aquello que Tim Ingold denomina como “indagación generosa, abierta, comparativa y no obstante crítica de las condiciones y los potenciales de la vida humana” (2015, 219).

El presente estudio se enmarca también en una necesidad individual, que está vinculada a mis propias emociones y experiencias vividas en la provincia de Esmeraldas y, en particular, en los reasentamientos creados por el MIDUVI; a los cuales tuve acceso cuando fui periodista de esta institución entre los años 2013-2016.

Por ello, existe un acercamiento tanto con los informantes de la institución, con el lugar, y con los posibles interlocutores del reasentamiento, es decir con los beneficiarios directos de las viviendas. Esta condición se considera pertinente en el proceso de investigación, toda vez que el acercamiento previo podría contribuir favorablemente a los procesos de negociación e intercambio de información en la investigación de campo.

## **Capítulo 1. Reasentamientos: de la presencia a la ausencia del acompañamiento social**

El reasentamiento de Súa en la parroquia rural del cantón Atacames, provincia de Esmeraldas, Ecuador, es un ejemplo significativo de las políticas públicas de vivienda implementadas por el Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda (MIDUVI) en respuesta a emergencias por desastres naturales. Entre julio y agosto de 2014, 135 familias afectadas por los constantes desbordamientos del río Súa recibieron viviendas de interés social como parte del Programa Habitacional de Reasentamiento.

Este proyecto, financiado con una inversión de 1.753.000 dólares, proporcionó viviendas de tipo palafítico de 40 metros cuadrados con infraestructura básica y áreas de recreación. La ejecución del proyecto estuvo respaldada por diversas normativas y políticas públicas, demostrando el compromiso del gobierno de atender a las familias vulnerables afectadas por desastres naturales, particularmente en la región costera.

Uno de los primeros pasos significativos en la apropiación del nuevo espacio por parte de los beneficiarios fue renombrar el reasentamiento como "Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas", en honor a un histórico líder afrodescendiente de la región. Este acto simbólico reflejó el fuerte sentido de pertenencia y la identidad cultural de la comunidad, mayoritariamente afrodescendiente y originaria de diversas localidades de la provincia de Esmeraldas. La iniciativa del MIDUVI también incluyó la creación de la Gerencia Institucional de Acompañamiento Social (GIAS) para abordar los conflictos sociales emergentes en los reasentamientos.

La intervención de la GIAS se centró en fortalecer los lazos comunitarios y fomentar la participación activa de los beneficiarios en la gestión de su nuevo entorno habitacional, destacando la importancia de la cohesión social y la integración en estos procesos de reasentamiento. Consecuentemente, en el presente capítulo abordaremos con mayor detalle y profundidad en este reasentamiento, sus aspectos técnicos, legales y sociodemográficos, así como en los procesos de acompañamiento social que se desplegaron desde el MIDUVI para buscar la habitabilidad y convivencia armónica entre las y los beneficiarios de la comunidad.

## 1.1. La creación del reasentamiento de Súa

Entre julio y agosto del 2014, 135 familias de Súa, parroquia rural del cantón Atacames en la provincia de Esmeraldas en Ecuador, recibieron una vivienda de interés social dentro del Programa Habitacional de Reasentamiento o Emergencia implementado por el MIDUVI. Los beneficiarios, previo a la obtención de su vivienda, accedieron a un bono de emergencia que, hasta entonces, estaba destinado a favorecer a familias de escasos recursos económicos que perdieron su vivienda por desastres naturales como inundaciones, terremotos o deslaves; en el caso de Súa, la emergencia fue por posibles nuevas inundaciones.

Según informes oficiales del ministerio, el proyecto de vivienda fue financiado con una inversión de 1'753.000 dólares, con lo cual las 135 familias recibieron una vivienda de tipo palafítica de 40 metros cuadrados, de hormigón armado, en un conjunto que, según fue difundida en la página oficial del MIDUVI<sup>2</sup> cuenta con infraestructura básica (luz, agua, biodigestores, sin alcantarillado), además de calles adoquinadas, bordillos y áreas de recreación infantil.

De igual manera, el MIDUVI informó en su plataforma web y sus redes sociales que los beneficiarios de este proyecto perdieron sus viviendas por los constantes desbordamientos del río Súa, ubicado en el cantón Atacames de la provincia de Esmeraldas. Estos beneficiarios, según indica el ente rector de la política pública de vivienda, constaron en la lista de damnificados que fue levantada por el Comité de Operaciones de Emergencia (COE)<sup>3</sup> de Atacames; mismo que estuvo integrado por la Secretaría de Gestión de Riesgos, el Municipio de Atacames, la Gobernación de Esmeraldas, el Ministerio de Inclusión Económica y Social y el MIDUVI.

La entrega de estas viviendas estuvo soportada por una serie de decretos, acuerdos y políticas públicas emitidas por el Gobierno Central; de modo que el reasentamiento de Súa es una muestra del tipo de proyectos habitacionales que se entregó durante este período gubernamental, especialmente en la Costa, por cuanto el diseño era tipo palafítico, distinto a las viviendas de una planta que se construía en la Sierra.

---

<sup>2</sup> [www.habitatyvivienda.gob.ec](http://www.habitatyvivienda.gob.ec)

<sup>3</sup> En el 2013, el Miduvi integró el Comité de Operaciones de Emergencia (COE) de Atacames, junto a la Secretaría Nacional de Gestión de Riesgos, el Municipio de Atacames, la Gobernación de Esmeraldas, el Ministerio de Inclusión Económica y Social. A partir de las listas oficializadas por el Comité, cada una de las instituciones dirigió sus servicios para la población afectada por las inundaciones en esta localidad. En el caso particular del Miduvi, se asistió a través de la emisión de Bonos de Emergencia que permitieron la construcción del Reasentamiento Súa.

Como antecedente, el 22 de enero de 2013, se expidió el Decreto N° 1419, donde se incorporó una actualización en la emisión de las diferentes modalidades de bonos de vivienda, que, dicho sea de paso, eran entregados directamente a los promotores y constructores de vivienda, con la correspondiente lista de selección de beneficiarios definida por el MIDUVI sobre la base de los informes del COE cantonal. Es decir, que el valor de estos bonos se trasladaba directamente a los contratistas u oferentes de vivienda seleccionados bajo concurso por el MIDUVI.

Dentro de este Decreto, en el artículo 7 se contempló “incrementar el valor del Bono de Emergencia en sus dos modalidades: reposición de vivienda y reasentamientos”<sup>4</sup> (*Decreto Ejecutivo N° 1419* 2013). El decreto también establece que el valor del bono de emergencia, en la modalidad de reasentamientos, asciende hasta 13.500 dólares, y, como contraparte, se establece un valor proporcional de copago para los beneficiarios de vivienda, que, luego con el Acuerdo Ministerial 210 expedido por el entonces ministro Pedro Jaramillo junto con la exministra de Inclusión Económica y Social, Doris Solís, se fijó un valor de 900 dólares.

Es decir que estos valores monetarios terminan siendo decisivos en la construcción de las viviendas, pero también resultan útiles para entender lo que cuesta una vivienda de interés social en tanto derecho constitucional y agente político de transformación social, o como instrumento político y social destinado a, tal como establece el objetivo 3.8 del Plan Nacional del Buen Vivir 2013-2017, “propiciar condiciones adecuadas para el acceso a un hábitat seguro e incluyente” (Senplades 2013, 148). A pesar de ello, en el caso específico de los reasentamientos entregados por el gobierno de Correa, entre estos el de Súa, el valor resulta insubsistente por cuanto los programas de vivienda no han sido entregados con alcantarillado, lo cual es un elemento fundamental para la gestión sanitaria de 135 familias; o, en efecto, no se ha gestionado con los gobiernos locales para la dotación de este servicio.

Los Bonos de Vivienda, en sus diferentes modalidades, nacieron como parte del denominado Sistema de Incentivos de Vivienda (SIV) que se implementó a partir del gobierno del expresidente Jamil Mahuad, tras un convenio inicial entre el Estado (con el MIDUVI como ente

---

4 De acuerdo con el Decreto N° 1419 de 2013, el bono de emergencia tiene dos modalidades: de reposición de vivienda y de reasentamiento. Para el caso específico de reasentamiento, el valor –como ya se dijo– es de USD 13.500. Según este cuerpo legal, en el Artículo 7 establece que “el bono de emergencia se entregará por razones humanitarias o de extrema necesidad siempre que el beneficiario cumpla con las condiciones exigidas por el Miduvi” (Decreto Ejecutivo N° 1419 2013).

rector de política pública de vivienda) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En este sentido, Vanessa Pinto, investigadora y exintegrante del equipo de Gestión Social en el 2013, apunta:

El SIV, alrededor del cual ha girado toda la política habitacional ecuatoriana en los últimos años, contempla un subsidio no reembolsable, único y directo para adquisición, construcción o mejoramiento de vivienda a nivel urbano, rural o urbano marginal. Este subsidio se entrega a familias de medianos y bajos ingresos por una sola vez y se articula al sistema crediticio y al ahorro familiar para complementar el financiamiento requerido para una vivienda (2012, 30).

Desde la implementación de estos instrumentos, el bono de vivienda ha ido variando en aplicación, requisitos y valores. Para el año 2013, cuando se crea la necesidad de construir el Reasentamiento de Súa, el bono por modalidad de Emergencia en casos de Reasentamiento, ya se fijó en USD 13.500. Este valor solo podría ser justificable o, por el contrario, cuestionable si se atiende a las formas de vida y adaptabilidad que han tenido las familias dentro de las viviendas; es decir, la evaluación de las condiciones sociales y la influencia o impacto social que han tenido las viviendas en la vida de los beneficiarios resultan necesarias para saber si estos bonos mejoraron o no las condiciones de las familias y si cumplieron o no con los objetivos estatales respecto al hábitat y vivienda del Plan Nacional del Buen Vivir.

Por lo tanto, los bonos de vivienda vienen a ser la base material, económica o recursiva para la existencia de los diferentes programas de vivienda, entre esos los de Reasentamiento, y que, por ende, responden también a una voluntad política que incluya el financiamiento de vivienda social dentro del Presupuesto General del Estado.

Ahora bien, políticamente, la creación de los reasentamientos está anclado por un lado a la necesidad expresa o narrativa del Estado por “mejorar la condiciones de vida”, y por otro, por ofrecimientos políticos con carácter clientelar para la captación de votos (Villalva Torres 2020) o de acuerdo a la utilidad que estos tengan para el fortalecimiento o consolidación del proceso político (Fontaine 2015). Así, el expresidente Rafael Correa, durante su discurso en la inauguración del Reasentamiento “El Manglar” en Esmeraldas, manifestó que la creación de los reasentamientos durante su gobierno responde a una “estrategia nacional” para generar solución a la presencia de asentamientos informales en zonas de riesgo.

Nosotros tuvimos que hacer todo un programa de reasentamientos humanos ante este gravísimo problema de los asentamientos en zonas de riesgo: quebradas, zonas inundables a orillas de los ríos que se podían desbancar, a esas riveras. Esto se llama el **Sistema Nacional de Asentamientos Humanos**, este programa busca mejorar las condiciones de vida de las familias, y difundir políticas que garanticen a todos sus derechos a vivir en un entorno seguro y saludable. (...) Hemos tenido experiencias un poco decepcionantes, hemos tenido gente viviendo en un precipicio que se desbanca, se desmorona, hemos hecho las viviendas en zonas seguras y luego de un tiempo han regresado a esa misma zona a esperar que se acabe de desbancar el precipicio y, ahí sí, decir ‘gobierno venme a ayudar’. Eso es paternalismo compañeros, todos debemos asumir nuestra responsabilidad (Rafael Correa 2015).

El reasentamiento Súa es uno de las decenas de reasentamientos que se crearon para “mitigar” la proliferación de asentamientos humanos informales en todo el territorio. No obstante, desde el mismo discurso de Rafael Correa se evidencia la problemática social que trae la creación de los reasentamientos: la falta de apropiación de las viviendas por parte de los beneficiarios, puesto que en diversos programas de vivienda social los beneficiarios han terminado regresando a sus antiguas viviendas y anteriores entornos geográficos. Sin embargo, lo que no se ha enunciado desde el discurso oficial es la razón por la cual miles de beneficiarios retornan a sus antiguos hábitats a pesar de tener una vivienda donada por el Estado; simplemente se ha hecho hincapié en que lo habitantes “abandonan” o “destruyen” las viviendas.

No obstante, ante esta realidad, surge el **programa de Acompañamiento Social del MIDUVI**, como un mecanismo de seguimiento a los beneficiarios de los proyectos de reasentamiento. Así el expresidente acotó: “hemos prestado ayuda no sólo con las viviendas, sino también con talleres de acompañamiento social para fortalecer los lazos comunitarios.” (Rafael Correa 2015). Por lo tanto, estos programas son parte de una dialéctica técnica y social para la solución al déficit cuantitativo y cualitativo de vivienda. Además, esta política de reasentamiento hace eco de una solución habitacional para quienes no pueden acceder al mercado inmobiliario y que; por tanto, deben sujetarse a una política de reubicación o relocalización, primero, ante posibles desalojos, como ya ocurrió entre los años 2011 y 2013 en Monte Siná (Guayaquil) luego de que se emitió la Ley 88, destinada a “controlar” la proliferación de asentamientos humanos

irregulares, especialmente aquellos que se conformaban a partir del año 2010; y segundo, ante el riesgo de perder sus viviendas por estar en zonas de riesgo.

Consecuentemente, la creación de reasentamientos ha sido parte de una lógica constante de ensayo-error, sin embargo, todavía no se ha encontrado la fórmula adecuada que garantice la satisfacción plena de la demanda de vivienda tanto al Estado como a los beneficiarios, lo cual es ratificado por María Elena Acosta, investigadora y exgerenta del Gestión Social del MIDUVI, quien señala que “los reasentamientos deberían ser la última solución al problema de la vivienda” (2019). Por lo tanto, la gestión social se vuelve una acción gubernamental paralela o complementaria a la construcción de reasentamientos, así:

Las políticas para dar solución a la ocupación irregular de zonas en las cuales no es posible la consolidación del asentamiento, han venido modificándose hasta constituirse el concepto de “reasentamiento”, el cual deja atrás políticas de desalojo y las más recientes de reubicación. Desde esta perspectiva, el reasentamiento supone un proceso de planificación que involucra el reconocimiento de diferentes variables físicas, sociales, económicas, jurídicas y culturales, que deben tenerse en cuenta para el proceso de solución desarrollado por medio del diseño –en algunos casos participativo– de un Plan de Gestión Social (Victoria Morales y Molina Prieto 2003, 20).

Por otra parte, los beneficiarios de los reasentamientos creados por el gobierno de Correa están inscritos en un régimen habitacional signado por la “obligatoriedad” para ocupar una vivienda, bajo el pretexto del “derecho a la vivienda”; de tal modo que, en esta perspectiva, el reasentamiento responde a “una experiencia de vida que involucra la transformación de la cotidianidad a partir de un traslado poblacional definitivo, fuera del entorno de permanencia original, cuyo propósito, es el mejoramiento de calidad de vida y, por ende, la construcción o consolidación de un hábitat digno (Hurtado Isaza y Chardon 2012, 10).

No obstante, con el desarrollo de la presente investigación se busca problematizar el concepto de “diseño participativo” del reasentamiento a partir de la etnografía planteada para el conocimiento de las transformaciones sociales de las maneras de habitar de los beneficiarios del reasentamiento de Súa; además, que se pondrá atención en esas variables tanto técnicas como culturales que hayan estado presentes o no en la construcción de este reasentamiento; pues al

final, serán los propios moradores quienes desde sus experiencias y formas de habitar el espacio dan sentido a sus prácticas y significados sobre las viviendas y la convivencia que en ella y en el reasentamiento se generan.

Por otra parte, no se debe olvidar que el reasentamiento tiene como característica principal el de ser involuntario, de tal manera que se presenta como una suerte de “impacto” que reciben las familias reasentadas que han tenido que “trasladarse obligatoriamente hacia otro lugar, por una decisión que le es impuesta por un agente externo sin que exista la posibilidad de pertenecer en el lugar que habita, trabaja o le proporciona subsistencia” (Hurtado Isaza y Chardón 2012, 8); lo cual, como ya hemos apuntado, corresponde al caso de Súa y, en general, a la totalidad de reasentamientos del MIDUVI en todo el territorio de Ecuador.

A esta característica que se vuelve constitutiva en la construcción del reasentamiento, pero también en la construcción del tejido social, se debe agregar lo que los autores Hurtado Isaza y Chardón (2012, 11) establecen, esto es que el reasentamiento también supone “la generación de lazos y relaciones en un territorio nuevo, es decir, en un espacio diferente al original habitado” (2012, 11); con lo cual se aterriza en la experiencia de vida y las maneras de habitar más que en el proceso de concepción y creación del programa de vivienda en tanto forma institucionalizada, reglamentada y normada de producción de social de hábitat.

Consecuentemente, la generación de lazos y reconfiguración de relaciones sociales en un nuevo espacio ha sido una constante con la irrupción del reasentamiento, puesto que, para el caso de Súa, las 135 familias provenían de diferentes sectores del balneario de Súa, como son los barrios Unión y Progreso, Brisas del Mar, Nuevo Porvenir y 8 de diciembre; en todos estos casos, se trataban de zonas que han sido declaradas de riesgo, por estar aledañas a esteros y riveras; que además crecieron bajo la lógica de un asentamiento humano informal, es decir, como invasiones, sin planificación territorial, y con alta dispersión edificatoria.

Además, al ser consideradas zonas de riesgo, las intervenciones del Municipio de Atacames y del Gobierno Autónomo Descentralizado Parroquial de Súa eran nulas puesto que el Código Orgánico de Ordenamiento Territorial y Descentralización (Cootad) no permite la provisión y dotación de servicios e infraestructura básica en asentamientos irregulares o ilegales.

En la siguiente fotografía, se podrá evidenciar uno de los antiguos lugares donde habitaban los moradores del reasentamiento de Súa, a orillas del estero. El contexto de producción de esta fotografía es cuando yo pertenecía como fotógrafo del MIDUVI, en ese momento estábamos preparando un trabajo audiovisual que contraste las antiguas viviendas con las nuevas viviendas de los moradores, que pueda ser usado por el ministerio y demás instituciones públicas como la Secretaría de Comunicación, Vicepresidencia de la República, Presidencia de la República, Ministerio Coordinador de Desarrollo Social, entre otros.

**Foto 1.1. Viviendas antiguas en estero del río Súa**



Foto del autor. 15 de abril 2014.

En este punto es pertinente aclarar que el proyecto de vivienda de Súa corresponde a un proceso de reasentamiento, que no es ni de “reubicación”, ni de “relocalización”, por cuanto el reasentamiento está caracterizado por ser involuntario, permanente, en un lugar diferente al de origen, pero que, además, tiene un impacto social alto dado que altera las formas de vida y los modos de existencia de las personas, familias y comunidad reasentada.

Para los autores Hurtado y Chardón un programa de reubicación se caracteriza por el traslado de los habitantes a un espacio que se halla en el mismo lugar, que además puede ser temporal y con un impacto medio. Así: “se propone asumir reubicación como: un procedimiento de traslado poblacional, dentro del mismo entorno de permanencia original, pero lejos de todo riesgo. Este puede ser temporal sin detrimento de relaciones sociales y de las actividades cotidiana de los moradores”(2012, 11-12).

En cuanto al concepto de relocalización, la precisión que cabe hacer es que se lo define como “traslado poblacional transitorio, sin detrimento del sistema de relaciones sociales, realizado con el propósito de mejorar la calidad de vida urbana dentro del mismo entorno original de permanencia” (Hurtado Isaza y Chardón 2012, 11). Por lo tanto, este concepto tiene menos uso en el contexto de traslado poblacional, con impactos sociales menores, por cuanto los habitantes, prácticamente, quedan enlazados al mismo sitio.

## **1.2. Un acercamiento a la “Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas”**

Uno de los primeros pasos de apropiación del reasentamiento, que tuvieron los beneficiarios de las viviendas de Súa, fue renombrar al proyecto como “Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas”. Según María José Villalva (2019), en los talleres participativos de la Gerencia de Acompañamiento Social, dictados a principios del 2014, los habitantes escogieron democráticamente el nombre de la ciudadela y utilizaron el nombre de Illescas por considerarlo un referente histórico, no sólo de la comunidad, sino para la provincia en general.

Alonso de Illescas, proveniente de África, fue vendido como esclavo en Sevilla, donde aprendió la cultura europea. Radicado su amo en el Perú, en un viaje de comercio, la nave que lo transportaba naufragó frente a Esmeraldas alcanzando la costa y la ansiada libertad. Con su liderazgo logró articular a indígenas y africanos, luchando por mantener la autonomía de la región con independencia de la injerencia española. Debó luchar fuertemente para conseguir el respeto de las autoridades coloniales a través de pactos de mutuo beneficio (Presidencia de la República del Ecuador s. f.).

Este referente da cuenta en parte de la procedencia u origen étnico de los moradores del reasentamiento, pero también del sentido de pertenencia que tienen a la localidad, puesto que el 80% son pobladores esmeraldeños, autoidentificados como afrodescendientes. La procedencia

geográfica de los pobladores es diversa, pero situada dentro de la provincia de Esmeraldas, por lo tanto, los pobladores son procedentes de los cantones Eloy Alfaro, Muisne, San Lorenzo y Esmeraldas, pero tomaron la decisión de radicarse en Súa principalmente por la actividad pesquera, como es el caso de Darlis Ponce; Vidélma Cotes, Jhonny Portocarrero, que llegaron a Brisas del Mar hace 20 años atrás para comercializar pescado luego de vivir la primera mitad de su vida en Borbón (al norte de la provincia de Esmeraldas). Otro es el caso de Edison Mandarina, quien llegó a Súa desde Muisne (sur de Esmeraldas). Mientras que Tatiana Angulo es oriunda de Atacames (centro de Esmeraldas). Sin embargo, en todos los casos se radicaron en el balneario de Súa por razones económicas o por alianzas matrimoniales. En la siguiente imagen, que está incorporada en el Plan de Acción Comunitaria de la ciudadela, muestra la consolidación de la comunidad una vez que ellos mismos construyeron, pintaron y colocaron el letrero identificativo de la ciudadela.

**Foto 1.2. Moradores durante instalación de letrero**



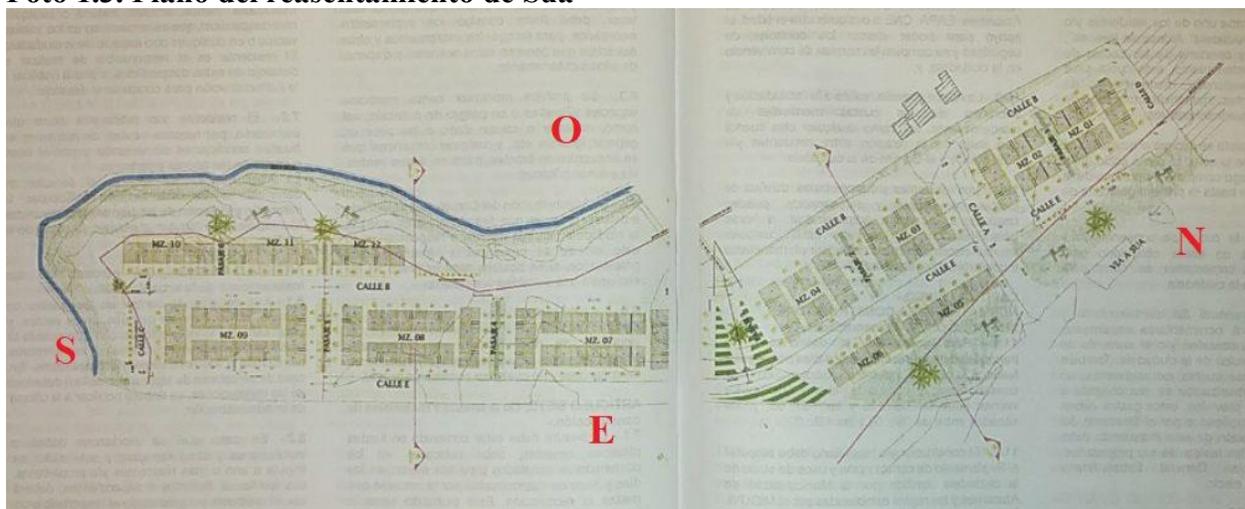
*Fuente:* Vanessa Macías. 22 de julio de 2014.

Pero también hay un 20% de habitantes mestizos provenientes de Santo Domingo y Manabí, que se radicaron en Súa por la misma razón: la pesca, la cercanía con el mar y relaciones

sentimentales, como es el caso de Líder Reyes, oriundo de El Carmen (Manabí), quien se unió a su esposa en este territorio a mediados de los años 90. En general las familias beneficiadas son de escasos recursos económicos, y por tanto constan en el registro social, que es un catastro oficial regido por el Ministerio de Inclusión Económica y Social, que contiene información social, económica y demográfica de las familias que requieren urgentemente apoyo del Estado para mejorar sus condiciones de vida; de modo que, legalmente, ninguna otra persona que no conste en este registro podría ser beneficiaria tanto del bono de vivienda por reasentamiento como del bono de desarrollo humano.

De acuerdo con los datos oficiales del MIDUVI, la ciudadela inició con 135 familias (cada una con una vivienda), con una población de 522 personas, con un promedio de 4 personas por familia. De acuerdo con la estadística inicial, el reasentamiento estaba integrado por 75 infantes, 76 niños, 41 púberes, 46 adolescentes, 262 adultos y 22 adultos mayores. Es decir que el 54.4% estaba integrado por adultos; y el 45.6%, por menores de edad. Las viviendas están agrupadas en 12 bloques o manzanas. Hay manzanas que tienen 4 viviendas y otras como las manzanas N° 7, N° 8 y N° 9, tienen 18 viviendas. En total hay 6 pasajes que dividen a las manzanas. En reasentamiento hay dos calles longitudinales (B y E) que cruzan el reasentamiento de norte a sur; y tres calles transversales (A, C y D) como se puede apreciar en la siguiente imagen.

### Foto 1.3. Plano del reasentamiento de Súa



Fuente: Plan de Acción Comunitaria Ciudadela Alonso de Illescas–Miduvi. 2014.

Este plano resulta fundamental para entender, por un lado, la distribución de las viviendas, la cercanía que hay entre ellas, así mismo se puede apreciar tres áreas comunitarias como el pasaje 3 que divide en la mitad al reasentamiento, y las otras dos áreas comunales que están en la entrada principal a los costados de la calle A, que es el único ingreso a la ciudadela, puesto que al norte y el oeste colinda con un terreno privado, al este con la carretera principal que une Súa y Muisne; y al sur y al este con el río Súa.

Tanto al inicio de la ciudadela como ahora, 6 años más tarde, no hay áreas verdes con juegos infantiles o áreas recreacionales a pesar de que el 45.6% de los habitantes son menores de edad y requieren juegos biomecánicos para su desarrollo físico, tanto como las personas adultas. Sin embargo, junto al extremo norte de la calle A, los moradores han improvisado una cancha de tierra para que se pueda jugar fútbol; pero esto ya hace parte de las acciones propias de la organización interna del barrio. Sobre esta distribución volveremos más adelante para entender el fraccionamiento social y las disputas de representación que hay entre los moradores de las manzanas que se ubican al norte del pasaje 3 y los moradores de las manzanas del sur.

#### **Foto 1.4. Ciudadela recién construida**



Foto del autor. 14 de abril de 2014.

En los orígenes, como se observa en la Foto 1.4, la ciudadela tenía áreas despejadas, no había muchos árboles y plantas ornamentales, los pasillos que dividen a las manzanas no tenían maleza ni divisiones improvisadas de palos o latas entre una vivienda y otra; además las viviendas tenían la estructura palafítica, con lo cual se distinguía mucha entrada de luz en cada una de las manzanas y se podía observar por debajo de las viviendas de un extremo de la calle E (entrada) a la Calle B (al fondo). Evidentemente las viviendas se habían entregado pintadas, de modo que lucían nuevas tanto como los espacios públicos: veredas, calles, y pasajes.

### **Foto 1.5. Detalle del estado actual del reasentamiento**



Foto del autor. 05 de octubre de 2020.

Esta última imagen (Foto 1.5) corresponde al pasaje 4 que divide las manzanas 7 y 8, la cual refleja el estado actual de los espacios públicos y también de los cambios que han sufrido las viviendas tras estos 6 años. Este aspecto es el que tiene toda la ciudadela entre manzana y manzana. Hay mucha maleza, varias filtraciones de agua por los bordillos de las viviendas, los árboles que se habían sembrado en un inicio ya están muy crecidos y, en muchos casos cubren las fachadas de las viviendas. Los espacios frontales de la gran mayoría de viviendas se utilizan

para colgar la ropa, apilonar platos, ollas e instrumentos de cocina, en muchos casos se han colocado tanques reservorios y lavadoras. También es muy usual encontrar basura regada por los pasillos y accesos principales a las viviendas.

Asimismo, las viviendas perdieron su forma palafítica por cuanto el MIDUVI construyó paredes portantes en el 2016 para precautelar las estructuras luego del terremoto de 7.8 grados que afectó a Manabí y Esmeraldas. Con ello los moradores empezaron a usar en ambos pisos de las viviendas, en algunos casos las viviendas fueron cerradas completamente, y en otros habitantes por falta de recursos dejaron los espacios abiertos, dejándolos como bodegas, o sitios para alojar la basura, guardar tinajas, ubicar lavadoras o cocinas, hacerlas galleras, colocar hamacas para descansar; es decir que su uso se condiciona a las necesidades de cada familia, pero también a las capacidades económicas para readecuar el espacio.

**Foto 1.6. Recorrido con cámara junto a Andrés Ibarra**



Fotograma del autor. 06 de marzo de 2020.

Este último fotograma corresponde al recorrido guiado que Andrés Ibarra (presidente de la ciudadela) me hizo el 06 de marzo de 2020. Aquí Andrés me presentó, desde su postura, todos los problemas que tenía la ciudadela, pero principalmente hablaba de los cambios estructurales

que han tenido las viviendas. Además, se puede apreciar una diversidad de presentaciones de las fachadas de las viviendas, con lo cual, ese sentido inicial de uniformidad que tenían se ha desdibujado totalmente. Por lo tanto, este conjunto de imágenes nos ofrece un panorama de las transformaciones a lo largo de estos seis años de vida comunitaria.

### **1.3. El acompañamiento social en reasentamientos**

Dada la urgencia del ministerio por resolver varios conflictos sociales que progresivamente se iban generando en los reasentamientos creados por el Estado a nivel nacional, el MIDUVI tomó la decisión política de crear la Gerencia Institucional de Acompañamiento Social (GIAS), la cual estuvo destinada a intervenir socialmente con los beneficiarios de los proyectos de vivienda en las diferentes modalidades (vivienda rural en terreno propio, mejoramiento de vivienda y vivienda en reasentamientos). El mayor énfasis, sin embargo, estuvo colocado en la intervención de los reasentamientos que se crearon en todo el territorio, sobre todo en aquellos que están localizados en la Región Costa.

Los conflictos sociales fueron permanentes en la mayoría de reasentamientos del MIDUVI. Cuando trabajé como periodista de esta institución, desde septiembre del 2013, realicé permanentemente monitoreo de medios de comunicación para generar un sistema de alertas para el ministro y las principales autoridades de la entidad (subsecretarios, coordinadores zonales, directores provinciales), a fin de que se pueda contrarrestar la información y a su vez se pueda dar seguimiento a los problemas sociales y técnicos que se presentaban en los reasentamientos. De este modo, los problemas sociales más recurrentes se daban en los reasentamientos de la Región Costa, principalmente en “Socio Vivienda” de Guayaquil, “Acuarela” de Bahía de Caráquez, “Gatazo” en Esmeraldas y “Portón del Gallero” en Quinindé.

Los problemas iban desde violencias domésticas, mal uso de la vivienda, robos, asaltos hasta homicidios y microtráfico de drogas en las viviendas. Los problemas de convivencia entre vecinos también fueron latentes, sobre todo porque las familias no tenían relaciones de confianza con los vecinos, sea porque no se conocían o no tenían buenas relaciones. Además de esto, se

suma una serie de fallas técnicas en las construcciones de los reasentamientos y reclamos de los beneficiarios por estas fallas y falta de servicios.

Para ello, a través de la GIAS<sup>5</sup> del MIDUVI, se estableció una serie de mecanismos para trabajar con los beneficiarios de las viviendas con la finalidad de generar procesos participativos para el fortalecimiento del hábitat al interior del nuevo reasentamiento. Este trabajo, en su momento, estuvo amparado -según explicó la psicóloga María José Villalva (2019), representante de la Zona 1 de Gestión Social del MIDUVI- en la necesidad de consolidar los lazos comunitarios de las familias, a fin de que puedan incorporarse a su nueva realidad habitacional.

Por su parte, la doctora María Elena Acosta (2014), quien fue gerente de Acompañamiento Social del MIDUVI, entre los años 2014 y 2015 (cuando se consolidó el trabajo de acompañamiento social en el reasentamiento de Súa), precisó que desde esta área se buscaba generar “comunidades participativas y autogestionarias de su propio hábitat”. Lo cual, en el principio de este programa de acompañamiento, habría provocado ciertos cambios en las actitudes y comportamientos de los habitantes del reasentamiento. “Aprender a vivir en comunidad”, era el reto que planteaba el ministerio de manera general a todos los habitantes de los proyectos de vivienda de interés social entregados por esta cartera de Estado a nivel nacional, donde el proyecto de vivienda de Súa no era la excepción dado el énfasis puesto en la gestión social de los programas de reasentamiento involuntario.

Asimismo, se buscó, con diferentes talleres participativos, entre beneficiarios y funcionarios, que los habitantes sean corresponsables con la vivienda, no sólo a través del dispositivo del copago, sino también a través de las denominadas “buenas prácticas comunitarias” que la entidad implementó en la comunidad.

Las Buenas Prácticas Comunitarias son parte de un proceso de fortalecimiento comunitario implementado por la GIAS en los programas de vivienda de reasentamiento y de vivienda rural a nivel nacional, las cuales –de acuerdo a la entidad– reúnen las siguientes características: son gestionadas por la comunidad, mejoran la calidad de vida de las personas, generalmente son

---

<sup>5</sup> La Gerencia Institucional de Acompañamiento Social se creó en el 2013, durante la administración del entonces ministro de Desarrollo Urbano y Vivienda, Pedro Jaramillo, y tuvo su existencia hasta el año 2018, con los cambios provocados por el actual presidente de la República, Lenín Moreno, y la modificación de la política pública del Miduvi con el exministro Xavier Torres.

resultado de la asociación de sector público, privado y la sociedad civil; promueve el aprendizaje a través de otras experiencias; y son Instrumento para mejorar las políticas públicas, programas y proyectos (Gerencia de Acompañamiento Social 2014).

En el caso particular del reasentamiento de Súa, de acuerdo con María José Villalva (2019), a través de la GIAS y la Dirección Provincial del MIDUVI-Esmeraldas, se logró implementar el Plan de Acción Comunitaria (PAC) y el Código de Convivencia que tenía una serie de reglamentos destinados a “mejorar la vecindad”, con lo cual –según Villalva– se pudo consolidar a la comunidad y crear un sentido de pertenencia al reasentamiento de Súa.

Con estos antecedentes, para este estudio he planteado entender las configuraciones sociales que se tejen al interior de este reasentamiento a cinco años de su creación, más aún cuando a la fecha existe una franca retirada del Estado en su relación con los habitantes de los proyectos de reasentamientos creados hasta el 2015, debido al terremoto del 16 de abril de 2016, cuando la prioridad institucional y los recursos financieros y humanos del gobierno se concentraron en paliar los efectos devastadores del terremoto. Esto evidenció un cambio en la política pública de vivienda que estuvo orientada a generar nuevos instrumentos destinados al Plan Reconstruyo Ecuador (que fue liderado por la Vicepresidencia de la República y la Secretaría Técnica de la Reconstrucción).

De igual manera, no menos importante, en la actualidad el programa de acompañamiento social desapareció definitivamente del MIDUVI en el 2018, puesto que, con la llegada del nuevo gobierno de Lenín Moreno, bajo la administración del exministro Xavier Torres se retiró la competencia de gestión social a esta cartera de Estado, y se trasladó a la Secretaría Técnica del Plan Toda una Vida, liderada por la esposa del presidente de la República, Rocío Gonzáles. Con ello, el Ministerio de Vivienda desarticuló nuevamente los procesos de vinculación social con las comunidades reasentadas.

#### **1.4. De la dotación de vivienda a las dinámicas sociales**

En una conferencia, presentada por el exministro de Desarrollo Urbano y Vivienda, Diego Aulestia, el 22 de septiembre de 2014 en el hemiciclo de la Facultad Latinoamericana de

Ciencias Sociales, se mencionó que en Ecuador –hasta esa fecha– existían 729.291 hogares asentados irregularmente, lo que implica que desde el Estado existe todavía una tarea pendiente por mejorar la calidad de vida de estas familias, dado que los asentamientos informales generan serias contradicciones y conflictos no sólo sociales, también ambientales; por tanto es en función de esta población hacia donde se despliega y articula la política pública de hábitat y vivienda, independientemente de que los mecanismos de aplicabilidad sean o no los más adecuados.

Tanto en el gobierno de Rafael Correa (donde se implementó el proyecto de reasentamiento Súa) como en el gobierno de Lenín Moreno, no se ha abandonado la intención de asistir a la población con la dotación de vivienda; lo cual se refleja, por un lado, en la entrega de 330 mil viviendas en los 10 años de gobierno de Correa; y por otro, en las promesas de campaña de Lenín Moreno de construir 300 mil viviendas en cuatro años, aunque de acuerdo al Informe a la Nación 2019 Moreno dijo que se construirán 4.500 viviendas rurales y 12 mil urbanas. Además, es importante considerar que la Constitución de la República reconoce el derecho a una vivienda digna y adecuada, y a un hábitat seguro y saludable;<sup>6</sup> que también guarda relación con el derecho a la Ciudad<sup>7</sup> que está contemplado en el mismo cuerpo normativo; y que, por ende, obliga al Estado a garantizar este derecho, principalmente a las familias más vulnerables.

No obstante, en materia de vivienda, tal parece que la principal problemática es que las políticas y planes de vivienda no tienen continuidad y están cambiando constantemente en función de los intereses de los gobiernos de turno; y aún al interior del gobierno, varían las políticas y los programas según cambian las autoridades ministeriales, tal es el caso del MIDUVI: el proyecto de reasentamiento de Súa inició con el exministro Pedro Jaramillo en el año 2013, luego continuó con Diego Aulestia en 2014 y, finalmente, en el último tramo de seguimiento, se dio

---

<sup>6</sup> La Constitución de la República, en su artículo N° 30, establece que “Las personas tienen derecho a un hábitat seguro y saludable, y a una vivienda adecuada y digna, con independencia de su situación social y económica” (*Constitución de la República* 2008, 16)

<sup>7</sup> El Derecho a la Ciudad es otra de las garantías establecidas en la Constitución de la República en su artículo N° 31, que señala: “Las personas tienen derecho al disfrute pleno de la ciudad y de sus espacios públicos, bajo los principios de sustentabilidad, justicia social, respeto a las diferentes culturas urbanas y equilibrio entre lo urbano y lo rural. El ejercicio del derecho a la ciudad se basa en la gestión democrática de ésta, en la función social y ambiental de la propiedad y de la ciudad, y en el ejercicio pleno de la ciudadanía” (*Constitución de la República* 2008).

con la exministra María de los Ángeles Duarte en el 2015 y 2016, hasta donde la presencia del MIDUVI, a través de los procesos de gestión social, era considerable.<sup>8</sup>

Por otro lado, cabe mencionar que el Estado, a través del MIDUVI, ha buscado mitigar la realidad de las familias que han perdido su vivienda por desastres naturales con la implementación de una serie de reasentamientos en todo el territorio. Específicamente en la provincia de Esmeraldas, entre los años 2013 y 2016, previo al terremoto de 7.8 grados del 16 de abril, el MIDUVI entregó cuatro reasentamientos para familias que estuvieron asentadas informalmente en zonas de riesgo y que, por fuerza de la naturaleza, perdieron sus viviendas. En el cantón Esmeraldas, el gobierno entregó el reasentamiento Manglar que beneficiaba a 156 familias; en el cantón Río Verde, la institución entregó el reasentamiento Vainilla para atender a 70 familias; en el cantón Quinindé, se construyó el reasentamiento La Unión que favoreció a 204 familias; mientras que en el cantón Atacames, se construyó el proyecto de reasentamiento Súa para 135 familias.

En el caso de Súa, los habitantes, antes de residir en el reasentamiento, tenían su vivienda a orillas del Río Súa, debido a que, en su gran mayoría, son pescadores; por tanto, tenían fácil acceso a sus lanchas; además de que el río se conecta fácilmente con el Océano Pacífico, donde practicaban la pesca a partir de las 18h00 para su sustento económico. Este lugar, en relación al reasentamiento, se halla ubicado aproximadamente a 10 Km de distancia, con la diferencia de que el reasentamiento está más alejado de la costa y a mayor altura, mientras que el lugar de las antiguas viviendas está a escasos 500 metros del mar y, al estar en las orillas del río, las viviendas eran altamente vulnerables a inundaciones por las constantes crecidas. Por otra parte, como ya he comentado, los habitantes, en un 80%, son de origen afroecuatoriano, mientras que el 20% son de origen mestizo, en su mayoría son oriundos de la provincia de Esmeraldas, y otros moradores son oriundos de Manabí y Santo Domingo.

---

<sup>8</sup> Con la creación de la GIAS, el ministerio formó y capacitó en las 24 direcciones provinciales, a nivel nacional, a gestores sociales para que trabajen directamente con los beneficiarios de vivienda en la formación de comunidades autogestionarias de su propio hábitat. Todos los gestores sociales provinciales estaban coordinados desde la Matriz del MIDUVI por siete representantes zonales, pertenecientes a la GIAS. A su vez, los representantes zonales establecían estrategias y repartían directrices a los gestores en territorio. Los representantes zonales de Matriz respondían directamente a las directrices emitidas por la o el Gerente de Acompañamiento Social del ministerio.

En todos los casos mencionados, según Villalva (2019), hubo una intervención de acompañamiento social que no existía en los reasentamientos anteriores al 2013, no sólo en la provincia de Esmeraldas, sino en todo el Ecuador, puesto que la Gerencia Institucional de Acompañamiento Social (GIAS) no existía en la estructura orgánica del ministerio. Por lo tanto, a raíz de la implementación de esta área social, la entidad complementa su acción técnica de dotación de vivienda, con la de fortalecimiento de la producción social de hábitat a fin de hacer intervención social en las comunidades creadas por el Estado.

Por lo tanto, “apoyar la producción social del hábitat integrada a un modelo de desarrollo que garantice el Derecho a la Ciudad” era la cuarta política pública estructural del MIDUVI, durante la gestión de los ministros Pedro Jaramillo (2012-2013) y Diego Aulestia (2014-2015). Esta política además tenía dos políticas suplementarias: Promover la gestión democrática de la ciudad y la generación de los espacios de convivencia ciudadana; y, Promover los ejercicios de los derechos y responsabilidades de la ciudadanía para generación, uso y ocupación de vivienda y espacio público. Bajo estas políticas se articulaba el trabajo de la GIAS en los reasentamientos y programas de vivienda rural y urbano marginal (MIDUVI, 2014).

De este modo, es en este contexto institucional donde se inscribe el caso de estudio, y a partir del cual se empiezan a tejer las relaciones sociales, espaciales y simbólicas de los habitantes. En cada uno de los reasentamientos, los habitantes han tenido que dejar en su pasado no sólo su antigua y precaria vivienda de caña y zinc, sino también sus prácticas de relacionamiento con el espacio y con los otros (sus vecinos); para insertarse en nuevas lógicas de hábitat y vivienda que parten de la habitabilidad forzada y motivada por la institución pública.

### **1.5. Un estudio antropológico sobre reasentamientos**

Respecto a los estudios detectados para la construcción del Estado del Arte, dentro del proyecto de investigación que busca entender los usos y modos de apropiación del espacio, para dar cuenta de las relaciones sociales y simbólicas entre vecinos, y de los vecinos con su hábitat, desde un programa habitacional de reasentamiento; se puede evidenciar que existen trabajos investigativos que están relacionados sobre todo a los estudios urbanos, mucho más que trabajos de carácter etnográfico y audiovisual.

Del mismo modo, no hemos encontrado trabajos de Antropología que versen específicamente sobre la provincia de Esmeraldas o del Ecuador en relación con la temática planteada, donde se enlace la vivienda de interés social, los desastres naturales y las relaciones y usos sociales de los habitantes respecto a los espacios. Sin embargo, sí es importante valerse de los estudios urbanos que, en muchos de los casos, abordan las políticas públicas de hábitat y vivienda implementadas por el MIDUVI en Ecuador.

Así, por ejemplo, se tiene trabajos como el de María Elena Acosta que refieren a la política pública de vivienda urbana en Ecuador (2017) (2009a), y donde realiza un análisis histórico de las estrategias gubernamentales para la dotación de vivienda en el Ecuador, incluyendo los cambios permanentes que se han dado en las políticas públicas de hábitat y vivienda. Vannesa Pinto (2012) también analiza la política pública desde el subsidio de vivienda que se entrega a los beneficiarios, destacando las alianzas y las líneas de acción a las que responde la implementación de un subsidio de vivienda.

Dentro de este panorama académico e investigativo, bien vale referirnos al estudio de María José Villalva Torres (2020), quien aterriza en las políticas públicas de vivienda de reasentamiento para analizar su incidencia negativa en el cambio climático. Villalva toma como punto de partida un reasentamiento cercano al de Súa, como es el de Duana, construido en Quinindé (provincia de Esmeraldas) a raíz del terremoto de 7.8 grados del 16 de abril del 2016. Desde el ámbito de los estudios socioambientales y urbanos, el trabajo de Villalva concluye que los proyectos de reasentamiento creados en el gobierno de Rafael Correa resultan insostenibles ambientalmente, sobre todo porque se construye fuera del casco urbano sin ninguna articulación con los gobiernos locales, lo cual deriva en la ampliación de la mancha urbana y el crecimiento acelerado de las ciudades, puesto que los reasentamientos motivan la construcción de nuevos entornos habitacionales y productivos con grandes costos ambientales por cuanto no tienen la cobertura total de infraestructura básica como alcantarillado, accesos viales, energía eléctrica, servicios públicos (escuelas, hospitales, etcétera).

Por otra parte, se detectó trabajos que refieren a la gestión del hábitat a partir de desastres naturales, como el de Ilionor Louis (2013), que aborda la construcción de viviendas para las víctimas de las inundaciones en una localidad de Haití (Cabaret), muy a pesar de que este trabajo

está localizado no sólo fuera de la provincia de Esmeraldas, sino también fuera del país y de la región sudamericana; sin embargo, fija un análisis sobre las complejidades que atañen la creación de un programa de vivienda tras un desastre natural.

En cuanto a estudios más cercanos a la antropología, se pudo localizar el trabajo de Virginia García Acosta que parte del estudio del “riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos” (2014), para de esta manera abordar las distintas variaciones que se ha dado al concepto de “construcción social del riesgo” y que –según la autora- está condicionado por las “realidades socioeconómicas y paradigmas distintos” (García Acosta 2014, 12). Es importante considerar estos conceptos por cuanto los interlocutores del reasentamiento vienen de enfrentar históricamente procesos socioambientales atados a desastres naturales, principalmente inundaciones.

También es notable, aunque no esté localizado en Ecuador ni tenga relación con vivienda de reasentamiento por desastres, el trabajo de Antropología Visual de Alejandro Ponce de León (2018) que deriva en la construcción de un documental sobre “la producción social del territorio en el poblado industrial de Atentique”, que además indaga en la transformación del territorio así como la red de tejidos de significación y las construcciones materiales y simbólicas de los habitantes de Atentique (México); aspectos que pueden ser útiles en el análisis de las relaciones sociales de los habitantes de Súa; pero que, además dan cuenta de que la construcción de un documental –tal como he propuesto desde el inicio de esta investigación– es posible y también importante para evidenciar esas relaciones que versan sobre el espacio y los propios sujetos dentro de un programa de vivienda social.

Finalmente, de la serie de estudios presentados, el que más se acerca al contexto social y académico que atraviesa el estudio propuesto es la investigación de Nicolás Schvarzberg (2018), que está enfocado en la organización social frente al desastre, las relaciones sociales y la apropiación del espacio para el establecimiento de un albergue en Bahía de Caráquez, luego del terremoto de 7.8 grados; aunque en este caso no exista un proyecto de vivienda de interés social, pero sí existe el componente de organización y construcción de relaciones sociales nacidas de un desastre natural.

En cuanto al eje temático, se acudió a diversos autores que establecen un conjunto de nociones, conceptos y presupuestos sobre antropología urbana, y que están relacionados al estudio de procesos de significación y relaciones sociales en el territorio.

Por tanto, Ángela Giglia se constituye en un referente dado que establece una serie de categorías de análisis para el entendimiento de la producción social del hábitat y las relaciones simbólicas que se configuran entre los habitantes de un proyecto de vivienda de interés social, producto de un desastre natural. Además Giglia sienta las bases para un análisis antropológico y cultural “para el análisis de las políticas habitacionales”, que además evidencia las “construcciones de sentido del espacio habitacional” (Giglia 2000, 14). Dicho de otro modo, el enfoque antropológico aplicado al estudio de la vivienda de interés social, es fundamental para entender el tipo de sociabilidad que se construye al interior de este tipo de programas habitacionales. Así:

El estudio socioantropológico de la vivienda de interés social debe tomar en cuenta los procesos que se refieren a la organización del territorio, a las diferentes formas de habitar en las ciudades, a las transformaciones de la sociabilidad urbana y de la relación entre territorio y cultura, frente a la globalización y al carácter multicultural (Giglia 2000, 14).

Ahora bien, para el caso del reasentamiento de Súa, este es un espacio que se construyó y organizó técnica y arquitectónicamente sin ninguna injerencia de la colectividad, es decir que fue un proceso meramente institucional y unidireccional. Sin embargo, como apunta Giglia, todo “espacio habitacional es apropiado y significado por sus habitantes mediante una serie de procesos complejos y no lineales”, por ello, en la investigación de campo, se coloca especial interés en saber cuáles son esos significados que le imprimen los beneficiarios, incluso es necesario plasmar, si es que hubiera, los cambios materiales que han realizado los habitantes luego de la retirada del Estado; pues existe una voluntad o agencia de los sujetos por acomodar no sólo sus prácticas, sino también de materializarlas en el espacio. En otras palabras es fundamental precisar cuáles son las “prácticas colectivas de apropiación y autogestión del espacio” (Giglia 2000, 52)

Por otra parte, es necesario abordar teorías relacionadas a la sociabilidad urbana y el sentido de comunidad, para entender las formas de relacionamiento de los sujetos en el espacio público y las barriadas.

Del sociólogo Richard Sennett se ha utilizado el concepto de “comunidad”, para poder partir de esta teoría hacia el análisis del tipo de sociabilidad que se construyó en Súa, sobre todo porque el MIDUVI se empeñó en construir “comunidades participativas, solidarias y autogestionarias de su propio hábitat” (Acosta 2019) a partir de la GIAS. Decía Sennett que la comunidad es “algo más que un grupo de costumbres, comportamientos o actitudes acerca de otras personas. Una comunidad también es una identidad colectiva; es una manera de poder decir quiénes somos nosotros” (2011, 274). Además, son igualmente necesarias las preocupaciones que Sennett presenta sobre la noción de comunidad, a partir de las cuales, se podría completar el sentido de este término: “La cuestión reside en cómo llegaron a conformarse estos retratos de la personalidad colectiva, qué elementos empleó la gente para forjar un sentido con respecto a quiénes somos nosotros” (2011, 274-75).

Esta noción puede completarse si se añade los postulados de Robert Park, en su célebre texto *“La Ciudad y otros ensayos de Ecología Urbana”*, donde, además de definir a la comunidad, también vincula el componente institucional como un rasgo distintivo de la misma; por lo tanto, en el caso del reasentamiento de Súa, la identidad podría estar dada por la presencia del MIDUVI; consecuentemente, la definición de comunidad es:

un conjunto de individuos que ocupan un área más o menos claramente definida. No obstante, una comunidad es algo más que eso; no es únicamente un conjunto de personas, sino también un conjunto de instituciones. Éstas, más que aquellas, son las que al final distinguen con precisión la comunidad de otros conjuntos sociales (Park 1999, 102).

Ahora bien, en el transcurso de la investigación podría surgir otras preocupaciones conceptuales que pudieran ser analizadas, sobre todo aquellas relativas la organización de la comunidad; por ende, podrían surgir intereses por conocer aspectos propuestos por Park (1999) como: “la organización económica”, “la organización ecológica” y “la organización política y cultural”

Por otra parte, para entender el modo de apropiación y usos del espacio –en este caso dado por el MIDUVI–, será importante partir de las concepciones de Henry Lefebvre en “La producción del Espacio” (2013), quien, desde una postura marxista urbana, reconoce la existencia de un “valor de uso” en el espacio, otorgando importancia a las prácticas sociales (Martínez Gutiérrez 2013). De igual manera, la teoría de Lefebvre permitirá analizar, por un lado, la producción tecnocrática

y mercantil del hábitat; y, como contraparte, la apropiación del espacio que está dada por el habitar, misma que devela una pugna por “recuperar el valor de uso” del espacio (Martínez Gutiérrez 2013, 42-43).

### **1.5.1. El problema de investigación**

Una vez que se ha presentado la comunidad en la que se centra esta investigación y delimitado el ámbito de estudio, que refiere, por un lado, a los reasentamientos como producto de una estrategia de dotación de vivienda por parte del Estado; y por otro, a los beneficiarios de estos proyectos como habitantes y productores de hábitat; ambos implicados a raíz de un fenómeno natural; es importante considerar algunos elementos que pueden servir de sustento para la problematización de este trabajo.

Primero se parte de estudios etnográficos y antropológicos específicos que refieran a las relaciones sociales construidas por los habitantes de reasentamientos o proyectos de vivienda de interés social producto de un desastre natural en el país y, en particular, en Esmeraldas. De acuerdo al radar establecido en la construcción del Estado del Arte, se puede evidenciar que la mayoría de estudios sobre vivienda social son producto de disciplinas más sociológicas que antropológicas, como los estudios urbanos, los estudios sociambientales y los estudios de políticas públicas, que, como ya se ha dicho en el apartado anterior tienen enfoques importantes sobre la comprensión técnica de la aplicabilidad de los bonos de vivienda y la creación de vivienda de interés social, así como sus repercusiones en el ámbito climático.

Por lo tanto con este estudio procuramos centrar nuestra atención en las dimensiones sociales y las maneras de apropiación de los espacios o los modos de habitar de los proyectos de vivienda pública o de interés social, y en particular, los aspectos relacionados a las subjetividades e intersubjetividades que envuelven a los habitantes; a saber: las relaciones intersubjetivas que se producen entre los habitantes de una localidad, barrio o proyecto habitacional; las relaciones simbólicas que se generan entre los habitantes y sus viviendas; la construcción de sentidos alrededor de la vivienda y de la familia; las tácticas y estrategias de sobrevivencia y redes de solidaridad que se tejen en la comunidad; por mencionar algunos aspectos que son

fundamentales para entender una comunidad que está forzada a vivir en una vivienda que no ha sido de su elección.

Segundo, a partir de la literatura oficial, que soporta el discurso del organismo rector de la política pública de hábitat y vivienda, se puede evidenciar una falta de interés sobre las relaciones sociales y transformaciones del hábitat de la población beneficiaria después del retiro del proyecto de Acompañamiento Social, puesto que el discurso se concentra exclusivamente en la “dotación de vivienda” desde un enfoque material y estructural. Lo que, eventualmente, podría demostrar que las viviendas se construyen sin considerar las necesidades socio-espaciales, estéticas, simbólicas de los habitantes, dado que, como se ha indicado, desde la institucionalidad se considera como relevante el aspecto material que los atraviesa como la falta de vivienda y la carencia de recursos económicos para acceder a una, lo cual queda explícito en los requisitos del MIDUVI para el acceso a una vivienda.

Por lo tanto, a partir de estos elementos, este puede servir de base para comprender las lógicas existenciales, los modos de vida y las relaciones sociales de los habitantes que han sido víctimas de desastres naturales en general y del grupo de familias que habitan en el reasentamiento Súa en particular y que hayan perdido su vivienda. Además, en un país donde la gestión social tiene poco tiempo de existencia como política pública anclada al MIDUVI, y que ha estado sujeto a una serie de cambios políticos y administrativos entre un gobierno y otro, entre un ministro y otro, entre una institución y otra, surge la necesidad de abordar su sostenibilidad e impacto con las poblaciones reasentadas.

Por otro lado, un estudio etnográfico basado en la cámara como elemento de indagación participativa como este permitirá dejar una descripción anclada a conceptos que sirvan de base para entender a nuevos colectivos sociales que estén en condiciones similares respecto a la obligatoriedad de ocupar viviendas de reasentamiento.

Consecuentemente, se ha planteado una serie de interrogantes que son de utilidad y guía para el continuo desarrollo de esta investigación, partiendo de una pregunta central que busca saber: ¿Cuáles son las repercusiones de la política pública de hábitat y vivienda en la producción social del hábitat de las familias beneficiarias? Junto a este interrogante surgen otros que resultan útiles indagar en el desarrollo de este trabajo. ¿Cuáles son las prácticas sociales relativas al habitar que

se han construido en los 5 años de existencia del reasentamiento Súa creado por el MIDUVI? ¿Qué tipo de agencias se establecen en la relación beneficiario-vivienda? ¿Cuál es el tipo de significados que atribuyen los habitantes a sus viviendas y a la comunidad del reasentamiento Súa y cómo influyó la dotación de vivienda en los habitantes? ¿Cuáles son las transformaciones sociales que se han producido en el proyecto de reasentamiento de Súa luego del retiro del programa de Acompañamiento Social del Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda en el año 2016?

## Capítulo 2. Una teoría para el habitar

El capítulo 2 de esta tesis explora las diversas dimensiones del concepto de "habitar" desde una perspectiva teórico-metodológica anclada en el giro espacial. Este enfoque, que integra las teorías antropológicas y del espacio, permite analizar cómo las prácticas humanas se despliegan y se materializan en el espacio, y cómo estas prácticas están intrínsecamente ligadas a las acciones y subjetividades de los individuos. La discusión se fundamenta en la obra de Alicia Lindón y Daniel Hiernaux, quienes argumentan que el espacio no solo es un producto de la sociedad, sino que también contribuye a su construcción, en una relación de coproducción mutua.

A lo largo del capítulo, se examina la relación entre habitar y la vida cotidiana, destacando cómo los espacios como la vivienda, el barrio y la ciudad se convierten en escenarios significativos para las prácticas diarias de los individuos. La categoría de "sujeto-sentimiento", desarrollada por Lindón, es clave para entender cómo las emociones y el cuerpo de los sujetos influyen en su interacción con el espacio. Además, se subraya la importancia de analizar las microsituaciones en los espacios para comprender los procesos socio-espaciales más amplios y las diversas prácticas espaciales que emergen en la vida cotidiana.

El capítulo también aborda la domesticación del espacio a través de la vivienda de interés social, analizando cómo la provisión estatal de viviendas genera tejido social y dinamiza las relaciones culturales y sociales entre los habitantes. Sin embargo, también se reconoce que las carencias y limitaciones en los servicios pueden llevar a sentimientos de desarraigo y pérdida de control sobre el entorno doméstico. Este análisis es fundamental para entender cómo la calidad y la utilidad del espacio habitacional influyen en la construcción de las identidades y prácticas de los sujetos.

### 2.1. El giro espacial: una apuesta teórico-metodológica para entender el habitar

A lo largo de este capítulo nos hemos propuesto abordar un conjunto de categorías que son pertinentes para el análisis planteado. En este sentido, el *habitar* se presenta como una categoría medular en este estudio por cuanto transversaliza los conceptos de práctica (acción), espacio y

sujeto, dado que la primera, grosso modo, se podría decir que se despliega, concentra y materializa en el espacio, y no es posible sin la ejecución que el sujeto imprime en la acción.

Por lo tanto, desde esta óptica, este estudio se ancla desde un principio dentro del llamado giro espacial al cual asisten, por un lado, las teorías antropológicas; y, por otro, las teorías del espacio; donde la geografía humana,<sup>9</sup> ampliamente desarrollada por Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (2006b), abona una serie de concepciones que permiten entender que los sujetos tienen una práctica espacial que los define y representa, los construye y los identifica. De tal manera que, desde este enfoque teórico, el habitar vincula la materialización de las prácticas que se generan en la vida cotidiana con las emociones y significaciones que se forman tanto a partir del espacio como en las relaciones intersubjetivas que se dan en el espacio.

Naturalmente, este giro espacial no está desarticulado del giro del sujeto que se ha desarrollado al interior de la teoría social, lo cual se presenta como una necesidad en la construcción de una teoría que apunte no sólo a la materialidad, sino también a la subjetividad que se produce a partir del espacio, por lo tanto:

El estudio de la dimensión espacial, más aún en las aproximaciones geográficas, casi siempre ha tendido a sesgarse hacia la materialidad. El implícito de concebir el espacio como exclusiva materialidad ha sido muy fuerte, y todavía lo sigue siendo. Sin embargo, si se supera ese sesgo epistemológico de corte materialista, el lenguaje y la subjetividad emergerían como aspectos constitutivos y constituyentes del espacio (Lindón 2011, 14).

Consecuentemente la espacialidad, es decir la localización y lugarización (Lindón 2011) –que, en el caso de estudio, está dada por la vivienda, en tanto espacio más próximo a los beneficiarios del MIDUVI; y por el reasentamiento, entendido como un espacio interfamiliar y comunalmente compartido–, permite entender que el sujeto mantiene una conexión simbólica y material con el espacio a lo largo del despliegue de prácticas que se suscitan en la vida cotidiana.

---

<sup>9</sup> La geografía humana, a partir de la discusión propuesta por Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (2006a), hace alusión al estudio del espacio y la espacialidad de la vida social, a través de la cual se pretende tender puentes con las diferentes disciplinas que abordan el complejo entramado de lo social, para de esta manera entender –desde diferentes instancias– la relación que se da entre *espacio y sociedad*. “Hay momentos en los cuales la teoría geográfica concibe, en los distintos campos, al espacio como un producto de la sociedad. Pero en otros, el espacio aparece como el productor de la sociedad y aún, dentro de las tendencias más recientes, surge la perspectiva de una coproducción mutua: el espacio como productor de la sociedad y al mismo tiempo, como producto social” (Lindón y Hiernaux 2006a, 19).

Pero esta espacialidad que compone las prácticas cotidianas de los sujetos no viene sola, sino que es importante fijar una interrelación entre espacio y tiempo, para entender que éstas son dos dimensiones que condicionan la práctica subjetiva; es decir que “el sujeto conecta, asocia, y contrasta su espacio de vida presente con otros espacios vividos” (Lindón 2011, 21).

Mientras tanto Salvador Juan (2000) presenta al espacio y al tiempo como dos coordenadas que producen y determinan funciones sociales<sup>10</sup> que inciden en la *vida cotidiana* (categoría sobre la cual aterrizaremos más adelante) de los sujetos, pero que además se expresan con mayor contundencia en las tensiones cotidianas a partir de fragmentaciones espacio-temporales, que surgen tras la especialización de las múltiples actividades sociales, como –por ejemplo– la división del trabajo o la segmentación espacial (zonas industriales, zonas comerciales, zonas residenciales, zonas de esparcimiento) entre otras que inciden en la experiencia y modifican sus significados; y, por tanto, condicionan los significados entre “vivir bien” y “vivir mal” según la optimización o desperdicio de tiempo en relación al espacio donde se desplieguen las prácticas sociales.

Es decir que, un estudio que tenga como objeto la práctica y significación del espacio no puede estar por completo desligado del tiempo. Para Manuel Castells (2001, 433), el espacio es en sí mismo una “expresión de la sociedad”; de tal forma que una expresión, si pensamos en términos lingüísticos, está dada a partir de una secuencialidad, es decir, no puede darse sin que haya una distribución temporal de lo que se expresa. Por lo tanto, dice Castells (2001, 433), “*el espacio es tiempo cristalizado*”,<sup>11</sup> y, en relación a la inscripción del componente emocional que hemos señalado, se puede añadir que “*el espacio es el soporte material de las prácticas sociales que comparten el tiempo*.”<sup>12</sup> [...] Todo soporte material conlleva siempre un significado simbólico” (Castells 2001, 434). Así mismo, David Harvey también hace hincapié en la condición objetiva del tiempo para la comprensión del espacio en las prácticas sociales, así:

desde una perspectiva material, podemos sostener que las concepciones objetivas de tiempo y espacio se crean necesariamente mediante prácticas y procesos materiales que sirven para

---

<sup>10</sup> Según este autor, las funciones sociales están dadas en relación a los actores y, a su vez, responden a lógicas institucionales que definen tipos específicos de actores; de tal forma que se expresan cinco figuras que componen los aspectos esenciales de dicho actor y que, por tanto, lo categorizan: “*la producción (el trabajador), la vivienda (el habitante), el comercio (el consumidor), el equipamiento público (el usuario) y el ocio (el homo sapiens-ludens)*” (Juan 2000, 127). En este caso, la figura que nos importa, principalmente, es la del actor o sujeto *habitante*.

<sup>11</sup> La cursiva pertenece al autor.

<sup>12</sup> La cursiva pertenece al autor.

reproducir la vida social [...]. Es un axioma fundamental de mi indagación que tiempo y espacio no pueden comprenderse independientemente de la acción social (Harvey citado por Castells 2001, 433-434).

Complementariamente, Castells (2001, 434) agrega que en el espacio se juntan las prácticas sociales que se dan de manera simultánea en el tiempo. Por su parte, Lindón precisa que “el tiempo y el espacio son [...] coordenadas básicas desde las cuales se pueden comprender las interacciones sociales y la intersubjetividad” (2000b, 187). Por tanto, la misma autora señala que ambas dimensiones determinan un reconocimiento de un “aquí” y “ahora” de las prácticas sociales, a partir de las cuales “se ve al otro” (Lindón 2000a, 11); así tenemos que:

La temporalidad se refiere a la experiencia del presente como prácticas desarrolladas simultáneamente en el tiempo exterior [...], en el tiempo interior [...] y en el espacio, a través de la comunicación. Esto no implica que el pasado no sea de interés para lo cotidiano, lo es, pero no como trayectorias, sino como experiencias pasadas y sedimentadas bajo la forma de conocimiento incorporado y disponible en el presente, como conocimiento a la mano (Lindón 2000a, 11).

Lo cual nos abre la pauta para incorporar el componente narrativo dentro del giro espacial para, de esta manera, entender los significados que encierran tanto la memoria colectiva como individual de los habitantes de un reasentamiento que involuntariamente impuso un espacio en la vida cotidiana de estos sujetos-habitantes, por lo tanto:

[...] toda biografía también se expresa en la fusión particular de la corporeidad y la emocionalidad: no sería posible concebir una biografía sin un cuerpo que la protagonice y en el que se encarnen las cotidianas acciones. Esa corporeidad de toda biografía no es sólo un sustrato material y móvil de la vida, sino también lo que permite al sujeto sentir y constituirse en un sujeto-sentimiento (Lindón 2011, 21).

Con ello, dentro de este giro espacial, no sólo se puede hablar de la relación entre el sujeto y el espacio, sino también entre los sentimientos, la corporeidad y la memoria de este sujeto que se despliegan sobre el espacio. De tal forma que, desde una apuesta metodológica, además de la observación participante, las narrativas sobre la vida se constituyen en una manera directa para aproximarse al conocimiento de las formas de practicar el espacio y de la emocionalidad que se despliega en los lugares. Para Lindón (2011, 24), la vida tiene soportes espaciales, es decir, se

ancla al espacio en la cotidianidad, de ahí que para estudiar lo espacial es preciso comprender que:

La autobiografía (o las narrativas de vida) deviene una forma de aproximarse a los lugares a partir del relato de las experiencias espaciales del propio habitante, constituido en narrador de su vida y de su habitar. En otras palabras, estas narrativas dan cuenta de los lugares practicados, usados, significados, experimentados, modificados, recordados, por sujetos particulares. [...] Así, el espacio le da anclajes específicos a la experiencia [...] (la localiza en sentido amplio) y de esta forma le confiere mayor credibilidad e inteligibilidad. [...] La referencia a un lugar particular puede ser una simple forma de indicar la localización de un acontecimiento, [...] el narrador no sólo localiza eventos vividos como si lo hiciera en un plano geométrico para ubicar puntos, sino que también los tiñe con características y significados social y culturalmente atribuidos a esos lugares, habla de los lugares como acumulación de significados (Lindón 2011, 24).

Por lo tanto, las narrativas se integran en el estudio de la espacialidad y las subjetividades que componen las prácticas sociales en el espacio. Cuando inicialmente me he propuesto analizar las transformaciones sociales que se han dado en el reasentamiento de Súa, la narración se convierte en una herramienta necesaria para el acceso al conocimiento de esas transformaciones sociales, de las prácticas intersubjetivas al interior del reasentamiento y de las emociones de los sujetos; puesto que la narrativa de vida espacial, tal como apunta Lindón, constituye un relato que mantiene una organización y una secuencia espacio-temporal, y que además entrelaza significados sobre las experiencias vividas de los individuos, experiencias que de una u otra forma están vinculadas a determinados lugares que guardan relación con ciertas otredades (Lindón 2011, 27).

Consecuentemente, la narrativa de vida dentro del giro espacial se presenta como un forma de “relato en el cual el lugar (con toda su singularidad) forma parte de la experiencia allí vivida: influye [...] en la experiencia, le imprime una marca y lo vivido marca el lugar de maneras que pueden perdurar para futuras vivencias” (Lindón 2011, 27). No obstante, cabe recalcar que la experiencia sobre el espacio, como tal –como ella misma es, con sus materialidad y emocionalidad–, no puede ser comunicada sino bajo infinitas posibilidades de interpretación de lo vivido en el espacio, es decir en un lugar y tiempo determinados. “Esto se debe a que toda experiencia [...] es moldeada por las palabras. Éstas siempre van a omitir aspectos que el lenguaje no logra recoger, pero podrán exaltar otros” (Lindón 2011, 27).

## **2.2. El habitar entre la representación y la vida cotidiana**

En este apartado es importante establecer un nexo entre ambas categorías (habitar y vida cotidiana) por cuanto la ocupación y el uso de los espacios parten de un ejercicio permanente, o sea cotidiano, que despliegan los individuos; de allí que hay espacios que son practicados con mayor frecuencia que otros en el transcurso de la vida. Sin duda, la vivienda, el barrio (y, en este caso, el reasentamiento) o la ciudad, se convierten en lugares que son significados permanentemente o que aportan sentidos a las prácticas cotidianas de los individuos. Por tanto, en esta lógica, la categoría de “sujeto-sentimiento”, propuesta por Lindón (2009), se vuelve tangencial para comprender la presencia del cuerpo y las emociones en el espacio dentro de la vida cotidiana; es decir como un sujeto que experimenta el mundo, que construye lo social y lo urbano desde su cuerpo y sus emociones.

De esta forma, la subjetividad que se deriva de este sujeto, que es a su vez cuerpo y sentimiento, termina siendo fundamental para comprender que el habitar tiene distintas prácticas o maneras; por lo cual, metodológicamente hablando, para un estudio socio-espacial, es necesario atender a las microsituaciones que se generan en los espacios, puesto que estas, por un lado, “contienen claves acerca de procesos más extensos, como la reproducción y producción socio-espacial” (Lindón 2009, 12); y, por otro, abren la posibilidad de analizar diferentes prácticas espaciales así como los significados y las emociones que los sujetos concentran y despliegan en estas microsituaciones (Lindón 2009, 13).

Para este trabajo es de fundamental importancia sentar las bases de este edificio conceptual sobre el espacio a partir de los sentidos que trae consigo la noción de “habitar”. En un primer momento se podría partir de las bases existencialistas de Heidegger y Bachelard, quienes, sentaron un precedente sobre este concepto (Alfredo Santillán Cornejo 2019, 14). Por tanto, en referencia a estos dos autores, Santillán Cornejo señala que el habitar se concibe como “la acción propia de la forma humana, de estar en el mundo” (2019, 14); lo que, en esta línea existencialista, equivale a concebir que “habitar está inserto en el devenir de la vida misma” (Lindón 2014, 56). De esta manera, volviendo a Bachelard, citado por Lindón, se plantea que:

El habitar se sitúa a nivel del cuerpo y se asocia con lo cotidiano, por lo que los espacios habitados son indisociables de las sensaciones y emociones. Este planteamiento de Bachelard

tiene el mérito de sintetizar —aun si no lo hace de manera explícita— que las dos coordenadas del habitar son la corporeidad (con las sensaciones y emociones que lleva consigo) y la espacialidad. Las sensaciones y emociones que el cuerpo experimenta con relación al lugar donde está, es una forma de introducir el habitar (2014, 56).

Por tanto, desde esta postura ya se conecta algunos de los elementos que han sido esbozados previamente como el cuerpo, las emociones y la espacialidad que se expresan en la cotidianidad. No obstante, hay que ir más allá para situar al habitar en el terreno de las representaciones, precisamente porque la representación, tal como apunta Santillán Cornejo, es parte de la construcción de la realidad. Es decir, “toda construcción espacial sólo puede existir si está atravesada por un proceso de representación. Entonces la representación del lugar resulta constitutiva de lo que éste *es*” (Santillán Cornejo 2019, 14).

De tal forma que la representación, a grosso modo y desde una perspectiva semiótica, se dirá que es: “el proceso que vincula los conceptos, los lenguajes y los códigos para referirse a los objetos, y producir sentido dentro de una cultura” (Sefla 2016, 25). Por lo tanto, cuando incluimos la categoría de *representación*<sup>13</sup> aludimos a cierto tipo de universo simbólico que define, categoriza, jerarquiza, asocia o tipifica la realidad y, por supuesto, el espacio; por tanto, a través del habitar el sujeto habitante, que es también un sujeto-sentimiento, confiere sentidos<sup>14</sup> y significaciones

---

<sup>13</sup> También puede ser importante asumir la definición de *representación* que presenta Stuart Hall, el mismo que está relacionado con la producción de sentido y, a la vez, introduce el lenguaje como un componente que es relevante en la relación que hay entre los sujetos y la realidad, así: “representación es la producción de sentido de los conceptos en nuestras mentes mediante el lenguaje. Es el vínculo entre los conceptos y el lenguaje el que nos capacita para referirnos sea al mundo ‘real’ de los objetos, gente o eventos, o aun a los mundos imaginarios de los objetos, gente y eventos ficticios” (Hall 1997, 4). Esta definición sirvió de base para que Hall estableciera dos sistemas que forman parte del proceso de representación: Sistemas de conceptos o representaciones mentales y el sistema del lenguaje. Por tanto, “de la vinculación de estos dos sistemas surge el proceso de representación, sin embargo, a estos dos elementos (conceptos y lenguajes, ambos culturalmente compartidos) no puede olvidarse un tercer elemento: el mundo ‘real’, que es la base de toda representación [y por tanto] donde se asientan los otros dos elementos” (Sefla 2016, 21). Por tanto, el espacio (vivienda, barrio o ciudad) puede ser esa base material del mundo ‘real’ donde se asientan las representaciones que tienen los individuos.

<sup>14</sup> Para Stuart Hall, la producción de sentidos “depende de la relación entre las cosas en el mundo y el sistema conceptual” (1997, 5). A pesar de que esta operación pueda pertenecer a cada individuo, es decir a los propios conceptos que utilice para representar el mundo, “si esta premisa fuera una ley cerrada, seguramente la facultad de comunicarse sería nula. No obstante, a pesar de que cada quien tiene sus propios mapas conceptuales [asociados unos con otros], existe efectivamente la posibilidad de representar el mundo (‘real’ o imaginario) a otros sujetos, esto se debe precisamente a que existen mapas conceptuales compartidos que son adquiridos e incorporados culturalmente [ ...]. [Por lo tanto] las representaciones mentales, luego de saberse que son compartidas de acuerdo a las estructuras de pensamiento similares entre los miembros de una cultura, necesitan de un lenguaje en el cual puedan descifrarse [ ...]” (Sefla 2016, 21). Por lo tanto, la introducción de las categorías de representación, por medio del lenguaje, en los estudios del espacio, resulta pertinente por cuanto el espacio es reconocido y organizado discursivamente, y se presenta desde el lenguaje organizado secuencialmente. Es decir que, tanto espacio como

sobre el espacio o –en un sentido más limitado y determinado– sobre el lugar. No obstante, las representaciones que se hagan sobre el espacio son variadas, tanto como individuos y espacios hay en la realidad; aunque, si nos remitimos a la sociología de las prácticas de Pierre Bourdieu, se dirá que existen representaciones que responden a determinado poder simbólico que impone taxonomías para la clasificación y jerarquización de la realidad por medio de los discursos dominantes (Bourdieu 1985, 100), que en este caso podrían venir de las esferas de poder estatal, empresarial o de los promotores inmobiliarios que han intervenido en la construcción del reasentamiento patrocinado por el MIDUVI, y que, a su vez, pueden ser reproducidos por los habitantes en la vida cotidiana.

Sin embargo, entender el habitar, desde un horizonte teórico más amplio, puede ser concebido desde varias aristas, puesto que existe diferentes desplazamientos hacia donde jala el concepto del habitar por estar vinculado a una serie de representaciones, dado que –según Santillán Cornejo (2019, 14)– el termino, en sí mismo, carece de una escala espacial definida; así, por ejemplo se presenta varias perspectivas, muchas de las cuales sirven para el objetivo de esta investigación:

Para Lindón (2005), por ejemplo, el habitar está vinculado a la casa, entendida en su dimensión socioeconómica, como proyecto de realización personal y familiar, bajo el paradigma de propiedad; su utilidad se proyecta al futuro, como patrimonio económico transferible a las generaciones posteriores a través de la herencia. En el caso de Mayol (1996), el habitar está ligado a la sociabilidad generada en el barrio al cual pertenece la persona, pues la familiaridad con el entorno hace que determinada porción de ciudad sea suya. Y según Duhau y Giglia (2008), el habitar puede presentarse indistintamente en espacios como la vivienda, el barrio o la misma ciudad, dependiendo de las rutinas cotidianas. Esta impresión indica que el habitar está centrado en el sujeto antes que en el espacio mismo (Santillán Cornejo 2019, 15).

Por tanto, siendo el sujeto el centro y el que confiere sentido al espacio desde sus prácticas y representaciones, el habitar sería la práctica por la cual el orden socio-espacial se vuelve reconocible para el sujeto. Por tanto, se trataría de un orden donde existió una intervención del

---

lenguaje están atravesados por la secuencialidad lineal o temporal en la que se representa (Lindón 2011, 26). Además, el lenguaje y la representación que se haga de ellos, se reflejan desde las narrativas sobre el espacio, de tal forma que “las personas también suelen construir extensos relatos de vida espaciales sobre un lugar particular (que localiza y lugariza)” (Lindón 2011, 26). De tal forma que, si la representación no fuera socialmente compartida, difícilmente se podría tener experiencias intersubjetivas del espacio.

sujeto. Es decir que es el sujeto el que produce el espacio y, a su vez, lo vuelve inteligible, claro y perceptible tanto con las representaciones que le confiere como con las prácticas que se despliegan en la vida cotidiana; de esta manera, introducimos una definición amplia que abarca todas las unidades de análisis que hemos abordado:

Al situarse con respecto a un orden, el sujeto funda y hace posible su presencia, se hace consciente de su posición con respecto al entorno. La definición de habitar puede ser precisada de la manera siguiente. *El habitar es un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, al mismo tiempo reconociéndolo y estableciéndolo. Se trata de reconocer un orden, situarse adentro de él, y establecer un orden propio. Es el proceso mediante el cual el sujeto se sitúa en el centro de unas coordenadas espacio-temporales, mediante su percepción y su relación con el entorno que lo rodea. Habitar alude por lo tanto a las actividades propiamente humanas (prácticas y representaciones) que hacen posible la presencia –más o menos estable, efímera, o móvil– de un sujeto en determinado lugar y de allí su relación con otros sujetos*<sup>15</sup> (Giglia 2012, 13).

A partir de lo expuesto, se ha mencionado en algunas ocasiones que la interrelación que se da entre los sujetos, sus prácticas y los espacios –sin dejar de lado el tiempo– se materializa de distintas formas en la vida cotidiana. Por tanto, para hablar del habitar –desde la perspectiva que planteamos en este texto– no se puede sino bajo el soporte que ofrece la vida cotidiana, que en su acepción más amplia sería como el escenario espacio-temporal donde se produce la interacción de los sujetos.

Alicia Lindón ha planteado una teoría que nace de la geografía y las ciencias sociales y que la ha denominado “Geografías de la Vida Cotidiana” (Lindón 2006) que se concentran en el estudio de la relación que se establece entre espacio y sociedad, pero sobre todo considerando las tramas de sentido que se comparten socialmente y que se vuelven inteligibles en la interacción y el entorno.

La interacción refiere a las personas situadas espacio-temporalmente en un contexto intersubjetivo desde el cual le dan sentido al espacio y al otro, en un proceso constante de interpretación (resignificación) y de construcción de los espacios de vida. Por ello, para las GVC<sup>16</sup> [geografías de la vida cotidiana] cuestiones aparentemente banales expresan dimensiones de la vida social que merecen un análisis geográfico profundo (Lindón 2006, 357).

---

<sup>15</sup> La cursiva pertenece a la autora.

<sup>16</sup> En los siguientes momentos continuaré utilizando estas siglas propuestas por Alicia Lindón para las “geografías de la vida cotidiana”.

Estas GVC tienen un edificio teórico que ha sido aterrizado por varios geógrafos (Dardel, Kirtland Wright, Lowenthal, Rochefort, Hägerstrand, Goffman, entre otros, citados por Lindón, 2006) que desde, inicios el siglo XX, han visto la necesidad de aportar al campo de la geografía desde el punto de vista de la persona, por lo tanto, han trascendido por diferentes orientaciones y cruces interdisciplinarios para llegar al momento donde la subjetividad y las prácticas han terminado siendo relevantes para comprender la experiencia espacial. “La interrelación entre las prácticas y la subjetividad es compleja ya que se retroalimenta constantemente: los sentidos, significados e imágenes sobre el espacio se construyen y toman forma [y] condicionan las prácticas futuras” (Lindón 2006, 370).

Desde un horizonte metodológico, dentro de las GVC, Lindón propone estudiar las prácticas a partir de cuatro aristas: “los desplazamientos, las prácticas que permanecen en un lugar, los escenarios de comportamiento y los patrones/rutinas espaciales” (2006, 370). Adicionalmente, dentro de las GVC se incluye el campo de la información espacial, es decir aquella información que contiene significados y representaciones sobre las prácticas y las rutinas que se establecen en el espacio. Respecto a esta última unidad de análisis, la autora parte de los presupuestos de Alfred Schultz, para entender que la información espacial es transitoria, puesto que cada nueva experiencia espacial aporta nueva información; mientras que la información que ya se había establecido puede desvanecerse y marcar distancia en el tiempo y el espacio; pero de cualquier manera, y esto me resulta pertinente para el caso de estudio de los reasentamientos, la información espacial dependerá del grado de relevancia o importancia que tengan los individuos sobre esa información y esa experiencia espacial (Lindón 2006, 377).

Por otra parte, dentro del estudio de las GVC, Lindón propone estudiar la subjetividad espacial, la cual está relacionada con el campo de información espacial, por cuanto refiere a los significados que se otorgan a los espacios, pero también a los significados que se pueden obtener de las prácticas que se transfieren a los lugares o que, se obtiene de ellos. Para el análisis de la subjetividad espacial, la autora, basada en el argumento de Hervé Gumuchian: “el lugar es una acumulación de significados” (citado por Lindón 2006, 378), presenta 13 vertientes de análisis que puedan dar cuenta de los diferentes significados que se pueda obtener desde el espacio o, a la inversa, que se le pueda otorgar a éste. Estas entradas analíticas son: concepto de lugar, el sentido del lugar, el arraigo, el espacio vivido, los espacios alienados, la territorialidad, la atopia,

la topofilia, la topofobia, la agorafobia, el confinamiento, los espacios domésticos y los *homelessness*.

En definitiva, es importante comprender que la vida cotidiana puede ser entendida como el lugar donde “el individuo se enfrenta con el otro”(Lindón 2000a, 9), y por tanto su relevancia deviene de comprender que lo cotidiano es “donde se hace y deshace y se vuelve a hacer el vínculo social” (Lindón 2000a, 9). Esta entrada vincula lo cotidiano con la socialidad, que toma forma a partir de la experiencia intersubjetiva que se conforma en cualquier relación social. “Lo cotidiano es el lugar [...] en donde la alteridad es metabolizada” (Lindón 2000a, 9), con el objetivo de que lo desconocido, lo otro, por medio de esa metabolización, pueda sostener el vínculo social; entonces, según Pietro Bellasi, citado por Lindón, la vida cotidiana puede pensarse como:

el lugar de un estado sin cesar naciente de la socialidad, presentándose como producción imaginaria y simbólica de las relaciones sociales, como ritualización incesante del vínculo social [...]. Los haceres, las prácticas, junto con sus retóricas, constituyen la socialidad misma” (Lindón 2000a, 10).

### **2.3. La vivienda de interés social y la domesticación del espacio**

En este apartado es necesario arrancar desde el entendimiento de que la producción habitacional, en principio, es potente generadora de tejido social (Ortiz Flores 2011, 19). Es decir que, el Estado al dotar de vivienda crea nuevas condiciones de posibilidad para que se expresen una serie de dinámicas culturales que pueden reflejarse en la solidaridad, la ayuda mutua, o en la apropiación y transformación del espacio anclado en necesidades lúdicas y creativas; pero también estas dinámicas pueden expresarse en las tensiones que se provocan entre los sujetos-habitantes, como el desarraigo, la topofobia, la agorafobia, el confinamiento, o las desigualdades estéticas, éticas, económicas o sociales que haya entre individuos.

Si partimos de que el habitar es un conjunto de prácticas y representaciones sobre el espacio –y aquello que, Giglia (2012, 13), en referencia a Marc Augé, señala como ese proceso que “transforma el no lugar en un lugar”, donde se dan ciertos usos, pero también representaciones individuales y colectivas y memorias–, es importante para esta investigación conectar con la

vivienda y el reasentamiento, puesto que, juntos o por separado, representan un lugar, o un espacio practicado (De Certeau 2000), donde se enlazan los sentimientos y las experiencias de los sujetos.

No obstante, es pertinente hacer un tránsito hacia los estudios urbanos y las discusiones políticas y económicas que aterrizan en las condiciones materiales u objetivas para la producción de vivienda. De este lado, se dirá que la vivienda puede ser concebida, según la capacidad adquisitiva de los individuos, como un “bien costoso”, es decir que la vivienda está definida en función de la accesibilidad económica que una familia o individuo pueda tener a una vivienda. De tal manera, que –siguiendo la línea de análisis de Enrique Ortiz Flores (2011, 21-22)– la vivienda, en tanto lugar, responde a una lógica de producción mercantil del espacio, por tanto, atiende a las leyes económicas de la oferta y la demanda, pero también a la segregación y distribución del espacio conforme lo determinan, por un lado, las políticas públicas y la planificación territorial de los gobiernos locales (municipios, prefecturas, juntas parroquiales); y por otro, la apropiación del espacio que concentran los promotores inmobiliarios, empresas constructoras, empresas privadas e individuos que cuentan con el capital financiero para acceder al suelo.

Por lo tanto, en la generación de vivienda se expresan varias tensiones políticas, económicas y sociales que están determinadas, por un lado, por los medios de producción, es decir la maquinaria, los materiales y el trabajo productivo; y, por otro, por factores externos a la producción, pero que influyen en el valor de cambio de la vivienda, a saber: políticas económicas, tecnologías costosas, aspectos demográficos, normatividad creciente y tramitología. Estos dos factores de producción de vivienda determinan que ésta sea concebida como un “bien costoso” y un “hecho exacerbado”, pero que además se vuelve inaccesible por aspectos inequitativos de “distribución del ingreso” como son:

Flexibilización del empleo, incremento de desempleo, bajos salarios, barreras impuestas a la producción y al intercambio que realizan en forma autónoma los campesinos y los pequeños productores urbanos, y el despojo de los escasos excedentes económico y recursos naturales de los pueblos e impedimentos legales para seguir utilizando sus saberes y prácticas sociales (Ortiz Flores 2011, 22).

Por lo tanto, la vivienda se ha constituido en un “espacio deseado” para habitar. Frente a ello, el Estado ha tenido la responsabilidad de generar condiciones de acceso a suelo y vivienda para familias de escasos recursos económicos. Desde la política pública se ha contemplado la creación de programas de vivienda de “interés social”. Es decir que la vivienda, desde una lógica de segregación y desposesión espacial, puede definirse como un “servicio” pero también como un “derecho humano” que satisfaga la necesidad creada por la segregación espacial. Con estos conceptos, en función de los grupos de atención prioritaria de escasos recursos económicos, la vivienda puede ser entendida como un “satisfactor social” mediado por “la acción de un organismo público proveedor que la produce y adjudica a sus derechohabientes o a la población de bajos recursos: en propiedad, en arrendamiento y en uso” (Ortiz Flores 2011, 25). Es decir que la vivienda de interés social se halla en el seno de una biopolítica del estado de Bienestar, con el propósito de *hacer vivir*, esto es asegurar la vida.

En este sentido, la biopolítica es uno de los conceptos fundamentales que forman parte del gran cuerpo teórico de Michel Foucault, y que refiere a ese poder misificador que está destinado a asegurar la vida de los individuos y que se concentra en la producción de un saber que reproduzca o sostenga la vida; por lo tanto, “[...] la nueva tecnología introducida está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etcétera. Por lo tanto, tras un primer ejercicio del poder sobre el cuerpo que se produce en el modo de la individualización, tenemos un segundo ejercicio que no es individualizador sino masificador, por decirlo así, que no se dirige al hombre/cuerpo sino al hombre-especie. Luego de la *anatomopolítica* del cuerpo humano, introducida durante el siglo XVIII, vemos aparecer, a finales de éste, algo que ya no es esa *anatomopolítica*, sino lo que yo llamaría una *biopolítica* de la especie humana” (Foucault 2000, 220). Consecuentemente, desde este horizonte teórico se explican los grandes procesos de higienización de las ciudades modernas; de allí también se explica el desarrollo teórico de varios saberes como la medicina, la psiquiatría. En esta misma perspectiva, el control de las ciudades, el ordenamiento territorial, el control de asentamientos informales, de igual manera, responden a este proceso de higienización urbana, de tal forma que se imponen grandes conjuntos habitacionales y planes de desarrollo urbano para ordenar el espacio, bajo las figuras normativas y garantistas del “Derecho a la Vivienda” y el Derecho a la Ciudad”.

La vivienda social entonces, constituye el dispositivo de una política que se propone afrontar el problema de los impedimentos originados en la condición de mercancía de la vivienda y, por lo tanto, de las dificultades que tienen los hogares más pobres de abordar su precio de mercado. Este dispositivo tuvo sentido en las estrategias redistributivas de la política de vivienda, llevada a cabo, con mucha fuerza en los “años de oro” del estado del Bienestar (Sepúlveda Ocampo y Fernández Wagner 2006, 11).

En el caso de los interlocutores del trabajo de investigación, es decir los beneficiarios de las viviendas, vale mencionar que ellos han hecho un tránsito entre dos formas de habitar una vivienda; han pasado de una vivienda autoconstruida o autoproducida, con un espacio apropiado y domesticado libremente; a una vivienda impuesta, construida y producida en el flujo de una política pública de ordenamiento territorial y de producción de vivienda social del Estado (MIDUVI), atravesada por la participación de promotores inmobiliarios privados que recibieron directamente el desembolso económico del Estado para la ejecución de la obra.

Por lo tanto, este tránsito entre un espacio autoconstruido a un espacio impuesto y ordenado bajo la racionalización tecnocrática del espacio, generan dinámicas sociales, de encuentro y desencuentro, de apropiación y desarraigo, de reconocimiento y desconocimiento, entre los individuos y el espacio. Además de que obliga a decenas de habitantes a desplegar sus prácticas cotidianas en un espacio estandarizado, diametralmente opuesto al espacio autoconstruido en su vida anterior. En este sentido, Giglia (2000), a partir de sus estudios antropológicos en el reasentamiento de Puzzuolli (Italia), pone de manifiesto estas tensiones socioculturales creadas *en y por* el espacio.

En el caso de los conjuntos habitacionales de vivienda popular inspirados en los criterios de la arquitectura moderna, el habitar, en cuanto proceso cultural con características específicas para diferentes grupos socioculturales, se enfrenta con los límites que le son impuestos por espacios concebidos según criterios universales, fijos y casi siempre ajenos a los usuarios. [...] En estas condiciones el proceso de sentido que transforma el espacio dado en un *lugar*, es decir, en un espacio provisto de un significado colectivo, se vuelve más difícil, ya que los usuarios a menudo no se reconocen en estos espacios (Giglia 2000, 10).

La arquitectura es un elemento que está desarticulado por completo de las experiencias de vida y las condiciones socioespaciales de los habitantes; por lo tanto, es una inscripción material de la

representación hegemónica del espacio impuesta desde la política pública del estado que entra en disputa con el imaginario social de los beneficiarios sobre el uso y ocupación del espacio y la vivienda.

[...] en el interior de la vivienda, los habitantes tienen que realizar un esfuerzo por adecuarse a espacios cuya racionalidad no siempre es evidente para ellos, lo cual implica un reajuste de la vida cotidiana y de las relaciones familiares (...) En segundo lugar, los habitantes tienen que reestructurar su sociabilidad y su vida cotidiana en relación con el proceso de reubicación en la ciudad (en particular en lo que se refiere a la relación entre lugar de residencia y lugar de trabajo) (Giglia 2000, 12).

No obstante, esto no niega que se establezca una relación reiterada entre los sujetos y los espacios. De tal forma que, a fuerza de repetición, los sujetos se conectan con el espacio sea para apropiarse de él, transformarlo o rechazarlo. De tal forma que el espacio, por pura percepción, no deja de incorporarse en las prácticas cotidianas de los sujetos. A esto es lo que Giglia, en referencia a Pierre Bourdieu, llama “hábitus socio-espacial” que crea un “saber con el cuerpo” que ha sido interiorizado en las prácticas sociales. “La noción de hábitos nos ayuda a entender que el espacio lo ordenamos, pero también que el espacio nos ordena, es decir, nos pone en nuestro lugar, enseñándonos los gestos apropiados para estar en él” (Giglia 2012, 16). Entonces, se dirá que, aunque el espacio haya sido impuesto, no deja de existir una relación entre individuo y espacio a pesar de que los significados denoten afectos o disputas alrededor del lugar. A esta conexión cotidiana y habitual se la entiende como domesticación.

La relación reiterada con el espacio lo transforma en algo familiar, utilizable, provisto de sentido, en una palabra, domesticado. Se trata de una relación semejante a la que tenemos con los animales domésticos. [...] Lo mismo pasa con el espacio, lo domesticamos en la medida en que lo usamos repetidamente, y al usarlo repetidamente lo convertimos en algo único para nosotros, que tiene nombre y un sentido especial [...]. Consideramos a la vivienda como espacio doméstico porque es en ese espacio donde se efectúan las funciones más importantes de la reproducción, y porque es el espacio que más se asocia a la vida familiar y a las rutinas de lo cotidiano (Giglia 2012, 16).

Sin embargo, es necesario aclarar que la domesticación también se cumple siempre que un espacio sea útil, y que, a fuerza de esa utilidad, se convierta en un espacio que aporta a la construcción del sujeto. De manera que, una vivienda puede ser útil, y por tanto la domesticación

de ese lugar resulta sencilla. Mientras que una vivienda, cuyos servicios resultan ineficientes, o, además, los servicios que cuenta son limitados o inexistentes, la falta de utilidad complejiza esta relación con el sujeto. Por tanto, de las carencias puede emerger un sentido de desubicación y pérdida dentro del espacio. Con lo cual, agrega Giglia (2012, 16), “nuestro poder sobre el entorno doméstico [disminuye] y nos sentimos ajenos a nuestra propia casa, hemos perdido el control sobre ella”.

### Capítulo 3. Apuntes metodológicos

Explicitar la metodología que utilizamos dentro de un trabajo de investigación social y antropológica permite entregar a nuestros lectores y lectoras el conocimiento y exposición de nuestros métodos, herramientas e instrumentos de investigación, que son, al fin de cuentas, los medios por los cuales hemos llegado a la producción de conocimiento de la realidad que hemos pretendido abordar. Pero también son los mecanismos a través de los cuales nos aproximamos a nuestros interlocutores y su cultura; pues son ellos con sus prácticas sociales y espaciales el motivo por el cual hacemos investigación.

Nos acercamos al campo porque hay un grupo humano que nos importa conocer y porque sus formas de vida están atravesadas por dialécticas sociales, culturales, políticas y económicas de instancias institucionales, empresariales o gubernamentales, que influyen directamente sobre la vida de nuestras comunidades. De modo que estas tensiones que se dan entre la vida cotidiana de las personas y las decisiones y acciones políticas que se dan en las esferas de poder (en este caso alrededor de la vivienda de interés social), constituyen mi objeto de estudio sobre el cual he aterrizado un conjunto de técnicas y herramientas de investigación; por lo tanto, pensar en la metodología, implica abrir un camino por el cual buscar respuestas, así, Tellez Infantes precisa:

Según Taylor y Bodgan (1986:15), el término metodología designa el modo en el que enfocamos los problemas y buscamos respuestas. En las ciencias sociales se aplica a la manera de realizar la investigación. Nuestros supuestos, intereses y propósitos nos llevan a elegir una u otra metodología”. [...] Así, por método entendemos el conjunto de actividades y operaciones que, dentro de un proceso preestablecido, se realizan de una manera sistemática para conocer y actuar sobre la realidad (Téllez Infantes 2007, 59).

Por lo tanto, al hablar de método, en una investigación como la que he propuesto, vale referirse a uno en particular: el método etnográfico; donde, por un lado, se conjuga el trabajo de campo con la observación participante; y, por otro, la descripción detallada de las prácticas y discursos que vamos registrando en el trabajo de campo y que llegan a nuestros sentidos principalmente por medio de la observación participante, que ha sido la técnica dominante a lo largo de todo el trabajo de campo, porque uno puede observar estando inmerso en las prácticas sociales, aunque

al inicio la presencia de un extraño tiene un peso contundente en el desarrollo sucesivo de las acciones de los interlocutores puesto que la presencia del antropólogo es ajena a la cotidianidad de los sujetos. De modo que toma un tiempo adherirse a la comunidad hasta que la presencia del investigador pasa a ser parte de la vida cotidiana.

En términos generales, el estudio que he planteado es de tipo cualitativo, basado en el método etnográfico, lo que implica la descripción incesante de todo aquello que me ha otorgado la observación participante. Además, se utilizó como herramienta indispensable la cámara de video para el registro audiovisual de las prácticas cotidianas de los interlocutores en sus viviendas y en el reasentamiento en general. Vale precisar que la intención inicial del uso de la cámara y su registro audiovisual estaba pensada en relación con la construcción de un documental etnográfico; sin embargo, por factores de orden social, entre ellos el de la pandemia de la Covid 19, el proyecto documental, a partir del procesamiento de todo el material registrado en el trabajo de campo, quedó suspendido a la hora de la presentación de esta investigación. No obstante, el registro audiovisual y su observación diferida ha sido clave para el relevamiento, el análisis y la interpretación de los datos etnográficos.

Ahora bien, respecto a la propuesta documental –que, en su momento estuvo presente aún en la construcción de la imagen, esto es en la filmación con los interlocutores– estaba enmarcada dentro de los límites del cine etnográfico exploratorio y participativo, como una forma de involucrar a los habitantes en el proceso de investigación y como una estrategia para la observación participante y recogida de datos, ya que el hecho de que la filmación se suceda durante el trabajo de campo, es una manera de optimizar el tiempo por cuanto yo no residía en el lugar de la investigación.

Elisenda Ardèvol (1998) plantea que el cine exploratorio etnográfico –a diferencia del cine exposicional– está definido por las siguientes etapas: 1) Diseño de investigación; 2) Trabajo de campo y Filmación; 3) Análisis e interpretación de datos; 4) Elaboración de guion y Edición. De esta manera, el registro cinematográfico es parte misma de la investigación antropológica. Por lo tanto, como lo dije anteriormente, el material filmico fue utilizado para la observación diferida, que Ardèvol señala como una técnica de análisis desarrollada por Claudine de France basada en el contraste entre la memoria etnográfica y el registro audiovisual. Su visionado repetido nos

permite enlazar la experiencia de campo con el análisis teórico. Así, el material grabado es parte de la investigación y también servirá para una etapa posterior para la elaboración del documental. Se plantea que este documental será construido para un público general, mayor de edad, que tenga la competencia básica de lectura del lenguaje audiovisual. También el producto estará destinado a académicos, estudiantes y profesionales que se ocupan de temas propios de los estudios urbanos y de antropología urbana.

### **3.1 Técnicas de investigación**

Este proceso de investigación ha atravesado por tres fases claramente definidas: 1) diseño y planificación de la investigación; 2) trabajo de campo incorporando técnicas audiovisuales; 3) Análisis, interpretación y descripción de los datos etnográficos. Por lo tanto, para cubrir este proceso me he servido de las siguientes técnicas de investigación para abordar el objeto de estudio en función de los objetivos de investigación planteados en la fase de diseño y planificación.

**Observación participante:** Esta técnica es una de las más relevantes dentro del proceso de investigación y, en particular, en el trabajo de campo; puesto que a través de esta se ha podido incorporar conocimiento a partir de los propios sentidos del etnógrafo. Según S.J. Taylor y R. Bogdan, citados por Joan Pujadas, la observación participante “consiste en la investigación basada en la interacción social entre el investigador y los informantes en el milieu de estos últimos, y durante la cual se recogen datos de forma sistemática y no intrusiva” (Pujadas 2011, 72).

Por lo tanto, a partir de esta técnica se obtuvo conocimiento de los usos y modos de apropiación que tienen los habitantes de las viviendas de la ciudadela Alonso de Illescas, los cambios y modificaciones que han tenido las viviendas luego de la entrega hecha por el MIDUVI. De igual manera, a partir de esta técnica se tuvo datos respecto a: 1) las relaciones que hay entre los objetos y la ocupación o distribución en el espacio; 2) las formas de relacionamiento social entre los integrantes de las familias; 3) las formas de interacción entre habitantes de la comunidad, es decir la convivencia social; 4) las formas de organización de los habitantes del reasentamiento y

las tensiones que hay alrededor de la administración local; 5) los problemas estructurales de las viviendas y el reasentamiento con que batallan diariamente los moradores; 6) los imaginarios que se tejen al interior del reasentamiento.

**Entrevistas semiestructuradas:** Este tipo de técnica fue complementario a la observación participante, puesto que, así como se observó, también se interrogó sobre algún aspecto puntual de la vida de los interlocutores. Además, me permitió obtener información directa del discurso de los habitantes del reasentamiento, a partir de un cuestionario básico, orientado a conocer los significados que los habitantes tienen sobre sus viviendas y el espacio público del reasentamiento. Esta técnica, a su vez, fue combinada con la siguiente dada la semejanza que hay entre ambas, por la mediación de la palabra. Las entrevistas semiestructuradas fueron de mucha utilidad sobre todo en la fase de entrevistas videograbadas.

**Conversaciones informales en recorridos con cámara:** Desde el primer día hasta el último del trabajo de campo realicé recorridos filmados al interior del reasentamiento, y también afuera hacia los sitios de las antiguas viviendas de los moradores. A través de los recorridos que hice con los habitantes se realizaron conversaciones para obtener información relevante para el estudio.

Esta técnica resultó muy útil para conocer aspectos inmateriales de la vida de las personas, muchas veces se ahondó en la memoria, pero también en las valoraciones respecto al cambio de vida que han tenido antes y después de obtener la vivienda del Estado. Por lo tanto, con esta técnica, soportada en la filmación permanente, registré entrevistas, desplazamientos, usos de los espacios del proyecto de reasentamiento, los mismos recorridos y explicaciones de los habitantes en los antiguos asentamientos humanos en el estero del río Súa. Además, se filmó las dinámicas sociales entre los moradores: conversaciones entre ellos, preparación de alimentos, tiempos de descanso, juegos.

**Revisión bibliográfica a la luz del análisis de datos etnográficos:** Esta técnica atravesó todo el proceso de investigación. Estuvo presente tanto en el diseño teórico y metodológico de la investigación, como en el trabajo de campo para, secuencialmente, y contrastando la información y sometiéndola a proceso de interpretación y análisis, y, finalmente en la fase de escritura de la investigación donde teoría y datos etnográficos se confrontan y dialogan.

**Fotografía:** Esta técnica fue usada como complemento a la descripción etnográfica, de modo que hay un fuerte componente visual en la investigación, dado que se trató de presentar las interpretaciones y hallazgos desde la visualidad.

Pero la presencia de la fotografía no sólo ha servido para la fase de escritura y presentación de resultados, sino también fue una técnica mediadora entre los interlocutores y yo, puesto que las fotografías les he devuelto a los informantes y también han sido tomadas cuando me han solicitado; un caso muy concreto es el de la fiesta de Ibrahim Ibarra, hijo de Andrés Ibarra, presidente de la comunidad. En ese acto yo fui el fotógrafo de la fiesta, por ende, recopilé todo el material fotográfico, lo edité y le entregué a Andrés para que tenga recuerdo del cumpleaños de su hijo. Dicho esto, la fotografía ha servido como un elemento de intercambio y negociación entre etnógrafo y la comunidad.

### **Foto 3.1. Cumpleaños de Ibrahym Ibarra**



Foto del autor. 10 de octubre de 2020.

**Archivo fotográfico:** Volver al archivo fotográfico fue importante para comparar los cambios y mutaciones que ha tenido la ciudadela desde el año que la inauguraron hasta la fecha en que

realicé el trabajo de campo. En este sentido, el archivo fotográfico está anclado a un método comparativo y diacrónico de la historia del reasentamiento.

**Revisión de Material fílmico:** Del mismo modo, para el proceso de escritura y descripción etnográfica, tuve que revisar todo el material producido durante el trabajo de campo. En total, en cantidad de información audiovisual digital tengo 2.130 archivos en formato mp4 y jpg, con un tamaño total de 370 Gb. Por tanto, tuve que revisar una y otra vez los archivos tanto para transcribir las entrevistas y conversaciones, como para profundizar en los hallazgos etnográficos.

**Foto 3.2. Gráfica de un fragmento de archivos del trabajo de campo**

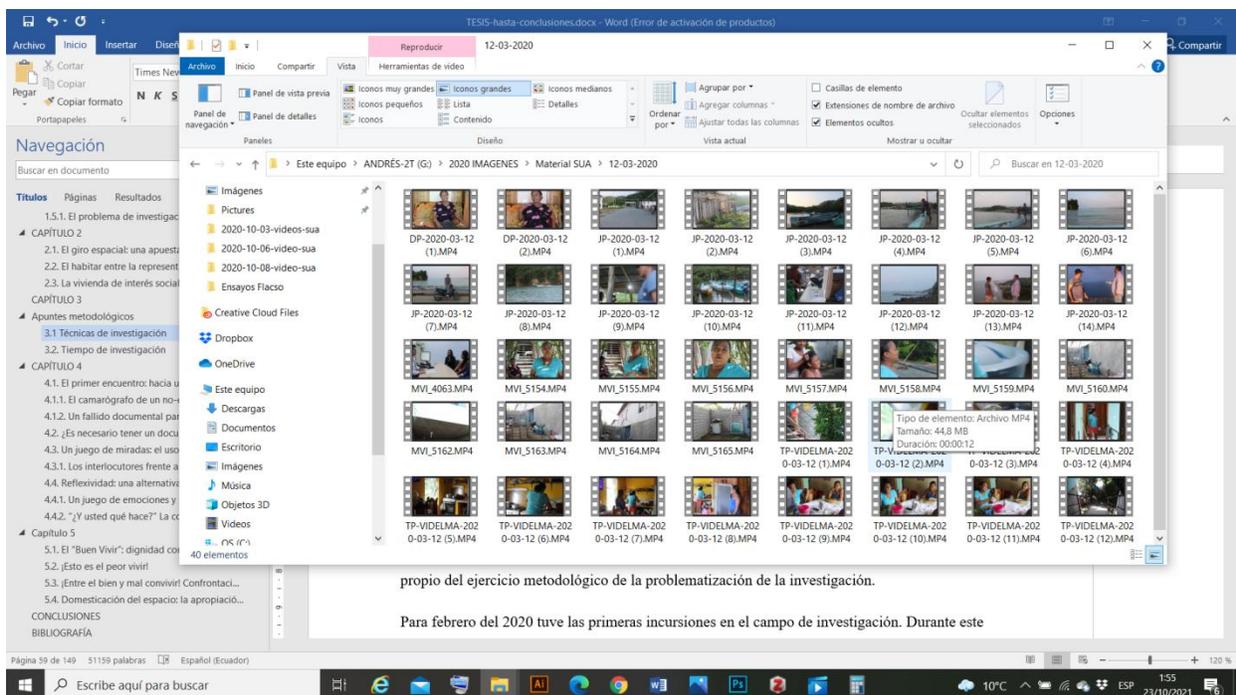


Foto del autor.

La imagen 8 da cuenta de este ir y venir entre la escritura y la revisión audiovisual y fotográfica que se ha hecho en la última etapa de investigación.

### 3.2. Tiempo de investigación

Desde el momento de la idea, cuando surgen las primeras nociones y conceptos por establecer un problema de investigación, empezó este estudio. Por lo tanto, el diseño y planificación de la investigación empezó en agosto del 2019. En esta segunda mitad del 2019 hubo un proceso de

apropiación, entendimiento y cuestionamiento constante por el tema de investigación, que es propio del ejercicio metodológico de la problematización de la investigación.

Para febrero del 2020 tuve las primeras incursiones en el campo de investigación. Durante este mes, tuve contacto primero con los funcionarios del MIDUVI para tener conocimiento del aspecto institucional que está detrás de la creación del reasentamiento, y busqué los contactos de los representantes de la comunidad, hasta que finalmente me dieron el contacto de Andrés Ibarra.

### **Foto 3.3. Primer encuentro con Andrés Ibarra**



Foto del autor. Febrero de 2020.

Hacia marzo del 2020 me sumergí de lleno en la comunidad, fue una fase de negociación de mi presencia y de la cámara. Pero también fue la etapa para consolidar lazos con los informantes más importantes dentro del trabajo de campo, es decir con aquellos que estuvieron acompañándome a lo largo de toda la investigación en el reasentamiento, como es el caso de Videlma Cortés y Jhonny Portocarrero.

A mediados de marzo del 2020, en Ecuador se decretó el Estado de Excepción y confinamiento por la pandemia de la Covid 19 que se instaló en nuestro país. Luego el trabajo de campo se paralizó hasta el mes de septiembre. No obstante, durante este tiempo seguía teniendo contacto telefónico con los moradores.

Una vez que se alzó la medida de confinamiento y el país entro a un proceso paulatino de retorno a las actividades presenciales, también tomé la decisión de regresar al trabajo de campo en Súa. Por tanto, volví a finales de septiembre y me quedé en la comunidad hasta noviembre del 2020. Esta tercera ida al reasentamiento fue muy importante por cuando se obtuvo datos que fueron indispensables en la investigación y que reorientaron el curso de mi análisis; además motivaron la introducción de nuevas categorías de análisis y me llevó a establecer un método comparativo entre ambos momentos de inmersión al campo, esto es, comparar los hallazgos del primer encuentro con los hallazgos del segundo. Luego del trabajo de campo, empezó la fase de análisis y escritura de los hallazgos etnográficos, los cuales también fueron sujetos a la interpretación teórica que nos entregan los autores que sirvieron de guía para este trabajo.

### 3.3. Locaciones

Como se ha dicho hasta el momento, el trabajo de campo se situó concretamente en el Reasentamiento de Súa. De modo que, la ciudadela fue el escenario por donde me movía con la cámara para observar y dialogar con los habitantes.

#### Foto 3.4. Ingreso principal al reasentamiento de Súa



Foto del autor. 11 de octubre de 2020.

A nivel más micro, las otras locaciones fueron las viviendas de cada familia que me dio la oportunidad de ingresar para conversar con ellas y conocer su propia realidad. En total ingresé a 15 viviendas ubicadas indistintamente en las 12 manzanas que componen la ciudadela. Es decir, considerando que el reasentamiento está constituido por 135 viviendas, en términos porcentuales, equivale al 11,11% de viviendas visitadas (Foto 3.5 y Foto 3.6, como muestra) a lo largo de estos dos períodos de trabajo de campo.

**Foto 3.5. Gradas de acceso a las viviendas de Gladys Castillo y María Calderón**



Foto del autor. 03 de marzo de 2020.

**Foto 3.6. Vivienda de Tatiana Angulo**



Foto del autor. 15 de octubre de 2020.

Las otras locaciones son fuera del reasentamiento y tienen que ver con los entornos cotidianos y productivos de los moradores, pero también con los antiguos barrios donde estuvieron ubicadas las viejas viviendas, por las cuales recibieron el bono de vivienda de parte del MIDUVI.

**Foto 3.7. Estero de Súa: pescadores residentes del reasentamiento**



Foto del autor. 12 de marzo de 2020.

**Foto 3.8. Galo Santos, morador del reasentamiento, en Estero de Súa**



Foto del autor. 15 de octubre de 2020.

### 3.4. Mis Interlocutores

El trabajo de campo depende mucho de los lazos afectivos y conversacionales que se tiendan con las y los informantes de la comunidad. A partir de ellos se conocen los significados más importantes que tiene la agrupación. Son la puerta de entrada y salida a la cultura, o se presentan como puentes de enlace a las formas de vida, cosmovisiones, necesidades y problemas que tiene la comunidad. Pero al mismo tiempo, hay interlocutores más representativos que otros, o, en efecto, que son más comunicativos que otros y que guían el viaje etnográfico hacia los “secretos”, códigos y estructuras materiales e inmateriales que guarda cada grupo humano.

Como el mismo Malinowski propuso, el trabajo de campo de los antropólogos consiste en estancias prolongadas de los investigadores sobre el terreno, [...], durante las cuales el investigador debe intentar sumergirse en la vida cotidiana del grupo estudiado, intentando minimizar el impacto que su presencia provoca entre los miembros del grupo en cuestión. El objetivo principal de la persona que investiga es familiarizarse con los significados culturales, los valores, las costumbres y la estructura social del grupo con el que convive, intentando averiguar la racionalidad específica de sus actos (Pujadas 2011, 72).

De modo que, para entrar precisamente en esa familiaridad con los valores y costumbres de la comunidad, me atrevo a afirmar categóricamente que, sin ellos y ellas, nuestros informantes o interlocutores, no habría sido posible acceder al conocimiento de su modo de habitar y sus prácticas sociales y espaciales. Por lo tanto, concuerdo con Jay Ruby (1995), cuando señala que en la investigación antropológica trabajamos con sujetos, no con “objetos de” investigación.

Por tanto, el trabajo de campo logra ser una suerte de todo aquello que haya surgido en el encuentro etnográfico entre investigador e informantes; pero más que eso, la descripción versa en función de esa identidad y práctica intersubjetiva, donde se cruzan aspectos tan elementales como la alegría, el chiste, la atención, la preocupación o la nostalgia que se dan dentro de una situación conversacional con los interlocutores, porque las emociones (Le Breton 1999; Lindón 2009; Medina, Roquefort, y Reyes 2017) están presentes en los sujetos (etnógrafo e interlocutores) y son constitutivas a nuestra identidad, presencia y representación de las cosas que ocurren alrededor.

Consecuentemente, en este apartado haré una presentación breve de mis principales interlocutores a lo largo del trabajo de campo, y que, sin lugar a duda, constituyen un eje transversal en el trabajo de campo, y, por tanto, se constituyeron en coproductores de esta investigación dado que de ellos dependía por un lado las redes o nexos sociales para conocer la vida de otros moradores, pero también colaboraron en la filmación y varias entrevistas a los moradores de la ciudadela, siendo así co-constructores de conocimiento etnográfico.

### **Videlma Cortés**

Videlma, tiene 45 años. Su familia le dice “Viduca”, no tiene hijos y vive con su mamá, Darlis Ponce de 83 años. Ella constituye el nexo dentro de su familia, está pendiente de su madre, de sus hermanos y sobrinos. Alrededor de la presencia de Videlma se articula toda la familia, puesto que está siempre pendiente de las comidas familiares, de las necesidades de la casa, de las reuniones sociales de la familia y con los vecinos.

#### **Foto 3.9. Videlma Cortés**



Foto del autor. 04 de marzo de 2020.

Para este trabajo, su presencia fue fundamental por cuanto estuvo de principio a fin apoyando esta investigación, caminó conmigo por cada rincón de la ciudadela. “Mire esto Andrés”, “Véngase para acá”, “Vamos para la casa”, “Usted me dice y yo le grabo”, “¿Hoy también va a grabar?”, “Venga siéntese un rato y descanse”, “¿Quiere agua, cola o un juguito para que se refresque”, “Mañana a qué hora va a venir”, etc.

Es decir que Videlma fue un soporte emocional y profesional en el trabajo de campo, atendió, aún sin decirle o solicitarle, a necesidades básicas como el darme de comer en las horas del almuerzo y la merienda. “Venga, siéntese, hasta que usted se lave las manos ya le sirvo la comida para que se alimente, sino se va a desmayar con este calor”, me decía como signo constitutivo de su forma de ser y también de cuidado y domesticación del mismo etnógrafo.

Por mi parte, siempre le agradecí por cada acto de ayuda o asistencia que tuvo conmigo. De modo que la generosidad de ella es uno de los aspectos y recuerdos más gratos que tengo del trabajo de campo.

### **Andrés Ibarra**

Me decía “Tocayo”, porque ambos llevamos el mismo nombre. Es el presidente de la Ciudadela. Tiene 30 años, está casado con Delia, y ambos tienen un hijo en común. Andrés no es el beneficiario oficial de la vivienda en la que habita, sino su tía. Sin embargo, habita aquí desde que se inauguró la ciudadela.

### **Foto 3.10. Andrés Ibarra, presidente de la ciudadela**



Fotograma del autor. 12 de marzo de 2020.

Como presidente, su sueño es que su barrio se convierta en “la Señora Ciudadela Alonso de Illescas”. Actualmente es funcionario público, trabaja en la Agencia Metropolitana de Tránsito de Atacames, y eso le ha servido para solicitar algún pedido de la comunidad al Municipio. Según dijo, “hay veces que el alcalde apoya y manda los tanqueros y el *hidroclean* para limpiar los pozos, pero el problema es que no hay muchas bombas para el cantón y hay que esperar”.

Su presencia fue importante en mi investigación, puesto que, desde la primera llamada, me atendió con cordialidad. Asimismo, me recibió en su trabajo en febrero del 2020 y luego me presentó en la comunidad la noche que estaban organizando los preparativos para el aniversario de la ciudadela, que no se cumplió por el confinamiento ordenado por el Estado.

El respaldo de Andrés estuvo en la entrega de información y en la amistad que tiene con Videlma. “Viduquita, ayúdele al compañero que va a hacer una investigación en la ciudadela, yo no puedo por el trabajo, pero usted pasa aquí y conoce la ciudadela para que lo guíe”, dijo. Por tanto, Andrés representa la voz política de la ciudadela, ya que en él se concentra el poder de la representatividad, pero también, sobre él pesa el rechazo de gran parte de la ciudadela que no se siente representada.

No obstante, Andrés sabe de las tensiones que hay en la localidad, aun así, se mantiene al frente de la ciudadela con la intención de que se convierta en un lugar limpio, donde los habitantes sean solidarios y recíprocos entre sí. “Deberían volver a darnos esos talleres del Miduvi, donde nos hablaban de la convivencia entre vecinos, porque esta gente ahora no se mueve y hay que estar arriándoles”.

Para Andrés, mi presencia es importante porque, asegura, que los hallazgos que encuentre no serán importantes para mí o la universidad, sino para la comunidad.

De eso se trata, de que la gente sepa que también se necesita de ayuda, aunque también es cierto que mucho de lo que pasa aquí depende de los compañeros, a veces quieren que yo haga todo sólo pero no se puede, para sacar adelante a la ciudadela debemos armar el hombro todos. Tratábamos desde un inicio de mantener todo bien bonito, bien limpiecito, bien arreglado, incluso porque había la exigencia, porque estaban las actas, estaba el reglamento. “Si tienes sucio tu frente, si tienes sucio la calle, si no mantienes, puedes perder la casa”, todo esto que había al inicio, como que inculcaba o empujaba a la gente a mantenerlo. Pero luego de que el MIDUVI

nos abandonó pues todo el mundo dijo “si no nos ayudan, entonces aquí tampoco tienes el derecho de sacar a nadie”. Entonces ahí fue donde ya se desordenó todo (Testimonio de Andrés Ibarra, 12 de marzo de 2020).

### **Edison Mandarina**

A Edison lo conocí mientras estaba grabando la práctica deportiva de los niños y niñas de la ciudadela. Luego de que me percaté de su mirada, me acerqué a él, me presenté y le conté lo que estaba haciendo. No demoró ni un momento en decirme lo que le gusta o le molesta de la comunidad y de las condiciones del reasentamiento. Él, junto con Ciriaco Mera, fueron la entrada a las viviendas con mayores conflictos estructurales y ambientales.

#### **Foto 3.11. Primer contacto con Edison Mandarina**



Foto del autor. 08 de octubre de 2020.

Édison es de Muisne (sur de Esmeraldas) y cuenta que hace dos años estuvo en la cárcel por problemas en la vía pública. “Eso no le deseo ni a mi peor enemigo”, dijo. Por sus acciones da cuenta que le importa mucho el deporte que se practica en la ciudadela.

Trabaja en mejorar las condiciones de la cancha de tierra, según dijo, porque es lo único que puede motivar a los niños y niñas de la ciudadela para que “no se metan en vicios (alcohol y

drogas)”. Fuera de eso, se gana la vida de jornalero en plantaciones vecinas, o de la pesca cuando alguien lo contrata o de enganchador de turismo en la playa de Súa o Atacames.

### **Jhonny Portocarrero**

Jhonny tiene 58 años. Es una persona muy jovial, con una gran apertura al diálogo. Era pescador hasta hace unos 5 años atrás, pero ahora, por la gran proliferación de los piratas en altamar se resiste ir al mar. “En esta profesión nunca sabemos si vamos a regresar a ver a nuestras familias”, relata cada que recuerda a varios amigos que han sido asaltados en el mar, en medio de la oscuridad de la noche.

### **Foto 3.12. Recorrido por playa de Súa con Jhonny Portocarrero**



Foto del autor. 08 de octubre de 2020.

Fíjese que usted adentro no tiene a nadie, sólo Dios es el único que sabe lo que pasa adentro del mar, si se encuentra con un pirata no hay nadie que lo auxilie. Uno queda a expensas del corazón del ladrón, porque hay unos que le pegan dos tiros a pesar de robarles los motores y la pesca. Pero así no le maten, le deja en la mitad del mar, a 20, 30, 40 millas de la costa y qué hace ahí, ¡nada! ¡En este oficio sólo Dios le ayuda! (Testimonio de Jhonny Portocarrero, 12 de marzo de 2020).

Por lo tanto, dejó la pesca y en su lugar se dedicó a la comercialización del pescado una vez que llegan los pescadores con la carga. Generalmente se levanta a las 4 de la mañana porque tiene que llegar con la gasolina para que los pescadores entren al mar a las 5 de la mañana. Luego regresa a las 11 de la mañana o medio día, que regresan los pescadores con los mariscos para poder comercializar.

Tiene una motoneta y en ella me llevó a conocer su antiguo barrio, el entorno de su trabajo y los atractivos turísticos de Súa que son los lugares por donde habitualmente laboran los habitantes del reasentamiento. “Acá, si la gente vive del mar y del turismo, ahora jodido por la pandemia. Pero antes del Covid, la gente venía así sea a hacer trenzas a los turistas, o a vender aguas, colas o cervezas heladas” (Testimonio de Jhonny Portocarrero, 12 de marzo de 2020).

### **Otros interlocutores**

En general, hubo una gran predisposición de los habitantes del reasentamiento para hablar sobre su situación. No obstante, por economía de espacio no los menciono uno a uno como debería. Sin embargo, vale decir que a lo largo de mis recorridos atendí a todas las interacciones y conversaciones que se me plantearon.

Por lo tanto, amenera de resumen, diré que, durante todo el trabajo de campo, tanto en la primera como en la segunda ida a campo, entrevisté a unos 30 moradores, cabezas de hogar, es decir que obtuve los criterios de prácticamente una cuarta parte de los representantes del reasentamiento, y cabe decir que muchos de ellos tenían apreciaciones similares sobre la problemática alrededor de la convivencia y las fallas estructurales en la construcción del proyecto habitacional; lo cual se irá dilucidando en los capítulos siguientes.

### **3.5. Aspectos técnicos**

La utilización de la cámara en el trabajo de campo fue relevante por todos los registros que de ella se pudo tener. Pero también por el rol que jugó en el encuentro etnográfico. En sí, estos y más aspectos etnográficos alrededor de la presencia de la cámara en campo serán abordados en el siguiente capítulo. Sin embargo, en este apartado, detallaré los aspectos técnicos que soportaron mis recorridos y grabaciones por las distintas locaciones y los diferentes encuentros etnográficos

que he tenido. Aunque, puede que teóricamente no sea importante, en realidad sí resulta complementario, puesto que un equipo, cuando el componente audiovisual está presente en el proceso de construcción de conocimiento, es fundamental para el registro, la observación diferida, el análisis de datos y la posterior edición del material fílmico en el caso de que se opte por presentar los hallazgos en un documental etnográfico.

En este caso, al reasentamiento llevé dos cámaras réflex Canon, con dos lentes de 18-55 mm y uno de 70-200 mm. A fin de tener diferentes ópticas y tener la posibilidad de complementariedad con ambas cámaras, aunque en general utilicé una cámara a la vez, sin embargo, cuando se acababa la batería de la una, utilizaba la otra.

Con ambas cámaras registré video en una resolución en Full HD 1920x1080p a 23.9 fps. Para el caso de las fotografías, tienen un tamaño de 300 dpi.

Para las entrevistas utilicé un micrófono lavalier o de solapa alámbrico. De modo que, antes de cualquier entrevista, solicitaba comedidamente a los interlocutores que se coloquen el micrófono corbatero para registrar su voz. Adicionalmente, porté una grabadora de voz Phillips, para captar el sonido ambiente.

## Capítulo 4. Una cámara para entender la vivienda social

El presente trabajo de investigación tiene como objetivo aterrizar sobre las lógicas existenciales, los modos de vida y las relaciones sociales de los habitantes que han sido víctimas de desastres naturales y que, tras perder su vivienda, recibieron una nueva en el programa de reasentamiento Súa creado por el Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda (MIDUVI) entre los años 2014-2015.

Por tanto, ha sido preciso definir una metodología que me permita acercarme a los interlocutores para establecer un proceso de interacción que, por un lado, no sea invasivo o genere conflicto en los interlocutores por el hecho de estar situados frente al investigador; pero por otro, que permita incorporar la cámara en el trabajo de campo de tal forma que ésta se constituya en un objeto de fácil aceptación por parte de los interlocutores.

En los siguientes apartados daré cuenta del proceso de mi trabajo de campo etnográfico con una cámara de video, así como de las mutaciones que esta investigación ha tenido a lo largo de su curso, puesto que este trabajo se ve directamente afectado por la crisis sanitaria y la pandemia provocada por el COVID-19 en Ecuador, el cual ha recaído con mayor crudeza en la Región Costa del país, y la provincia de Esmeraldas no es la excepción dentro de este escenario que ha trastocado las formas de existencia y las prácticas cotidianas con distintos impactos. En este sentido, el trabajo académico y las investigaciones que estaban en marcha, como este trabajo, también han tenido que reajustarse metodológicamente, incluso teóricamente, para seguir intentando comprender este conjunto de transformaciones sociales, formas de habitar y modos de convivencia en los programas de reasentamiento.

Además, centraré especialmente mi relato en el uso de la cámara y sus implicaciones en el trabajo de campo y en el conjunto de la investigación, a la búsqueda de un modo de representación que fuera acertado para la construcción de un documental de tipo exploratorio, colaborativo y éticamente responsable. El documental no ha podido materializarse en el tiempo previsto, sin embargo, el proceso de trabajo de campo con la cámara de video me ha permitido reflexionar sobre las relaciones del etnógrafo en el campo, examinando las posibilidades que

ofrece la interacción mediada por la cámara, así como el registro audiovisual para la construcción de un conocimiento etnográfico comprometido.

#### **4.1. El primer encuentro: hacia un fallido documental participativo**

##### **4.1.1. El camarógrafo de un no-evento**

A principios del año 2019 había tomado contacto con Andrés Ibarra, quien, hasta la fecha, es el presidente de la ciudadela Alonso de Illescas (reasantamiento de Súa). Él fue el primer contacto que establecí con alguien de la comunidad, dado que había sido, valga la redundancia, el contacto que me proporcionaron inicialmente en la Dirección Provincial del MIDUVI-Esmeraldas. En esta dependencia institucional, Liliana Sabando, quien fue directora provincial durante la creación del reasantamiento y hoy es funcionaria técnica, vía whastapp, me indicó que ya no estaba al tanto de quiénes lideraban la directiva de la ciudadela; sin embargo, indicó que tiene algunos números de las personas que allí vivían, con lo cual, se dio entender que la institución había dejado de tener enlace con la comunidad.

No obstante, tras varios intentos y llamadas, finalmente, pude contactarme con Andrés. Al principio tuve que mencionarle que había llegado a él por medio de los contactos que me proporcionaron en la institución. De entrada, en su tono de voz noté cierto escepticismo, por lo cual, para poder demostrar mi identidad y justificar mi presencia, tuve que explicarle que hacía 4 años atrás yo había sido funcionario del MIDUVI y por tanto había conocido de cerca la creación de ese proyecto de viviendas. Sin embargo, fue pertinente precisar el nombre de las personas de la dirección provincial para que pudiera asegurarse de que no estaba mintiendo. Una vez definida mi identidad, mi pertenencia a la academia y mi desvinculación del MIDUVI, pude explicarle a Andrés la intención que había con mi llamada.

Fue importante detallar mis propósitos, dado que, al inicio, Andrés preguntaba “qué va a hacer el MIDUVI”. Por tanto, tuve hacer una exposición bien concreta de mi presencia, pero también de la presencia de la cámara en su ciudadela, puesto que la cámara inevitablemente iba a llegar adherida a mi corporalidad.

Por un momento, recién llegado, fui tomado como un periodista y camarógrafo, que iba a hacer “algún reportaje de la ciudadela”; lo cual, implicó que Andrés tomara una posición de denuncia frente a situaciones que, desde su subjetividad, no estaban bien dentro del programa de vivienda. En todo caso, para Andrés la idea de que se construya un producto audiovisual sobre su barrio podía ser entendida como una forma de legitimación de su derecho a enunciar. Es así que, en el primer diálogo, que fue sin cámara, pero con el registro de las notas de campo y de la grabadora de voz, Ibarra posicionó algunos aspectos y problemáticas que han sido constantes en el reasentamiento y que, por tanto, serían susceptibles de ser registradas con la producción documental. Así me comentaba:

Sería bueno, para que la gente se libere, se exprese a través de esto, incluso muestren lo que les gusta y no (...). Dentro del modelo de gestión social, nunca se socializó el modelo de gestión. Debería haberse socializado con quienes iban a habitar en el lugar. Se supone que se manejó por medio de un censo. ‘Vamos a censar a las personas que están en los sectores de riesgo, para de allí reubicarlos. Ya se sabe cuál es el grupo que va a recibir la ayuda, pero no está demás socializar, cómo va a ser el proyecto, de qué manera, qué se aspira, cuál es la visión del proyecto. Nunca se socializó. Y lo digo porque, porque si se hubiera socializado nadie estuviera de acuerdo como por ejemplo con los biodigestores que quedaron ahí, no hay alcantarillado en el cantón, pero por lo menos dentro de toda la comunidad se hubiera socializado y habríamos llegado a un acuerdo, entonces como las manzanas ya están organizadas ‘hagamos un pozo séptico para esta manzana, un pozo séptico para ésta otra manzana’, para que a la hora de evacuar esta manzana debe ponerse de acuerdo; pero, o sea, es un pocito individual para cada casa. Pero ¿Qué dijo Darwin (funcionario del MIDUVI-Esmeraldas)? ‘Esto fue proyectado para familias de 2 o 3 personas, que es la capacidad que, supuestamente, tiene el biodigestor. O sea, qué proyección tan poquita. (...) Hay biodigestores que tienen problema. Yo he gestionado por medio del municipio, que me envían el Hidroclean<sup>17</sup> y hago limpiar a todos los biodigestores de la ciudadela, pero a la semana están llenos nuevamente, eso incluso genera una pestilencia, eso es hasta contaminante; los niños sin zapatos, ahí a veces están rebosados. Eso fue un problema, eso fue una mala proyección. (...) Entonces el problema directo es del MIDUVI, porque tenían que haber sido ellos los entes fiscalizadores de que este proyecto saliera como quizás imaginaron. En la ciudadela

---

<sup>17</sup> El “hidroclean” es un sistema mecánico de succión y limpieza de biodigestores, unos pertenecen al Municipio de Atacames, y otros se contrata a proveedores privados para que hagan la limpieza de las aguas servidas de los biodigestores; esta contratación ya dependerá si hay o no disponibilidad del servicio de los biodigestores del Municipio de Atacames; caso contrario, los moradores tienen que contratar a empresas privadas, el valor que cobran por cada limpieza está entre 10 y 15 dólares.

empezaron con un modelo de casas, sólo una manzana o la mitad de esa manzana tiene ese modelo de piso, vieron que no les resultó probaron otro modelo con bloques, hay unos pisos que son fundidos, que los primeros tumbados que hicieron, lo hicieron con playground; pero vieron que se gastaron demasiado dinero e implementaron para hacer las losas con bloque, desde ahí estaban probando. O sea, este proyecto fue para probar (Andrés Ibarra, 19 de febrero de 2020).

Por lo tanto, aunque se haya pensado en la posibilidad de construir un documental de corte colaborativo, con la participación activa y generalizada de los moradores, donde tengan decisiones sobre el modo de representación visual, las formas de autorrepresentación y los aspectos técnicos que esto involucra, fue difícil por el corto tiempo que nos dejó la presencia del coronavirus y la declaración del Estado de Excepción y la cuarentena obligada en el país llegar a un acuerdo sobre cómo se editaría. No obstante, se mantuvo la decisión de registrar y explorar con la cámara durante el proceso de investigación; pero, sobre todo, persistió la intencionalidad de que los testimonios se construyan en un espacio democrático de producción discursiva, sobre todo atendiendo a este ejercicio del derecho a la enunciación sobre sus perspectivas entorno a la vivienda y la convivencia, pero también en relación a las observaciones que los interlocutores tengan tanto al MIDUVI como a su modelo de gestión social.

Por lo tanto, es necesario importar un concepto muy recurrente en la teorización de la Comunicación para el Cambio Social de Alfonso Gamucio (2014a) con el objetivo de precisar el tipo de producción documental e intercambio simbólico entre investigador e interlocutores, esto es una producción basada en el diálogo.

De ahí que “el diálogo es lo que hace que las comunidades puedan definir sus necesidades” (Gamucio 2014b), de tal forma que la realización de un documental etnográfico sobre la Ciudadela Alonso de Illescas incorpora este elemento que está bastante ligado a las premisas del cine comunitario (Gamucio et al 2014a), que, por un lado, no es parte de una producción hegemónica que responde a las grandes empresas audiovisuales, ni que está enmarcado en grandes circuitos de distribución para su posterior proyección; sino que, primero, es parte de un esfuerzo personal, con limitados recursos técnicos que posibilitan el registro y la exploración que acompañan la investigación etnográfica en campo; y, segundo, recupera la voz y la experiencia de los beneficiarios, en tanto estos, desde la lógica de las esferas del poder, pueden ser comprendidos como sujetos subalternos (Spivak 2003), más aún cuando se trata de una

población de escasos recursos económicos, mayoritariamente afrodescendiente, que ha vivido en zonas de riesgo, y que, pese a las expectativas de la reubicación, carecen de alcantarillado como servicio básico indispensable para asegurar un hábitat saludable.

Por consiguiente, cuando Spivak se refiere a los intelectuales, también podemos adaptarlo a este contexto, donde investigadores, estudiantes, comunicadores, antropólogos o sociólogos, acuden a sus interlocutores en busca de información, precisamente con el objetivo de “intentar arribar a la separación y el conocimiento del discurso del Otro de la sociedad” (Spivak 1998, 1). Aun así, este horizonte de investigación y filmación sigue siendo insubsistente respecto al necesario “permiso de narrar” (Said 1984), toda vez que la crisis de representación ha generado grandes cuestionamientos entorno a la manera en cómo representamos al otro. Por lo tanto, “representar a alguien o siquiera algo se ha convertido en un desafío tan complejo y problemático como una asíntota, con consecuencias para la certeza y la decibilidad tan cargadas de dificultades como pueda imaginarse” (Said 2005, 270). Sin embargo, existe un mutuo compromiso, entre interlocutores e investigador (es decir, conmigo), para posicionar los testimonios con la mayor fidelidad a ellos mismos, obteniendo una retroalimentación de parte de los interlocutores.

En este marco, la primera reunión se dio en Atacames, en las oficinas de la Agencia Municipal de Tránsito, donde trabaja Andrés; y que fue el lugar donde él me solicitó que nos encontremos para dialogar. Nos sentamos en una banca en el patio de las oficinas de la agencia y nos dedicamos a conversar de forma general sobre la situación del reasentamiento.

La calidez con la que me atendió fue importante para establecer lazos de confianza que permitiera un intercambio cordial de información y experiencias; y digo experiencias porque, de alguna manera, también se cruza mi memoria respecto al reasentamiento de la época cuando fui funcionario del MIDUVI; es decir que, de algún modo, hubo un vínculo material e inmaterial que nos une y, en particular, que me une a los moradores.

El propósito de este primer encuentro fue presentarnos mutuamente para luego generar lo que podríamos llamar una hoja de ruta para trabajar conjuntamente en la producción de un documental sobre su ciudadela. Sobre esta necesidad, Andrés demostró gran interés pues, según dijo, “permitirá generar conciencia en nuestra gente, para que valore la ciudadela y trabaje por

mantenerla limpia ordenada, pues eso ya no se ve, la gente no se mueve y hay que estar atrás, presionándolas, sino no hacen nada” (Andrés Ibarra 19 de febrero de 2020).

Por lo tanto, la idea inicial de construir un producto comunicacional de corte participativo, que se sustente primero en talleres teóricos y prácticos para recabar en la memoria y las representaciones sobre la convivencia y el espacio, fue de gran interés no sólo para Andrés sino también para varios de los moradores, con quienes tuve la oportunidad de reunirme luego en una asamblea nocturna que se cumplió al interior de la Ciudadela Alonso de Illéscas (Foto 4.1).

Sin embargo, sobre la producción estaba ya el fantasma de la pandemia que amenazaba con extenderse por todo el territorio una vez que a finales de febrero del 2020 se registró el primer caso de coronavirus en el país.

#### **Foto 4.1. Asamblea de representantes de la comunidad**



Foto del autor. 01 de marzo de 2020.

Más adelante, para el 08 de marzo del 2020, representantes de la comunidad se reunieron con el propósito de preparar las fiestas de aniversario de la creación de la ciudadela. Este evento, daba muestra del interés que concertaba esta fecha en los habitantes. Se habló de los preparativos, del tipo de agasajo y, como tema medular, la elección de las “Señorita Alonso de Illescas”, como

representante y “soberana” de la comunidad. En este espacio, mi participación, que era otra forma de poder vincularme con mayor profundidad y cercanía con la comunidad, fue la de ser – según me designó Andrés Ibarra- “el camarógrafo oficial del evento”. Entre mis funciones estaría el de ser fotógrafo de las candidatas en una sesión de fotos en la playa de Súa en los siguientes fines de semana consecutivos al día de la reunión, es decir, el sábado 14 de marzo y el sábado 21 de marzo. Además, estaría entre mis compromisos el construir un video corto de unos 2 minutos, con las imágenes que se obtuviera de la sesión fotográfica y con imágenes de la ciudadela para poder difundirlo el día del agasajo, el mismo que estaba fijado para el sábado 11 de abril. Por lo tanto, se trataba de una responsabilidad que me abría la oportunidad a participar en un contexto intersubjetivo, donde ambas presencias (la de los interlocutores y la del etnógrafo) se complementarían mutuamente en fines que se combinaban en la práctica cotidiana de investigación.

De esta manera, la presentación que Andrés Ibarra hiciera de mí, permitió legitimar y justificar mi presencia y la de la cámara en el trabajo de campo; pues de este modo, habría –llamémoslo así- una “reciprocidad etnográfica”, que me permitiría grabar y observar con comodidad e intimidad bajo la complacencia de los interlocutores, sobre todo porque “mi lugar como participante se autoriza socialmente, condición siempre compleja en el rol del etnógrafo” (Mardones 2018, 260). Este hecho, también da cuenta de la importancia de la representación visual que los mismos interlocutores tienen puesto que existió un marcado interés de registrar las fiestas y la imagen de las candidatas a “Señorita Alonso de Illescas”. Es decir que, en esta reunión, se evidenció que la imagen tiene una función social relevante como agente de posicionamiento y reconocimiento social frente a los otros; pero también como una forma de representación legitimada por la autoridad conferida por la organización interna de la ciudadela; y que, por tanto, es parte de un orden lógico en la narrativa de un evento social, puesto que el video de las candidatas y de la ciudadela tendría su momento en el orden del día definido para el agasajo; es así que se exalta la organización de un evento que posee una gran significación y relevancia colectiva:

La idea no es dar un eventillo, sino que sea la Señora Ciudadela la que da “El Evento”. [...] No va a ser la ‘fiestita’ de cualquier barrio, sino El Reinado de la Ciudadela Alonso de Illescas. [...] Andrés (yo, el etnógrafo) ya está comprometido. Así que tenemos aquí la presencia del

compañero (yo, el camarógrafo), quien está también predispuesto a colaborar, esperando también su compromiso para que todo nos pueda salir excelente [...] (Andrés Ibarra 01 de marzo de 2020, durante reunión del Comité de Fiestas de la ciudadela).

Por lo tanto, retomando las reflexiones alrededor del “padrino de cámara”, propuesto por Mardones, es preciso señalar que entre los informantes y yo se tejió una práctica de cooperación mutua. Si bien no se estableció la figura de padrinazgo como tal, es decir de tutela y transferencia de cuidados y creación de vínculos afectivos no-consanguíneos, que indica el autor, sí hubo una relación que se sustenta en cierta medida en la “la solidaridad social y la ayuda mutua, anulando, o al menos disminuyendo, las tensiones comunitarias o sociales mediante la interrelación y complementariedad social” (Mardones 2018, 266). De tal forma que, las eventualmente siete candidatas, que representarían a las 12 manzanas de la ciudadela para el reinado, consintieron mi presencia mucho más cuando consideraron que yo haría las fotografías para su participación y trabajaría con ellas en al menos 4 jornadas de fin de semana, atendiendo no sólo a mis criterios fotográficos, sino también a sus propias necesidades de autorrepresentación; es decir que, según se acordó aquella noche, ellas tendrían al final la última palabra sobre las imágenes que escogerían, la vestimenta y las poses que les gustaría mostrar. De acuerdo a mis notas de campo, yo había precisado que “les tomaré las fotos que sean necesarias y ustedes mismas, en ese momento, revisan las fotografías para que decidan cuáles les gusta y cuáles no, con las que se quedan y las que borramos, porque todos tenemos siempre ciertas expresiones que no nos gusta mostrar”.

#### **4.1.2. Un fallido documental participativo “gracias” a la pandemia**

Las propuestas entre los interlocutores y yo estaban dadas, así como la planificación prevista para el evento de aniversario de la ciudadela. Sin embargo, nada de esto fue posible, dado que, en una reunión posterior, el 12 de marzo, Ibarra comunicó a sus vecinos que “lamentablemente” no obtuvieron el permiso ni del Municipio de Atacames, ni de la Intendencia de Policía, ni de la Junta Parroquial de Súa, debido a la latencia del coronavirus; pues, entre otros argumentos, se dijo que las autoridades no permitían reuniones masivas; por lo tanto, el evento de la ciudadela,

según pronosticaban los moradores, convocaría a más de 1.000 personas, de tal forma que sería imposible realizar las fiestas de aniversario.

Según la memoria colectiva de los moradores, estas fiestas son muy concurridas, “ahí vienen toditos, el que es y no es, hasta de Atacames viene la gente, porque eso sí les gusta, para el baile llámenlos, son número uno” (Vidélma Cortés 12 de marzo de 2020); “uy sí, toditos vienen, aquí saben estar en la entrada bailando y tomando cerveza como locos, les encanta, viera usted” (Delia Benítez 12 de marzo de 2020).

Por lo tanto, la pandemia se convirtió en un agente decisivo no sólo en el proceso de investigación y mi presencia en campo, sino también en las relaciones sociales que se tejerían a partir de este hecho global; el mismo que, según datos oficiales presentados por el Ministerio de Salud Pública, hasta el momento en el que escribo esta tesis, registra 76.217 contagios y 5.366 personas fallecidas; mientras que, en la provincia de Esmeraldas, oficialmente se registra 2.887 casos.

Este episodio sanitario ha provocado consternación en los habitantes de la ciudadela, principalmente en aquellos que integran el comité de fiestas. Tras las revelaciones de Andrés Ibarra respecto a la prohibición del evento, Vidélma Cortés reaccionó con preocupación, pero amparada y resignada en su fe religiosa:

Definitivamente no podemos hacer nada. Qué vamos a arriesgarnos, estos son los designios de nuestro señor Jesucristo, él es el dueño de todo lo que pasa en el universo. Así que a nosotros nos toca cuidarnos como dice él mismo en su palabra: cuidate que te cuidaré. Así que ni modo, ya no podemos hacer nada (Vidélma Cortés 12 de marzo de 2020)

Adicionalmente a esto, tampoco se pudieron realizar los talleres propuestos, dado que se había solicitado por parte del Estado que las reuniones se restrinjan en lo más mínimo para evitar contagios, además empezó a imponerse el discurso del “distanciamiento social” con lo cual se desmovilizó a la población a través del Estado de Excepción y la declaración de prolongados “Toques de queda”. Con ello los moradores, y la población en general, fueron desmovilizados y confinados en sus hogares, con la prohibición definitiva de cualquier reunión social.

Es así que, debido a las restricciones impuestas, se continuó con el trabajo de campo de forma individual, mediante entrevistas abiertas y conversaciones informales con los moradores de la ciudadela. Las entrevistas fueron registradas audiovisualmente con el propósito de, por un lado, utilizar para una observación diferida, análisis e interpretación de los datos; y, por otro, para utilizarlas en la construcción de un documental etnográfico sobre la experiencia y las representaciones sociales entorno al habitar, como se ha planteado en los capítulos anteriores.

No obstante, este trabajo de campo se paralizó. Unilateralmente, decidí frenar la investigación en campo por un sentido de responsabilidad ética con los informantes y de autocuidado, hasta tener mayor conocimiento sobre las consecuencias que trae la pandemia. La situación empezó a tornarse compleja. Para cuando estalló la emergencia sanitaria, se ordenó la paralización del transporte público urbano, interparroquial, intercantonal e interprovincial. Esta situación complicaba mucho más mi movilización al reasentamiento, puesto que yo, durante el trabajo de campo, estaba hospedado en casa de un amigo en el cantón Esmeraldas. Antes de la pandemia me trasladaba a diario en bus intercantonal de Esmeraldas a Súa, tampoco tenía otro medio para hacerlo; consecuentemente, por un lado, debí frenar este proceso por la falta de medios de transporte, y por otro, por la seguridad de los interlocutores y mi propia seguridad, puesto que cualquier forma de traslado y contacto podría ser un escenario de contagio del Covid-19.

Este particular, tuve que comunicarles a mis interlocutores de la ciudadela, principalmente a Andrés Ibarra y a Videlma Cortés, quienes me han recibido con mucho afecto y voluntad desde el primer día. Videlma no dejó de mostrar su preocupación por la situación, sin embargo, sentía confianza por la religiosidad que posee, por tanto, me dio bendiciones y reiteró que me cuide mucho hasta que haya “una luz” para esta pandemia. De esta manera, me dijo:

Cuídese Andrés por favor. Que el señor me lo proteja y lo tenga con bien a usted’ y su familia. Me alegro que vaya a pasar este tiempo con su familia, porque lo que uno quiere es pasar con los suyos, porque para eso es la familia, para estar todos juntos, para cuidarnos entre los que nos amamos. Aunque ésta también es su casa, entendemos que debe estar con su madre en su ciudad. ¿De dónde me dijo que es usted? Ah, de Riobamba. Claro, está bien que vaya. No se preocupe que nosotros tampoco nos vamos a mover de aquí, además yo también tengo que cuidar a mi mamá por lo que ya es de la tercera edad, y dicen que este virus ataca con mayor fuerza a las

personas mayores como mi madre que es población vulnerable (Videlma Cortés, 21 de marzo de 2020).

Este testimonio revela, en primera instancia, la preocupación intersubjetiva que se ha construido entre interlocutores e investigador, es decir que las relaciones de afecto pueden ser posibles en la práctica etnográfica al punto de que la espiritualidad y la fe se constituyen como mediadores discursivos del encuentro etnográfico. En segundo lugar, se puede evidenciar que los lugares de los interlocutores pueden ser atribuidos emocionalmente al investigador, es decir que se convierten en espacios intersubjetivos que soportan la práctica etnográfica. Y, por último, la pandemia, en tanto evento inesperado en la experiencia compartida entre interlocutores y etnógrafo, refleja una relación etnográfica (individuo/sociedad) mediada por “coyunturas históricas”, pero también por trayectorias que definen determinadas agencias y “desarrollo de personalidades” (Ribeiro 2004, 194) que se implican en el encuentro etnográfico.

Siguiendo a Ribeiro, la bendición de Videlma da muestra de cierta forma de “domesticación del antropólogo”, es decir que ambos son parte de una “conciencia práctica”<sup>18</sup> donde se ha fijado “la necesidad de socializar al antropólogo, de domesticarlo, de darle un lugar en las redes locales, ubicándolo en el aparente flujo de prácticas eternizadas y naturalizadas a través, frecuentemente, de rituales de nominación, atribuciones de roles de parentesco u ofrendas rituales” (Ribeiro 2004, 197). De igual manera, todas las noches que he salido de la ciudadela para irme a la casa donde estaba alojado en Esmeraldas, Darlis Ponce, octogenaria practicante de la fe cristiana, me ha concedido formalmente su bendición: “Qué el señor me lo bendiga mijo”.

#### **4.2. ¿Es necesario tener un documental sobre vivienda social?**

---

<sup>18</sup> Gustavo Lins Ribeiro aterriza la categoría de “conciencia práctica” de Anthony Giddens, para abordar la dialéctica de extrañamiento y familiaridad a la que se sujeta el antropólogo durante el trabajo de campo. De este modo, Ribeiro, cita a Giddens: “Lo que los agentes saben sobre ellos mismos hacen y por qué lo hacen (sus conocimientos como agentes) es altamente desarrollado en la conciencia práctica. La conciencia práctica es todo lo que los actores saben tácitamente sobre cómo “proseguir” en los contextos de la vida social sin poder darle expresión discursiva directa” (Ribeiro 2004, 196). Por lo tanto, esta conciencia práctica, al cabo de cierto tiempo, es interiorizada por el etnógrafo al mismo tiempo que de éste forma parte de la conciencia de los interlocutores por fuerza de la “rutinización”, la misma que, “es vital para los mecanismos psicológicos a través de los cuales un sentido de confianza o seguridad otológica se sostiene en las actividades diarias de la vida social. Ejercida primordialmente por la conciencia práctica, la rutina interpone una cuña entre el contenido potencialmente explosivo del inconsciente y el movimiento reflexivo de la acción que los agentes demuestran” (Ribeiro 2004, 196).

A pesar de los contratiempos provocados por la pandemia en medio del trabajo de campo, el presente estudio, que busca conectar las prácticas sociales, los procesos organizativos, la subjetividad (emociones), el espacio (plan de vivienda de interés social), y las formas de adaptación de las familias a este espacio construido gubernamental y socialmente, justifica la creación de un producto audiovisual, es decir, de un documental etnográfico que refleje estas dimensiones socio-espaciales que atraviesa a los sujetos interlocutores que habitan en el reasentamiento de Súa (Atacames); partiendo, eso sí, de la concepción de que un reasentamiento es un proceso de ocupación espacial involuntaria y forzada que conlleva, en un principio, un sentimiento de desarraigo y desterritorialización que obliga a transformar las formas de practicar el espacio, arrojando a los individuos a nuevas formas de construcción de identidades espaciales e intersubjetivas. De tal forma que este “nuevo sentir” sobre el espacio, su vida y la convivencia son los aspectos que se inscriben en la producción documental.

En este sentido, este proyecto de investigación tiene por finalidad última la construcción de un producto audiovisual que refleje estas prácticas sociales alrededor de la vivienda y el reasentamiento; por cuanto, según Juan Robles (2012, 151), la antropología visual permite “tomar partido” al interior del debate público, en este caso de aquel debate que gira alrededor de la política pública de hábitat y vivienda, así como de las concepciones que tiene el Estado sobre las dinámicas socioculturales de las comunidades intervenidas. Sin embargo, no se trata de “tomar partido” por un discurso hegemónico, al contrario, la investigación y el documental se perfilan como una apuesta por una “antropología descolonizada”, es decir que:

[se trata de una antropología] donde el investigador se constituye como un actor social posicionado con una perspectiva y sensibilidad política propia, la cual no puede suprimir. Este posicionamiento necesariamente lleva a que el trabajo con la comunidad, al final, tenga propósitos políticos que comprometen la producción de conocimiento (Mardones 2018, 269)

Por lo tanto, y en complemento a esta perspectiva descolonizada, para este trabajo parece pertinente anclarlo a la perspectiva de una “antropología de la orientación pública” (Robles 2012, 148-50), por cuanto el texto filmico se instituye como un instrumento de democratización del conocimiento, además:

Desde este enfoque los textos filmicos etnográficos van ganando reconocimiento por parte de la academia porque uno de los elementos fuertes que define a la Antropología audiovisual es su capacidad para visibilizar las prácticas socioculturales concretas, compartiendo la palabra, el gesto y la expresión de los propios protagonistas, pudiendo llevar estas expresiones a espacios de la administración pública donde se resuelven las políticas relevantes (Robles 2012, 150).

En esta misma lógica, al crear un producto final, necesariamente surge la necesidad de pensarse en un público que traducirá el audiovisual desde sus diferentes posturas sociales, ideológicas, académicas, económicas, entre otras, por cuanto este producto, de entrada está pensado en modo de representación que defina un lenguaje “universal”, toda vez que la antropología visual (Robles 2012, 158) ha concertado la atención de diferentes tipos de públicos que van desde los propios interlocutores hasta instituciones públicas, universidades y ONG; y eso, de acuerdo a Robles, se debe a las siguientes razones:

a) El rigor científico, avalado por una metodología y unas técnicas de producción e interpretación de los datos etnográficos. b) La capacidad de la Antropología audiovisual de descubrir y transmitir de forma horizontal y accesible, estrategias y prácticas de los actores sociales no siempre perceptibles o conocidas. c) La capacidad de difusión y sensibilización del texto filmico más allá del contexto de exhibición especializado, con posibilidades de llegar con mayor claridad y contundencia expresiva, tanto a un público general como a los propios protagonistas del documento. (2012, 159)

En este sentido, es necesario contemplar que el déficit de vivienda permanece como una preocupación latente en nuestro país, más aún si consideramos que alrededor de 2 millones de hogares no poseen una vivienda, de los cuales 1.2 millones se encuentran zonas urbanas y 850 mil en zonas rurales (El Telégrafo 2019). Por lo tanto, es importante plasmar audiovisualmente un estudio antropológico respecto a los modos de habitar la vivienda de interés social, más aún cuando en los estudios de implementación de vivienda social en Ecuador están desligados de análisis antropológicos que recojan los aspectos culturales de los beneficiarios y se concentren en las transformaciones sociales que se generan tras la ocupación de la vivienda, especialmente aquellas que pertenecen a la modalidad de reasentamiento por todos los impactos, sociales, geográficos, ambientales, productivos, que se generan por el traslado de diversas familias provenientes de distintos lugares hacia uno específico definido por el Estado.

Por otra parte, a esta justificación social y política, debe añadirse que lo visual es un aspecto que nos atraviesa como sujetos, no sólo porque se ha constituido como una de las principales fuentes de percepción, sino también porque permite generar sentidos o significados sobre el mundo, sobre los sujetos, sobre las prácticas y los objetos que hay en él. Además, lo visual está más presente en los procesos de construcción de conocimiento que, cada vez más, busca ganar espacio en una tradición escrita que históricamente ha dominado la producción epistemológica; por tanto, “lo visual debe situarse en el contexto de la tradición del pensamiento antropológico y en la cotidianidad de la práctica etnográfica” (Ardèvol 2007, 16).

En Ecuador, por ejemplo, tenemos documentales que han servido no solo de registro, sino también de exposición de problemáticas sociales en torno a la vivienda, la producción social del hábitat, la memoria que los sujetos construyen entorno al espacio, pero también a las estrategias que activan los sujetos para ocupar el espacio dentro de procesos de segregación y exclusión social, económica y espacial.

El documental “*Atucucho 1988: hecho a mano*”, dirigido por Emilio Bermeo (2019) es un ejemplo de cómo el documental puede recoger la memoria e identidad de los moradores respecto a la construcción y apropiación de su espacio. Si bien este documental es una forma clara de *etnoficción*, en la perspectiva de Jean Rouch (Sjöberg 2006), donde los protagonistas del filme tienen un rol activo en la producción del mismo, también es la muestra de la recreación de un capítulo importante en la historia de constitución del barrio que define la forma de autorrepresentación de la comunidad y la exposición de los discursos de sus moradores.

Por otra parte, “*Resistiendo en el desastre: El albergue popular San Roque en Bahía de Caráquez*” de Nicolás Schvarzberg (2018) es otra muestra documental que aterriza sobre otro de los grandes problemas sociales que subyacen en los intereses de la antropología urbana como es de desterritorialización por desastre natural. En este caso, el trabajo de Schvarzberg describe los albergues y las agencias y estrategias de solidaridad de los habitantes, teniendo al riesgo, pero sobre todo a la vulnerabilidad, como una forma de capital social que moviliza a los sujetos a activar formas de organización social con capacidad de adaptación y transformación (Butler 2017); pero en este caso centrado en los habitantes que perdieron su vivienda, sin la certeza de saber a dónde irán después, pero con la esperanza de recibir alguna ayuda estatal.

Sin embargo, en ninguno de estos dos casos, que refieren a Ecuador de manera particular, se aborda la cuestión de la vivienda de interés social (VIS) creada por el Estado, ni mucho menos se aterriza en el modelo de gestión social implementado por el MIDUVI, o en el trabajo con los beneficiarios directos de los planes habitacionales de reasentamiento. De modo que, el foco de atención de este proyecto documental etnográfico se centra en la presencia y posterior ausencia del programa de acompañamiento social del Estado en VIS y sus implicaciones y transformaciones en las formas de relacionamiento social, prácticas organizativas, tensiones sociales y modos de uso de ocupación de vivienda.

La imposibilidad de realizar este documental a la fecha no impide rescatar el conocimiento etnográfico que albergan las horas de conversaciones, paseos, entrevistas, interacciones que han tenido lugar a través y delante de la cámara y que permiten el análisis antropológico de esta realidad más allá del producto audiovisual resultante. Es por ello por lo que la reflexión teórica y metodológica sobre el trabajo realizado es pertinente en tanto que posibilita un conocimiento situado.

#### **4.3. Un juego de miradas: el uso del dispositivo audiovisual en el trabajo de campo**

La sola presencia del investigador al interior de una comunidad puede ser objeto de extrañeza y rechazo ante la mirada de los interlocutores. Más aún si se trata de la introducción de la cámara en el trabajo de campo. Sin embargo, tras los primeros acercamientos con la comunidad, ya se contempló el deseo de utilizar este dispositivo para acompañar el proceso de investigación. En este sentido, estoy consciente que, tal como señala Grau Rebollo (2002), la introducción de la cámara debe responder a una “decisión trascendental” puesto que, en adición a lo anterior, “la mera presencia del etnógrafo con un cuaderno y lápiz puede transformar las relaciones que se establecen con sus informantes” (Grau Rebollo 2002, 195-96).

Indudablemente, el extrañamiento ha sido una característica muy recurrente en los primeros días de trabajo de campo, incluso este extrañamiento, este sentirse nuevo en un espacio y tiempo dentro de una comunidad, ha resultado importante en la medida en que motivó gran parte de la observación:

Trátase de un elemento cualitativo que diferenciaría –en el trabajo etnográfico, y a partir de éste en la construcción de objeto– la “mirada” del antropólogo. Al no participar como nativo en las prácticas sociales de las poblaciones que estudia, en las imposiciones cognitivas de una determinada realidad social, el antropólogo experimenta, existencialmente, el extrañamiento como una unidad contradictoria: al ser, al mismo tiempo, aproximación y distanciamiento. Es como estar delante de un sistema de signos –vivirlo relacionándose primeramente con sus significantes pero sin comprender del todo sus significados (Ribeiro 2004, 195).

En este sentido, el trabajo de campo –y mi primera mirada– estuvo marcado por este principio de extrañamiento, donde la presencia de la cámara también ha concertado esa rareza en el lugar de la investigación. Es preciso aclarar que tampoco se ha buscado exotizar a la comunidad o a los interlocutores con los que se ha mantenido interacción; por el contrario, el extrañamiento ha servido para activar mis propios sentidos para el registro de las situaciones etnográficas que se susciten en el proceso de investigación. Es decir que se ha tratado de reconocer que hay una subjetividad que se ha construido colectivamente a menudo que iba adentrándome en la comunidad y relacionándome más con los interlocutores, sin dejar de operar la cámara.

Tener en cuenta el elemento subjetivo de la filmación implica una nueva manera de ver nuestros datos y de situar las secuencias obtenidas en el contexto de la experiencia de campo, en lugar de considerarlas como representaciones que contienen por sí mismas la información sobre el ritual profano o sagrado que hemos observado y registrado. Por una parte, esto nos obliga a preguntarnos sobre la complejidad de la subjetividad, de manera que no puede entenderse como una propiedad individual a la que no se tiene acceso, sino como el proceso de apropiación de una dinámica colectiva. [...] Por otra parte, nos damos cuenta de que lo que consideramos como un proceso subjetivo es, como ha expuesto Sorenson, el producto de complejos procesos mentales y que este producto no proviene exclusivamente de una mente individual, sino que está integrado en el contexto que lo hace posible y, por tanto, siempre forma parte de un proceso social, más amplio y colectivo (Ardèvol 2006, 241-42).

Por lo tanto, el uso del dispositivo audiovisual no ha estado pensado en función de la espectacularidad que puede generar y representar a través de la imagen (Grau Rebollo 2002, 196); más bien el uso que he hecho del dispositivo audiovisual ha buscado, por un lado, servir de complemento en el proceso de investigación a lo largo del trabajo de campo, es decir, que se ha integrado a lo largo de la observación participante, y, consecuentemente, la cámara terminó

contribuyendo a la observación diferida, como si hubiera sido un complemento de mi propia memoria y mi cuaderno de campo; pero algo más que eso, la mirada, que se ha construido en complicidad con la cámara, se ha formado de la experiencia compartida con la comunidad, es decir, tal como señala Ardèvol (2006), dentro de un proceso integrado en el contexto. De manera que la cámara ha sido un apoyo importante en esa búsqueda de hallazgos, pero también adscrita a esa forma inquieta de ver y observar que todo ser humano tiene cuando se instala en un nuevo espacio, con nuevos sujetos, con nuevas expresiones, con nuevas prácticas, con nuevas formas de relacionamiento. Por tanto, para este momento en el que escribo esta investigación, puedo decir que esta tesis no habrá sido posible sin la incursión de la cámara; además porque este dispositivo está anclado a mi propia subjetividad y construcción social como profesional, lo cual tampoco se puede anular, ni mucho menos desmerecer, dado que toda investigación, en el fondo, responde también a las configuraciones sociales que habitan en el etnógrafo.

Consecuentemente, en concordancia con la reflexividad propuesta por Jay Ruby (1995), diría que sería cuestionable esconder al público nuestros propios procedimientos y la forma de manejar e interpretar nuestras herramientas e instrumentos de investigación en el trabajo de campo; y aún más nuestra propia personalidad que es, al fin de cuentas, la que nos acompaña en cada paso que damos en el proceso etnográfico, o es la que nos conecta con nuestros interlocutores, y, en mi caso, la misma que me ha abierto las puertas de los hogares de las personas con las que me he interrelacionado en el trabajo de campo y a quienes he tenido que motivarles a que accedan a ser filmadas.

Por tanto, la cámara ha estado pegada a mi cuerpo casi todo el tiempo; si no ha estado colgada en mi pecho, ha estado sujeta por mis manos o apoyada en un trípode o un monopié, o simplemente reposando en el comedor o sofá de alguna casa de mis interlocutores mientras almorzaba, conversaba o esperaba a que se recarguen las baterías de la cámara para continuar con las entrevistas; de tal forma que la cámara ha tenido un papel protagónico en la mediación, los relatos, los intercambios simbólicos, las conversaciones, la observación y mi presencia en el campo. Es decir que, en este proceso de interacción etnográfica, entre los interlocutores y yo, la cámara ha cobrado cuerpo, la he presentado como si fuera una acompañante de carne y hueso para que sea aceptada y recibida al interior de una vivienda. En este sentido, el etnógrafo no llega a una comunidad a mirar por sí sólo, sino que llega acompañado por una segunda mirada, que es

la de este “ojo mecánico” (Ardèvol 2006, 231), que cobra vida con cada movimiento e intención que mi propia mirada de etnógrafo le pueda aportar. Dicho de otro modo, “La cámara es un artefacto cultural tan complejo como un lápiz, es producto del pensamiento humano y, por sí sola, nada puede hacer. Pero no puede “ver” sin que la oriente ningún ojo humano. [...] la máquina ha sido creada para el ojo humano, está hecha a su medida (Ardèvol 2006, 230).

Con ello, se abre paso a una comprensión agencial de la mirada de la cámara, que observa y, por tanto, entrega información, ayuda, es funcional, pero también dirige y modifica las miradas (la del etnógrafo y la de los interlocutores). Es decir, que la introducción de la cámara estuvo dotada de un carácter de personificación, en el sentido que le entrega Vertov (citado por Elisenda Ardèvol) en relación a su propuesta del “cine-ojo”:

Yo soy el cine-ojo, el ojo mecánico. Yo máquina, os muestro el mundo como yo solo puedo verlo [...] el ojo mecánico, la cámara que rehúsa la utilización del ojo humano es como un pensador estúpido, busca a tientas en el interior del caos de los acontecimientos visuales [...]. Para ayudar a la máquina-ojo existe el cine-ojo-piloto, que no solamente dirige los movimientos del aparato, sino que se confía a él para experimentar el espacio. [...]. La acción conjugada del aparato liberado y perfeccionado y el cerebro estratégico del hombre que dirige, observa y calcula dará lugar a una nueva manera de ver el mundo” (Ardèvol 2006, 231).

Bajo esta premisa, la cámara fue presentada a cada uno de los interlocutores con los que trabajé y dialogué en el plan habitacional. Recuerdo con claridad que, quienes más se impactaban por la presencia de la cámara eran las niñas y niños de la comunidad. “¿Qué hace con esto”, “¿Qué es?”, “¿Qué va a grabar?”, “¿Cómo funciona?”, “¿Desde cuándo tiene esa cámara?”, “¿Con esto también puede filmar?”, “¡Tómenos una foto!”, “¡Déjeme ver!””, “¿Cuánto vale eso?”, “¿Qué va a hacer con esas fotografías?”, “¡Ahora tómeme con mi amiga!””, “¿Usted es periodista?”, “¿Para dónde es esto?”, “¿Para qué canal trabaja?”, entre otras, fueron las preguntas más recurrentes que hicieron los niños y niñas de Súa y también algunos adultos del reasentamiento mientras caminaba entre las distintas manzanas de la ciudadela. Frente a ello, mis respuestas iban desde los aspectos técnicos de la cámara, sobre su operatividad, su tiempo de existencia en mi poder, su funcionalidad; y por supuesto, hasta la explicación más concreta, sencilla y honesta que pude tener para aterrizar mis intenciones teóricas con mi presencia y la de la cámara.

Sobre esto, dos reflexiones: la primera, y quizás una de las más potentes, es que la presencia de la cámara resulta mucho más impactante y trascendental que mi propia presencia. Es decir, que la cámara acapara la mirada de los otros; aunque sea un cuerpo mecánico, concentra la atención de la gente, como si esta fuera un objeto precioso que paraliza o irrumpe en el tiempo y la cotidianidad de las personas. Entre mis notas de campo escribí:

Esta mañana, al llegar al reasentamiento, recorrí las cinco primeras manzanas sin cámara. La había guardado en la mochila, como parte de un ejercicio liberador, donde no tenga que estar pendiente, al menos por un par de horas, de su cuidado y de su presencia. A diferencia de los otros días, cuando llegaba e inmediatamente sacaba la cámara, esta vez nadie me veía. La gente pasaba por mi costado sin ponerme mucha atención, por ahí una mirada de reojo de alguien. Era indiferente a la mirada de los vecinos, como si la cámara fuera importante para que la gente le ponga atención a uno. Esta vez ni los niños, que son los más inquietos y curiosos de todos los moradores, se acercaron a preguntar, como de costumbre, desde que estoy acá, “¿qué va a hacer?”. No hay duda que la cámara, aunque sea un objeto inerte, frío y mecánico, tiene incluso más presencia que mi humanidad entera (Diarios de campo. 12 de octubre de 2020).

La segunda reflexión, y no menos importante que la anterior, es que la presencia de la cámara, dentro de este reasentamiento, se convirtió en un agente movilizador de la palabra y el intercambio simbólico entre el etnógrafo y la comunidad. Las primeras conversaciones que se generaban con los interlocutores partían primero de lo que significa la cámara en el territorio y en mi vida. Es decir que estas temáticas abrían el diálogo para poder aterrizar, finalmente, en los sentidos y representaciones que los habitantes tienen sobre su vivienda, vecinos y ciudadela.

Por tanto, la cámara concerta el encuentro de miradas, evoca la copresencia y participación del etnógrafo y la comunidad en un mismo intercambio simbólico. Ahora bien, desde una perspectiva comunicacional, la cámara etnográfica se constituye en un referente (objeto) sobre el cual gira la interacción o proceso comunicacional, de la cual se habla y se dice algo, sobre la cual circulan los mensajes en un proceso dialéctico conversacional. La cámara es también el pretexto y el texto de la situación, sobre ella se construyen significados e interpretaciones constantes hasta que se vuelve, finalmente en un objeto más del contexto sobre el cual se deja de preguntar.

De manera que, en este encuentro etnográfico, la cámara, con su ojo mecánico, mira tanto como los habitantes la miran y la indagan. Ambos se implican, se involucran, se descubren en un

mismo tiempo-espacio, cruzan las miradas, aunque con propósitos diferentes: la cámara registra y crea representación; los interlocutores la admiran y otros, como los niños, la manipulan y juegan con ella, la descubren con sus manos como si buscaran tener respuestas desde su propia “piel” de acero y plástico (Foto 4.2).

**Foto 4.2. Niños y niñas exploran la cámara**



Foto del autor. 09 octubre de 2020.

Por otro lado, explicitar la presencia y los modos de uso de la cámara es parte de un compromiso autocrítico y reflexivo con la construcción del conocimiento antropológico; además, entiendo que ningún producto está dado por sí solo, sino que responde a un proceso que es, en principio, humano; y, por ende, está sujeto a transformaciones, manipulaciones y perspectivas que son netamente coyunturales y que dependen inevitablemente de contingencias espaciotemporales. Por tanto, creer en la objetividad y el distanciamiento para esta hechura teórica-etnográfica, implicaría anular la subjetividad innata en todo investigador, pero también marcar una distancia con la “cara oculta” del proceso de investigación, y en este caso, de la disposición o manejo de la cámara en el trabajo de campo, que –de cierta forma– es parte de la metodología o, dicho de otra

forma, de la comprensión de la “filmación como método de investigación” (Orobitg Canal 2008, 73).

El modelo reflexivo debe incluir en la película información sobre el proceso de obtención de las imágenes [...], insiste en mostrar la "cara oculta" del investigador a su audiencia: sus posiciones teóricas y metodológicas, sus motivaciones personales, su honestidad como realizador, investigador y ser humano. [...] Interesa descubrir la presencia de la autoconsciencia y la autorreferencia, como se manifiesta la reflexividad en la sociedad contemporánea en todos los niveles de la actividad artística y científica [...] (Ardèvol 1994, 121).

En este sentido, he mantenido la conciencia de que todo aquello que registre es susceptible para la revisión y posterior edición e inclusión en la película etnográfica que surja de esta investigación. Por tanto, el uso que hacía de la cámara estaba anclada a este doble propósito: el registro y el producto documental. De modo que el uso de la cámara fue, planificado, pero al mismo tiempo tan inquietante como mi mirada. Hubo momentos donde la utilización del trípode me resultaba inútil por cuanto los recorridos por el espacio o reasentamiento exigían mayor agilidad de mi parte para registrar brevemente lo que sucedía ante mi mirada.

La cámara tenía una agencia propia, lo cual se refleja en los ratos de desazón e impotencia que sentía cuando se agotaba la batería, de modo que gran parte de mi práctica exploratoria era dependiente del registro audiovisual. En este sentido, por alrededor de 15 jornadas, tomé la decisión de trabajar con dos cámaras, precisamente para evitar, en la medida de lo posible, que se quede algún tiempo sin registro. No obstante, cuando esto no era posible, ya sea porque no podía trasladar las dos cámaras juntas o porque debía usar una sola por seguridad o por comodidad, siempre quedaba la opción de la utilización del cuaderno de notas para registrar alguna idea o aspecto que fuera susceptible de recordación y análisis.

Es importante considerar que, tal como se planteó al inicio, este estudio ha contemplado la construcción de un documental etnográfico, para lo cual la cámara es un elemento esencial en la producción audiovisual. De allí que, es relevante traer acotación que lo visual, según Elisenda Ardèvol, está integrado a una doble dimensión de la “mirada antropológica”; es decir que lo visual, con la introducción de la cámara en la investigación de campo, ha aportado a la

observación de los “comportamientos humanos” y, por otro, a la “construcción de imágenes” (2007, 17).

Sin ir más lejos, vale aclarar que la cámara, cuando es parte del proceso de investigación, puede funcionar como “cuaderno de notas” (Ardèvol 2006, 232). En este sentido, “el objetivo ideal sería poder registrarlo todo, aunque esto no sea posible por las propias cualidades del instrumento de registro” (Ardèvol 2006, 232); por lo tanto, se ha puesto especial atención en la selección de situaciones etnográficas, así como de entrevistas de acuerdo a los objetivos planteados en la investigación y que, además, puedan ser sustentados por el marco teórico construido para la investigación. Sin embargo, esto tampoco significa que el trabajo de campo haya tenido que ceñirse estrictamente al diseño de investigación, puesto que, en principio, es el campo el que nos entrega información y el que, muchas veces, modifica la conceptualización previa con la que llegamos a nuestro primer encuentro.

En este sentido, la utilización de la cámara fue para mí un trabajo serio, tomado con absoluta responsabilidad y versatilidad, es decir que mi postura respecto a la cámara ha sido absolutamente contraria a los cuestionamientos que Bronislaw Malinowski hiciera de su propio ejercicio fotográfico durante su investigación en las islas Trobriand. Si para Malinowski la fotografía, como medio de registro visual, era un trabajo “secundario” o un “pasatiempo” o un “sistema poco importante” (Grau Rebollo 2008, 16), para mí, por el contrario, se trató de una actividad constitutiva, mediadora y transversal tanto para la observación como para la interrelación con la comunidad. Asumir la responsabilidad de introducir la cámara dentro de la investigación de campo me ha llevado a entender, por un lado, que la cámara iba a modificar las relaciones en el campo tanto como la metodología; y por otro, implicaba desde el inicio una nueva forma de ser y estar frente a los otros (Ardèvol 2006, 244).

Sin embargo, esto no ha significado que se haya descuidado la totalidad de prácticas, aunque en principio abarcar todo es en sí una falacia, por tanto, se ha combinado la atención minuciosa y cuidadosa a los discursos y prácticas de los sujetos, con la improvisación propia del trabajo de campo para tomar las decisiones de grabación durante todo el proceso; de tal forma que esta investigación, en el sentido que define Ardèvol (2006, 232), está contemplada a partir de “una búsqueda exploratoria” y por tanto la estrategia de filmación se ciñe a esta postura, así:

El cine es una herramienta descriptiva y analítica de primer orden desde el mismo momento en que tiene lugar la filmación. Por tanto, el cine sería un instrumento en cuya utilización está siempre el marco teórico. La metodología de Claudine de France está ligada directamente a su posición teórica y, en este sentido, es valiosa y compleja. Demuestra que el cine etnográfico puede ser producto de una investigación que incorpore la tecnología audiovisual desde sus propios planteamientos. Su obra también es importante [...] porque sintetiza por primera vez la idea de un cine de exploración, entendido como parte del proceso de investigación y componente integral del trabajo de campo. [...]. Lo importante de su aproximación es que el cine de exploración y la investigación etnográfica forman parte de un mismo proceso social de descubrimiento (Ardèvol 2006, 233).

Consecuentemente, en esta postura metodológica que implica la introducción del dispositivo audiovisual para la posterior construcción de un documental, se tiene claro que había de sostener una atención selectiva, pero al mismo tiempo perceptiva a lo largo del trabajo de campo, por tanto, fue importante “utilizar la intuición, las impresiones, las ideas todavía no formuladas o parcialmente elaboradas para dirigir la cámara” (Ardèvol 2006, 234). Es decir que, a lo largo del trabajo de campo, he incorporado, si se quiere, una suerte de embrague que permita fluir entre una práctica fílmica planificada, contemplada y apegada a los objetivos de investigación y a las intenciones documentales; hacia una práctica espontánea e intuitiva de la filmación de eventos u acciones que irrumpen el orden social tanto de mis interlocutores como de mi propia estructura visual y valores estéticos, políticos y sociales.

Por tanto, la cámara ha estado, desde un inicio sirviendo a una doble funcionalidad que parte del diseño investigativo (qué grabar, a quiénes grabar, qué planos tomar, qué lugares hay que recorrer, qué espacios se deben filmar, cuántas entrevistas hay que registrar, cuál es el uso de la cámara, qué implica la introducción de la cámara en el campo, cómo modifica las relaciones etnográficas con el uso de la cámara, etc.); y, por otro lado, desemboca en la espontaneidad y la utilización secuencial y diaria en medio del registro exploratorio del campo o, como señala Grau Rebollo (2008, 27), sirviendo como una “crónica audiovisual”; para ello se atendió a varias consideraciones y condiciones que han sido sustanciales en el trabajo etnográfico, las mismas que se han ido implicando unas a otras; por tanto:

Existen varias posibilidades a considerar a la hora de integrar el registro audiovisual con la investigación de campo: concebirlo como un instrumento de exploración del medio, asumirlo como un elemento vertebral en la toma de datos, encararlo como un recurso puntual para determinadas situaciones o en determinados momentos, etc. Al mismo tiempo, existen varios condicionantes que pueden influir en la factibilidad del registro: solvencia técnica del investigador en el manejo de la cámara y, sobre todo, de las etapas posteriores de producción y posproducción, disposición de los informantes, permisos necesarios, etc. (Grau Rebollo 2008, 27).

Consecuentemente, en la base de esta perspectiva metodológica, anclada a la lógica del cine exploratorio, la observación selectiva se presenta como la base del proceso en la construcción de un conocimiento etnográfico, “de forma que la investigación etnográfica no puede desvincularse de la observación filmica”(Ardèvol 2006, 233).

Finalmente, cuando hablamos de cine exploratorio, no podemos dejar de entender que esta perspectiva metodológica, así como es selectiva e intuitiva, a la vez es abierta, de tal forma que, como apunta Francisco Ferrándiz, la etnografía (en este caso “audiovisual”) “no es un modelo de investigación cerrado, sino más bien tan heterogéneo como los objetos de estudio, y pone al investigador en condiciones de utilizar técnicas muy diversas, ajustándolas y modulándolas al entorno de investigación” (Ferrándiz 2011, 13).

#### **4.3.1. Los interlocutores frente a la cámara**

Como había mencionado en el apartado anterior, la introducción de la cámara en la dinámica de las relaciones y el encuentro etnográfico fue con un carácter de personalidad, como una compañera observadora y participante de las prácticas sociales de nuestros interlocutores. En esta medida, es importante detenerse en el tipo de encuentros y relaciones que mis informantes tuvieron con la cámara. De modo que en este acápite intentaré dar respuesta a cómo fue la interrelación que los interlocutores tuvieron con la cámara, cuál fue su primera impresión y cuáles fueron las transformaciones que se dieron a medida que se incorporaron mutuamente en esa mirada cotidiana propia del trabajo de campo.

Indudablemente la introducción de la cámara moldea, acomoda, reajusta y transforma las relaciones en el campo, pero también los resultados que pueda arrojar la investigación social; aunque, no por ello, implique que estos resultados sean menos o más importantes que aquellos que puedan darse con la utilización de otros instrumentos de investigación como un lápiz, un cuaderno de notas o una grabadora de audio; al fin de cuentas, las relaciones que establecen los sujetos con los objetos siempre son dinámicas y dialécticas, por tanto ancladas al contexto específico de la interacción.

La cámara o el lápiz configura el modo en que se desarrollará el trabajo de campo, así como la propia presencia del investigador. La cámara no sólo modifica el comportamiento de los sujetos, también el del propio investigador. La cámara es un instrumento neutro en el sentido de que puede utilizarse con distintos objetivos, pero nunca será neutral para las personas representadas ni para el proceso y el resultado de la investigación (Ardèvol 2006, 168).

De modo que no debemos perder de vista la consideración de que el comportamiento de los sujetos (y aún del propio etnógrafo) se iba a transformar y condicionar a las decisiones que haya tomado entre sacar o no la cámara de mi mochila, entre prenderla o no, entre grabar o no, entre colocarla en un trípode o no, incluso entre acercarla para hacer primeros planos o mantenerla alejada con planos generales frente a mis interlocutores. Por tanto, la intuición, incluso por un sentido ético y una corresponsabilidad frente a la imagen de mis interlocutores, también se convirtió en una guía para la toma de decisiones. No obstante, explicitar un permiso o autorización para grabar siempre fue el primer recurso para avanzar con el registro audiovisual. En este sentido, las concesiones de los moradores para ser grabados junto a las pautas culturales, evidentemente, han sido de mucha utilidad tanto para entender y analizar el comportamiento de los sujetos frente a la cámara, para saber qué dicen y que se guardan; pero también para abrir nuevas pautas a la comprensión de la utilización de la cámara en el trabajo etnográfico.

En el anterior apartado había mencionado que fue la misma cámara la que motivó el intercambio simbólico con los moradores de la ciudadela Alonso de Illescas, puesto que ésta, por sí sola atraía la mirada, concertaba la curiosidad y procuraba unas respuestas y una presentación inicial. Si bien en el primer encuentro, antes de la pandemia, Andrés Ibarra (presidente de la ciudadela) me presentó con los dirigentes de la comunidad, esto no fue suficiente para que toda la comunidad en conjunto me reconozca o sepa la razón de que yo esté merodeando con la cámara

por las calles de su ciudadela. Sin embargo, fue después del confinamiento, en mi segundo regreso a la comunidad en octubre del 2020, que me “enfrenté” completamente solo a todo el reasentamiento, sin la presencia de Andrés. Hubo algunas ocasiones donde estuve acompañado de Videlda Cortés, quien fue parte importante en el proceso, no sólo para presentarme con algunos de sus vecinos y amigos del barrio, sino también en el proceso de producción, pues ella amablemente asistía con los micrófonos o con la misma cámara a lo largo de los recorridos por la comunidad.

Vamos por aquí Andrés (yo, el etnógrafo), le quiero presentar a Tatiana (Angulo) para que también hable con ella, que es una de las primeras en venir a la ciudadela, para que le cuente un poco, además fue parte de la primera directiva que hubo en la Alonso de Illescas, creo que fue la secretaria o la tesorera, pero en algo estuvo metida. Si quiere acá también tenemos otra vecina que su hijo discapacitado se había caído en el pozo séptico, a ese pobre muchachito lo tuvieron que llevar de urgencia para el hospital; imagínese ahí cubierto de esa porquería. Entonces también sería bueno que la entreviste para que tenga todas las visiones (Videlda Cortés, 07 de octubre de 2020).

En ambos casos, tanto con Andrés Ibarra y Videlda Cortés, la cámara se convirtió en una compañera mía, pero al mismo tiempo ambos fueron cómplices de ella, la tomaron con sus manos para revisar los videos y fotografías que iba tomando en el proceso, se convirtió en una entidad familiar a la que, no sólo le veían, sino también la cuidaban. Pero, además, hubo varios momentos donde guiaban mis recorridos y proponían los encuentros con los otros moradores, con lo cual se evidencia una participación activa y propositiva en las decisiones de producción documental: a quién visitar, a quién filmar, qué manzanas recorrer, qué familias tienen mayores conflictos con las viviendas, quiénes pueden enunciar más que otros; en el caso de Videlda, incluso daba sus indicaciones y sugerencias sobre los aspectos estéticos relacionados a la representación de sus vecinos:

¡A ver mi amor, vaya péinese! ¡Claro pues! Para que le vean guapa, no ve que usted es una negra preciosa para que salga como una reina ante la cámara, sino luego me la va a romper ahí, y no vale, sino luego Andrés qué dirá [risas de todos]. [Después de unos minutos] Póngase ahí que se le ve hermoso junto a esa planta, ¿sí o qué, diga Andrés? Ya, ahí sí mírele sin miedo a la cámara, no se preocupe que ni la cámara ni Andrés muerden [risas de todos] (Videlda Cortés, 07 de octubre de 2020).

Este último discurso da cuenta de la familiaridad que tuvo Videlma con el proceso audiovisual, se trata de un diálogo que lo dijo –desde su imaginario– mientras motivaba a Tatiana Angulo a mostrarse “mejor” para la cámara. Por tanto, se trata de una representación nativa sobre una de sus propias vecinas, donde la imagen fotográfica (construida, como producto o resultado) guarda relación directa con la proyección o reflejo del cuerpo y su apariencia. De todos modos, se trató de un contexto donde yo no tomé ninguna decisión dado que, desde mi punto de vista, fue una situación etnográfica de interacción y autorrepresentación de mis interlocutoras frente a la cámara y mi presencia. Cuando Videlma dice “¡Andrés qué dirá!”, se pregunta no sólo por el comportamiento simulado ante la cámara, sino además ante mi propia presencia.

Por tanto, en atención a la propuesta de Gemma Orobitg Canal (2008), varias de las situaciones filmicas que se dieron en el trabajo de campo (como la antes mencionada) dan cuenta de un proceso actancial en la construcción de imagen y que guarda una conexión estrecha con las relaciones sociales que giran alrededor de la imagen.

Ahora bien, desde un horizonte semiótico, entendiendo la situación etnográfica como un texto y a los interlocutores como actores-personajes, Alberto Pereira en su libro *Claves semióticas de la televisión* (2008, 122), en relación al modelo actancial de Algirdas Greimas (1982), establece que los *actores* son, básicamente, aquellos que se definen por un rol temático, que están instalados en el mundo de la representación y la mimesis audiovisual, y que son, por tanto, parte constitutiva en la construcción de un relato y con la capacidad de asumir cualificaciones (el bueno, el rico, el pobre), atributos (el dirigente, el líder), u ocupaciones (el pescador, el comerciante); mientras que los *actantes* son aquellos que determinan una acción, es decir, qué hacen los personajes, qué función y motivaciones tienen dentro de una situación o historia, cómo se comportan; es decir que “el actante es el que realiza o sufre el acto” (Pereira 2008, 122). Por lo tanto, los interlocutores dentro de la situación fílmica adoptan una serie de simulaciones y posturas frente a la cámara y frente a la idea de ser grabados, pero también frente a la presencia del etnógrafo, de allí la exclamación de Videlma ante su vecina Tatiana: “¡Andrés qué dirá!”.

Consecuentemente, si importamos esta categoría semiolingüística de Greimas, el *actante*, para el análisis etnográfico, comprenderemos que las relaciones sociales se modifican indistintamente en

función de la capacidad de autorrepresentación que tenga cada sujeto que decide y acepta colocarse frente a la cámara.

En este caso, Tatiana adoptó una postura o *actancia* que estuvo sujeta a tres tipos de relaciones sociales: 1) entre ella y su vecina Videlma, que es una relación intersubjetiva a nivel intracomunitario, anclada a una correspondencia simbólica local; 2) entre Tatiana y la cámara, que es una relación funcional entre sujeto-objeto; y, 3) entre Tatiana y yo, que es una relación intersubjetiva a nivel extracomunitario por cuanto el etnógrafo no forma parte de la comunidad.

En cuanto a la exclamación de Videlma: “¡Andrés qué dirá!”, entre las risas de todos, yo respondí con total espontaneidad, precisando que no tenía ningún tipo de opinión peyorativa que emitir en contra de las distintas formas de mostrar, ser, tener, parecer, o actuar que tengan los vecinos y moradores de la ciudadela. De manera que el respeto, pero también la amabilidad y la complicidad, eran valores personales que tenía en cada encuentro.

De hecho, parte de mi aproximación al otro, en todo tipo de contexto, ha estado siempre signado por este conjunto de características, que las he incorporado desde mi práctica periodística. He construido un hábitus de mucha cercanía y confianza a fin de procurar incomodar lo menos posible a mis interlocutores. En este punto, a Tatiana le respondí:

Sea usted mi señora hermosa como quiera ser, mal haría yo en decirle que me diga una u otra cosa. Al contrario, siempre les estaré muy agradecido por todas las atenciones que han tenido, pero sobre todo por la paciencia y apertura que me han brindado al dejarme entrar de un día al otro a sus espacios, a sus viviendas, al corazón de sus hogares, a sabiendas de que soy, en principio, un extraño para cada uno de ustedes (Diarios de campo, 07 de octubre de 2020).

La cercanía ha sido importante para que mis interlocutores y yo tengamos una relación cordial y respetuosa, la misma que ha determinado las relaciones sociales que los habitantes establezcan con la cámara. En la Foto 4.3, se puede observar una fotografía donde aparecemos Videlma y yo, la cual fue tomada por Jóselin, de 15 años, quien es sobrina de Videlma. Este día habíamos hecho tres entrevistas, entre ellas la que hicimos a Tatiana.

### Foto 4.3. Videlma y yo tras una jornada de entrevistas



Foto de Jóselin Ibarra. 07 octubre de 2020.

En este caso, cada uno ejerce su propia agencia frente a la cámara, si bien se trataba de un registro del momento, también era concebido como la construcción de un recuerdo común; y en mi caso, además, como una fotografía que sería parte de mi observación diferida y de mis propias reflexiones etnográficas. En todo caso, lo que aquí también interesa el grado de horizontalidad que hay entre mi interlocutora, la cámara y yo, dado que todos estamos situados al mismo nivel, sobre las escaleras de ingreso a la vivienda de Videlma, participando en un mismo proceso documental

Otra de las formas agenciales que han tenido los interlocutores, y quizás la más recurrente en la mayoría de los moradores entrevistados, especialmente de aquellos que residen en las manzanas con mayores problemas sociales y habitacionales, es el de asumir el rol de “denunciante”. En este caso, tras el primer contacto con la cámara, con mi presencia, y la inmediata enunciación y justificación de mi trabajo de campo, los interlocutores encontraron, en este encuentro audiovisual y etnográfico, la posibilidad de cuestionar: 1) el modelo habitacional impuesto por el Estado; 2) la forma de convivencia con los otros vecinos; y, 3) la existencia de problemas sociales que definen como delincuencia y consumo de drogas.

Es decir que, en este caso particular, donde se aborda la convivencia de familias de escasos recursos económicos en un reasentamiento o programa de VIS creado por el Estado, la cámara dentro del trabajo de campo permite la visibilización de las condiciones precarias de existencia que tienen las familias. La cámara es entendida para los moradores como una posibilidad excepcional de denuncia y contestación. Es, quizás, la forma más palpable que encuentran para representar el descontento que tienen en sus relaciones con los otros y con los espacios. Así que este ojo mecánico es permitido, pero al mismo asumido con una función utilitaria para que ingrese a sus viviendas para recorrer con su mirada mecánica lo que ellos consideran un “dolor de cabeza” o la fuente material de sus preocupaciones cotidianas.

#### **Foto 4.4. Recorrido con Edison Mandarinina**



Fotografía del autor. 08 de octubre de 2020.

“¿Usted cree que esto está bien?”, a manera de pregunta, fue la estrategia discursiva que encontró Edison Bryan Mandarinina (Foto 4.4), otro de los moradores de la ciudadela Alonso de Illescas que habita en este sector desde hace 6 años. Para él, el encuentro con la cámara fue espontáneo; Edison estaba arreglando una red en la cancha de tierra de la ciudadela mientras yo cambiaba de lentes a la cámara. Nos quedamos viendo y saludamos al mismo tiempo, así que aproveché el momento y le pregunté si le podía grabar. Él ni siquiera me preguntó para qué es,

aceptó inmediatamente y empezó a hablar de los conflictos que, según su propia historia, había evidenciado desde que habita en este lugar.

Aunque el paradigma de la “denuncia” constituye la base para la representación de su barrio y vecinos, y también la base donde se soporta su propia autorrepresentación; en su discurso se entrelaza una serie de motivaciones sociales e individuales que pasan por el llamamiento a las autoridades, el cuestionamiento al proyecto de vivienda, la crítica a los administradores barriales, la autorrepresentación de pobreza y hasta la enunciación de sugerencias para el cuidado de los niños y niñas de la ciudadela.

Nosotros somos pobres, no somos ricos, ni nada. Ahora toca darle pa' delante porque aquí en la ciudadela no hacen nada. El que administra la ciudadela, todo lo que hace es llevarse para su bolsillo. Esta ciudadela no es del 'Buen Vivir' porque esas casas las han hecho malhecho, los pozos se llenan. [...] Para los que nos están escuchando que se den cuenta, que vengan, que le hablen al alcalde, o al presidente, que esta ciudadela no lo han hecho bien. [...] Estas casas de aquí son para los que necesitan; para los que tienen ¿para qué les dan? ¡Tienen que darles a los que necesitan, no a los que ya tienen! (Edison Bryan Mandarin, 08 de octubre de 2020).

Lo que podemos dar cuenta de la relación social que se establece entre Edison, la cámara y mi presencia, es que la imagen etnográfica se construye simultáneamente a partir de la articulación de la representación y autorrepresentación (Orobitg Canal 2008, 76), donde, entiendo, se pone en juego la experiencia individual de mi interlocutor, con el “orden” socio-espacial producido por el Estado, las relaciones intersubjetivas de los moradores y el manejo libre de la cámara hecha por el etnógrafo.

[Por lo tanto] nos encontramos frente a un personaje cuando la representación de alguien o de algo se manifiesta como agente de una acción en un espacio-tiempo determinados, que es capaz de encarnar ciertas características y funciones de orden psicológico, sociológico, simbólico, narrativo, discursivo [...] (Pereira 2008, 63).

Es decir, que la actancialidad de los interlocutores es el multifuncional, así como el discurso que pueden llegar a desplegar ante la cámara. Edison, en un principio, habla de su inconformidad con la administración interna del barrio mientras sujetaba una red, luego se convirtió en mi guía al interior de los patios traseros de las viviendas con mayores problemas estructurales y sanitarios.

Videlma, por su parte, podía estar sentada o parada en las escaleras atendiendo simultáneamente a la cámara y a las demandas de sus sobrinos menores de edad o cocinando o ayudando a su madre octogenaria.

**Foto 4.5. Líder Reyes mientras lava ropa y se baña**



Foto del autor. 13 de marzo de 2020.

También tenemos el caso de Líder Reyes (Foto 4.5), a quien me acerqué luego de darme cuenta que estuvo mirándome detenidamente mientras yo grababa en los exteriores de la casa de su vecino (Johnny Portocarrero). Cuando me percaté de su mirada, regresé a verle y me saludó. Yo, con el mismo ánimo, me incorporé a su sonrisa, dejé de grabar la casa de su vecino y me acerqué hasta Líder para saludarlo y presentarme. “¿Cómo le va? ¿Qué está haciendo con ese aparato?”, me preguntó. Le di la mano y le expliqué que estaba investigando para mi trabajo de grado, que incluía el uso de la fotografía y el video. “¿Cuál es su investigación?”, respondió. “Quiero conocer cuáles son las transformaciones que ha tenido la comunidad desde que han vivido en este reasentamiento”, le dije sin que mi lenguaje sea muy enredado y metalingüístico, de modo que me captó inmediatamente la idea y me dijo aún sin preguntarle por la convivencia: “Uy mi

hermano, yo aquí conozco a todos, me llevo con todos, y no me meto en problemas con nadie. Por allá atrás hay unos ‘polillas’, pero también me llevo con ellos”.

En el tiempo que estuvimos conversando, Líder no dejó de lavar la ropa y bañarse. Él sabía que lo estaba filmando, de hecho, ese fue el primer permiso que le pedí. Me dijo que no había problema, que sí podía filmarlo. “Grabe no más lo que sea mi hermano lindo”, enfatizó. Entonces todas mis preguntas sobre su vida, sus hijos, sus vecinos, su casa, su ciudadela, su trabajo fueron contestadas una a una, de modo que la cámara fue, en este contexto, el pretexto para conversación; luego de ello, la cámara se convirtió en un objeto más del espacio que no cambiaba en nada el curso de su cotidianidad: lavar la ropa y bañarse a fuera de su casa, a vista de todos. En este sentido la cámara es una participante de la cotidianidad de él, se mezcla con la realidad y se sumerge en la ritualidad de Líder. Esta situación me lleva a incorporar los sentidos del *cinema transe*, de Jean Rouch, cuyo antecedente está en el ojo mecánico de Vertov:

La cámara es un ojo mecánico en continuo movimiento como la realidad que quiere revelar sin ningún tipo de pretensiones. Se trata de una cámara que se deja penetrar por la esencia de la realidad, como en el ritual en el que el cuerpo del individuo poseído incorpora la esencia vital de los espíritus sobrenaturales. En este caso, el antropólogo/cineasta deja que la cámara, progresivamente, como en un trance, sea poseída por el espíritu en movimiento inherente a cualquier realidad cultural (Orobitg Canal 2008, 77).

Por lo tanto, la cámara se sumerge en cada movimiento corporal que hace Líder; le deja ser, le deja existir en ese hábitat social y espacial que lo envuelve, con todos sus objetos y formas de vida. Mientras que Líder, por su parte, ya deja de sospechar de la presencia de la cámara porque asiste al lavado de su cuerpo y ropa como un acto permanente que subyace su propia intimidad. De modo que volvemos a la existencia de una cámara participante que observa minuciosamente las acciones de nuestros interlocutores.

En la cámara participante, el cineasta/antropólogo se sitúa como un observador atento que está aprendiendo sobre una cultura. La cámara se inmoviliza ante aquellos objetos y situaciones que los protagonistas manifiestan como centrales para dar a ver su propia realidad. Aunque se trata de un inmovilismo no exento de movimiento, pues hay un interés visible por mostrar el proceso del conocimiento antropológico, por un lado y, por el otro, la calidad procesal de cualquier realidad

social, constantemente rehaciéndose, huyendo así de un análisis de las culturas como entes inmóviles (Orobitg Canal 2008, 77).

Consecuentemente, a lo largo de este apartado hemos visto cómo la cámara se mueve y se aquietta, de igual manera, según se muevan o se paralicen los interlocutores. Finalmente, pareciera que son ellos los que directa o indirectamente motivan y condicionan el movimiento de la cámara; pero en ningún caso dejan de seguirse y construirse socialmente en el trabajo de campo. Hay moradores como Vidélma y Edison que se mueven con un fin social: ambos buscan a sus otros vecinos para abrir paso a una realidad que sólo les pertenece a ellos.

Pero también tenemos otros actores como Líder, que no tienen un fin de socialización con sus otros vecinos delante de la cámara: él está lavando su ropa y su cuerpo, que son, al fin de cuentas, en el sentido que propone Erving Goffman (1979), los aspectos más esenciales y primarios de su propio territorio, que es su cuerpo y su vestido; aquí no hay el otro vecino con sus necesidades o problemas; aquí sólo es Líder ejerciendo su propio ritual y ajustando su discurso ya sea a sus voluntades catárquicas o sus manifestaciones diarias y recurrentes.

#### **4.4. Reflexividad: una alternativa narrativa**

Como mencioné anteriormente, la posibilidad de construir un documental participativo se tornó compleja dada la emergencia sanitaria. El modelo participativo ha sido considerado como una forma, digamos, “plausible” para superar la denominada crisis de la representación.<sup>19</sup> No obstante, a partir de esta crisis al interior de la antropología y sus formas de construir conocimiento respecto a la representación del otro, surge, además de la antropología participativa y compartida, una antropología reflexiva como una alternativa destinada a visibilizar la posición del antropólogo frente a sus propios métodos de investigación. Por tanto, se trata de entender que, según Said, “las representaciones antropológicas influyen igualmente tanto en el mundo del representador como en aquel o aquello que se representa”. De ahí que surge la necesidad de

---

<sup>19</sup> A partir de la década de los 80, con el ascenso de las teorías posmodernas, surge la preocupación entorno a metanarrativas que soportaban el paradigma de la modernidad. En este contexto, se evidenció un pesimismo que marcó la producción del conocimiento antropológico y que puso en tela de duda los mecanismos por los cuales se atribuía el derecho de representar o hablar por el otro. Desde Norteamérica surge la preocupación en relación a cómo se escribe para representar a los pueblos sobre los que se estudia. Así, por ejemplo, antropólogos como James Cliffort, Michael Fisher, Stephen Tyler y George Marcuse, manifiestan su desacuerdo con los postulados de la Antropología clásica y encuentran que tanto investigadores como informantes están implicados por igual a lo largo de la investigación etnográfica; mientras que la escritura etnográfica se vuelve en sí objeto central del debate de las teorías antropológicas.

establecer constantemente el lugar de enunciación que define mi propia postura frente a la investigación planteada.

Pero la reflexión no sólo debe enmarcarse en la visibilización de los métodos de investigación, es decir en el proceso, sino también debería vincularse con el mismo rigor sobre el producto, esto es la etnografía y, por extensión, el documental. Es decir que la reflexividad debería, en la medida de lo posible anclarse en los tres momentos que abarca la investigación: el productor, el proceso y el producto. Cuando se habla del productor, implica incorporar también las emociones, sensaciones, percepciones y mutaciones que va teniendo el etnógrafo, las mismas que, en cierta forma, implican o están relacionadas a los otros; tal como apunta Pierre Bourdieu, “al hablar acerca de mí mismo, revelo —por procuración— verdades que atañen a otros...” (Bourdieu y Wacquant 1995, 156), lo que lleva a considerar que el conocimiento antropológico está ligado inexorablemente a las posibilidades de encuentro e intercambio material e inmaterial entre el investigador y sus interlocutores.

No obstante, desde la perspectiva de Bourdieu, se trata de dar cuenta del sujeto “empírico” y el sujeto “científico” en los mismos términos que determina la “objetividad” planteada por el sujeto científico. Pero, más allá de que la reflexividad esté cruzada o no por un criterio de “objetividad” (concepto que Jay Ruby pone en tela de duda), lo que interesa en este punto es comprender que “adoptar el punto de vista de la reflexividad no significa renunciar a la objetividad, sino poner en tela de juicio el privilegio del sujeto conocedor” (Bourdieu y Wacquant 1995, 156). Es decir que, estos privilegios, que vienen incorporados con la investidura y el respaldo académico que soporta al investigador, son los que deben ser revisados permanente, sobre todo si se quiere evitar caer en el problema de que la antropología se convierta en un “socio colaborador de la dominación y la hegemonía” (Said 2005, 295).

Optar por la reflexividad es tratar de dar cuenta del "sujeto" empírico en los mismos términos de la objetividad construida por el sujeto científico —en particular, situándolo en un punto determinado del espacio-tiempo social— y, con base en ello, tomar conciencia y lograr el dominio (hasta donde sea posible) de las coacciones que pueden operar contra el sujeto científico a través de todos los nexos que lo unen al sujeto empírico, a sus intereses, impulsos y premisas, los cuales necesita romper para constituirse plenamente (Bourdieu y Wacquant 1995, 156).

En este horizonte, la objetividad para Bourdieu está relacionada a las posiciones sociales que los sujetos han ocupado en el pasado y que ocupan en el presente, y que, por tanto, condicionan o estructuran la práctica científica, o en efecto, constituyen la estructura misma de lo que Bourdieu llama el “hábitus científico”. En todo caso, encuentro necesario precisar que la investigación social (como la antropológica) devela en sí misma al investigador, porque es “un discurso en el cual *uno se expone*, asume riesgos” (Bourdieu y Wacquant 1995, 162), incluso se podría argüir que la investigación no deja de ser un producto donde el etnógrafo, en este caso, arriesga su capital simbólico (esto si pensamos en la producción de conocimiento como parte de una economía de intercambios lingüísticos). En todo caso, esta apuesta por la reflexividad y la asunción de riesgos están orientados a combatir los privilegios del “Yo investigador” en beneficio de una antropología decolonizada, pero también deconstruida, o, en todo caso, apartada de las pretensiones imperiales basadas en narraciones impositivas sobre la representación del otro, y que, como dice Said, terminan siendo funcionales al poder (2005, 289).

Pensar el hecho de que “mi investigación sea funcional al poder”, ha generado en mí una necesidad superior por la reflexividad porque esta perspectiva también está asociada a la posibilidad de deconstrucción de mis propias prácticas de investigación y producción documental. Para Jacques Derrida, cualquier texto (aún el visual) puede ser objeto de deconstrucción, pero el reto más importante está en derribar la violencia de la escritura que se levanta sobre la ausencia de lo no dicho (Derrida, 1989). Por tanto, la reflexividad debe estar encaminada en desvelar esas ausencias que esconde el producto, y que están tanto adheridas como encubiertas por el proceso y el productor mismo de la investigación. En todo caso, y en última instancia, es preciso considerar que “la tarea [...] no consiste en eludir la naturaleza profundamente suspicaz y crítica de la modalidad irónica de escritura, sino en aceptarla y utilizarla en combinación con otras estrategias para producir descripciones realistas de la sociedad” (Marcus y Fisher 2000, 37).

Por otra parte, la reflexividad invita en cierta medida a abonar el terreno de la subjetividad del investigador, y no como una forma autobiográfica, sino como una práctica que, más allá de ser autoconsciente y autorreferenciada, sea coherente entre el productor, el proceso y el producto a lo largo de toda la investigación (Ruby 1995, 168).

En este sentido, en contra del positivismo y el empirismo ingenuo, Jay Ruby establece que los antropólogos deberían dejar de ser “los chamanes de la objetividad” (1995, 164), principalmente porque el antropólogo, a diferencia de los otros científicos que trabajan con objetos, tiene su objeto de estudio con sujetos, lo que lleva a contemplar que la relación de investigación que se establece es la de “sujeto-sujeto”; por tanto, esta precisión resulta imprescindible para entender que –según Ruby– la búsqueda por la “objetividad” termina siendo “una posición obscena y deshonesto” (1995, 164), sobre todo porque:

El principal problema reside en que los procedimientos desarrollados para asegurar la neutralidad del observador, así como el control necesario para este tipo de investigación se han desarrollado en una ciencia de relaciones entre sujeto/objeto, y no en una ciencia antropológica de relaciones entre sujeto/sujeto. En otras palabras [...], el ser humano no puede considerar a otro ser humano como objeto de estudio de la misma forma en que puede experimentar con animales u objetos inanimados (Ruby 1995, 176).

Por lo tanto, esta premisa es la que ha gobernado en mi forma de concebir la investigación a lo largo de todo el proceso. En tal sentido, es inevitable el sentir complicidad con los interlocutores, más cuando el contacto, en cierta medida, está condenado al intercambio de afectos (sin importar que estos, en un sentido moral, sean buenos o malos; o en un sentido material, cortos o duraderos, amigables o complejos).

De cualquier forma, se inscriben emociones en el contacto con el otro. Ahora bien, he de precisar que, por mi forma de ser, por el conjunto de características que me posicionan en el mundo y que me han construido socialmente, generalmente tiendo a dar mucha confianza a las personas, a que ellas puedan inscribirse en mi mundo del mismo modo que yo mantengo la intención de inscribirme en el suyo.

Desde que empecé a trabajar como periodista y fotógrafo en el MIDUVI (en septiembre del 2013), me he dejado habitar por prácticas de interrelación soportadas en la calidez, la confianza, la alegría, la broma, el saludo cordial y la palabra amable, por cuanto entendí –incluso desde la formación de mi hogar– que esta es la mejor forma de construir una amistad y de acceder a la vida del otro.

En este sentido, cuando fotografiaba los proyectos de vivienda y a sus beneficiarios, me incorporaba ante los demás con respeto, como si esta fuera una forma privilegiada para solicitar el ingreso a sus vidas y a sus hogares.

Buenos días, mi señora linda, estoy haciendo un documental sobre la ciudadela. Mi nombre es Andrés Sefla, soy estudiante de Flacso, una universidad de Quito. No sé si cuente con tiempo para poder conversar sobre sus percepciones y sus formas de definir y entender su propia vida en la ciudadela; pero también para conocer su forma de relación social o vecindad (Diarios de Campo. Apuntes sobre el primer encuentro con Delia Gámez, beneficiaria de vivienda).

Consecuentemente, la reflexividad me ha llevado tanto a responderles a mis interlocutores, como a mí mismo, sobre mi presencia en el trabajo de campo, pero además sobre el tema de investigación que estoy ejecutando; de modo que, en el camino de la investigación, permanentemente han surgido cuestionamientos que aterrizan incluso en lo moral (¿Lo estaré haciendo bien?). De cualquier manera, me he dejado llevar por el contacto con la comunidad y sus prácticas, así como los mismos recuerdos que se me han cruzado al interior del reasentamiento sobre el tiempo que estuve trabajando en el MIDUVI.

#### **4.4.1. Un juego de emociones y memoria: ¡Esto es otro reasentamiento!**

La memoria fue parte importante en todo este camino, por cuanto muchas de mis preguntas y mis distintas maneras de observación y seguimiento con la cámara, estuvieron ligadas a ese pasado, a ratos borroso, de lo que era la ciudadela en sus inicios. Mi memoria, en algunos puntos coincidía, con la memoria de mis interlocutores. No obstante, he de manifestar que hubo un momento que entendí que mi memoria estaba adscrita más a los despojos del recuerdo institucionalizado, con una presencia itinerante que dependía de las necesidades del MIDUVI. Mientras que la memoria de los moradores tiene que ver su cotidianidad y la continua sucesión de sus vidas, con lo que han ido dejando con el paso de los años, con sus familiares y amigos.

De modo que entendí que las realidades son dinámicas, están cambiando permanentemente; y, por tanto, es a esta comunidad, la de mi presente, que tenía que estudiar; y no a la del recuerdo de mi pasado; pues al fin de cuentas, esta comunidad lleva consigo una historia que se va

readaptando constantemente en el espacio-tiempo. Es decir que a esta comunidad le pasan y le han pasado cosas, por tanto, en su discurso y en su espacio están depositados la historia cultural de este reasentamiento, así como las actitudes, preferencias y sentidos que ellos tengan sobre el espacio que habitan (Tuan 2007, 87).

De hecho, al llegar a campo, una de las realidades que encontré frente a ese recuerdo de mi pasado (o de esa vieja realidad de mi conciencia), es que la directiva original ya no existía; incluso Raúl Bone, quien fue el primer presidente de la comunidad en el 2014, ya ni siquiera vivía en el reasentamiento; y así como él, según los informes de los habitantes, muchas beneficiarias originales ya no viven en la ciudadela, sino que están otros familiares o amigos suyos (como es el caso de Edison Mandarina, que ocupa la casa de su tía).

Sobre este último punto, en una conversación sostenida con Liliana Sabando, exdirectora provincial del MIDUVI, recalcó que no se ha vuelto a hacer un levantamiento de información sobre las condiciones sociales de Súa, desde antes del terremoto del 2016, con lo cual, las listas de los beneficiarios originales pueden estar desactualizadas o no ser compatibles con la realidad actual. Sobre esto también coincide Andrés Ibarra, actual presidente de la ciudadela: “A los del MIDUVI no los hemos visto en años, ellos vinieron con lo del terremoto (2016), y luego ni en sueños”. Sobre este punto volveré más adelante.

Sin embargo, lo que aquí importa es entender que, en medio de esta reflexividad, yo había esperado encontrar a las mismas personas que entrevisté cuando aún era funcionario público; pero sólo encontré a Tatiana Angulo (ver apartado anterior). Por tanto, este choque temporal de la memoria obliga a reajustar la indagación no sólo desde lo material, sino también desde lo emocional, puesto que la ciudadela había cambiado radicalmente, tanto como yo lo había hecho.

Las emociones jamás pueden estar desarticuladas de la discusión antropológica, especialmente cuando los sujetos conectamos con los espacios por medio de la memoria, la ausencia, los afectos, la nostalgia, la ira, la tristeza, la alegría, o cualquier sensación que una práctica social nos haya generado en determinado espacio; pero también, porque por el contrario, parafraseando a Emile Durkheim (1982, 372), desinteresarse por las emociones implicaría romper los vínculos que unen al individuo a la colectividad, pero también implicaría renunciar a quererla y caer en una profunda contradicción. Por lo tanto, pensar en mis propias emociones, como parte de este

ejercicio reflexivo de investigación, es también comprender que tanto el antropólogo como sus interlocutores están hechos de afectos.

El hombre está afectivamente en el mundo y la existencia es un hilo continuo de sentimientos más o menos vivos o difusos, cambiantes, que se contradicen con el correr del tiempo y las circunstancias. [...]. El goce del mundo es una emoción que cada situación renueva según sus propios colores. La misma actividad del pensamiento no escapa a ese filtro. El hombre no está en el mundo como un objeto atravesado a ratos por sentimientos. Implicado en sus acciones, en sus relaciones con los otros y los objetos que lo rodean, en su medio ambiente, etcétera, está permanentemente afectado, tocado por los acontecimientos. Aun las decisiones más razonadas, más "frías", movilizan la afectividad y son procesos a los que subyacen valores, significaciones, expectativas, etcétera. Sus procesos se mezclan con sentimientos, lo que lo diferencia de la computadora. El "corazón" y la "razón", lejos de rechazarse, se entrelazan de manera necesaria, se influyen mutuamente [...] (Le Breton 1999, 103-4).

Entender el rol que juegan las emociones en los estudios antropológicos implica comprender que los afectos también pueden ser una fuerza motora de producción social, no sólo del espacio, sino también del conocimiento y de nuestras relaciones con los otros. En este sentido, mi regreso a Súa y mi decisión de haber escogido un reasentamiento de Esmeraldas, estuvieron ligados directamente a los recuerdos y vivencias como periodista del MIDUVI, es decir a esa emoción que circula cuando reímos, compartimos, queremos y abrazamos dentro de un lugar.

La Foto 4.6 corresponde a una de las coberturas que tuve con mis excompañeros, cuando se adjudicó las viviendas a los beneficiarios en julio de 2014. Aquí aparezco con mis excompañeros y algunas mujeres que eran parte de la primera directiva. Por tanto, representa uno de los encuentros más importantes que tuve en aquel momento, tanto por el encuentro con la comunidad como por los lazos de amistad que se consolidaron y tejieron con mis antiguos colegas de institución.

Si bien este encuentro es muy anterior al período de investigación, dentro de un contexto profesional (mas no etnográfico y académico), no deja de ser relevante por cuanto se vuelve constitutivo en mi propia historia, pero también ayuda a entender el origen de mis motivaciones con el estudio etnográfico de esta comunidad. Ahora bien, este visionado sobre las fotografías y videos de mi propio archivo también me permiten contrastar objetivamente la situación

estructural y habitacional del reasentamiento, pero también me abren la posibilidad a comparar el tipo de miradas que hay entre mis interlocutores del pasado versus mis interlocutores del presente.

**Foto 4.6. Recorrido por la comunidad con gestoras sociales en el 2014**



Foto de Oswaldo Pavón. 02 de julio de 2014.

Otro de los factores a considerar en este regreso a la memoria, apoyada por las fotografías de archivo, es la manera cómo cambia la mirada respecto a la ciudadela y la comunidad; pues se trata de un cambio cualitativo y cuantitativo. Primero, cualitativo porque las condiciones habitacionales, la apariencia y la calidad que muestran en la actualidad es muy diferente, vengo de ver un barrio que estaba naciendo en el 2014, con estructuras limpias, muy bien pintadas, que, en apariencia, lucían en buen estado; pero hoy, esas mismas estructuras han cambiado, las pinturas se han corroído en la mayoría de los casos, las fachadas son disímiles unas de otras, las áreas están envejecidas y mucho más gastadas, hay viviendas que huelen muy mal debido a que los biodigestores están rebosados con la aguas servidas, y la vegetación es mucho más densa.

Esta última fotografía (Foto 4.7), es una constatación de las mutaciones que ha tenido el reasentamiento, constituye una expresión material con la que me encontré al volver a Súa luego

de 6 años. Recordemos que seguí de cerca el proceso de construcción de este reasentamiento en el 2013, luego estuve en la entrega de viviendas en el 2014. De modo que en mi recuerdo había la imagen de una ciudadela nueva, y por nueva también quiero decir sin problemas estructurales, habitacionales y sociales, a los cuales tuve que enfrentarme como etnógrafo y documentalista en este 2020. Es decir, que ahora se presentó el compromiso de procurar representar los sentidos de los habitantes. Ya no se trataba de representar lo que el Estado quería, como lo hacía en los años que fui funcionario de este ministerio, puesto que en ese entonces había un conjunto de directrices institucionales que motivaban y obligaban a la construcción de una representación de las bondades y ventajas del servicio del Estado de Bienestar.

**Foto 4.7. María Méndez junto al patio trasero de su vivienda**

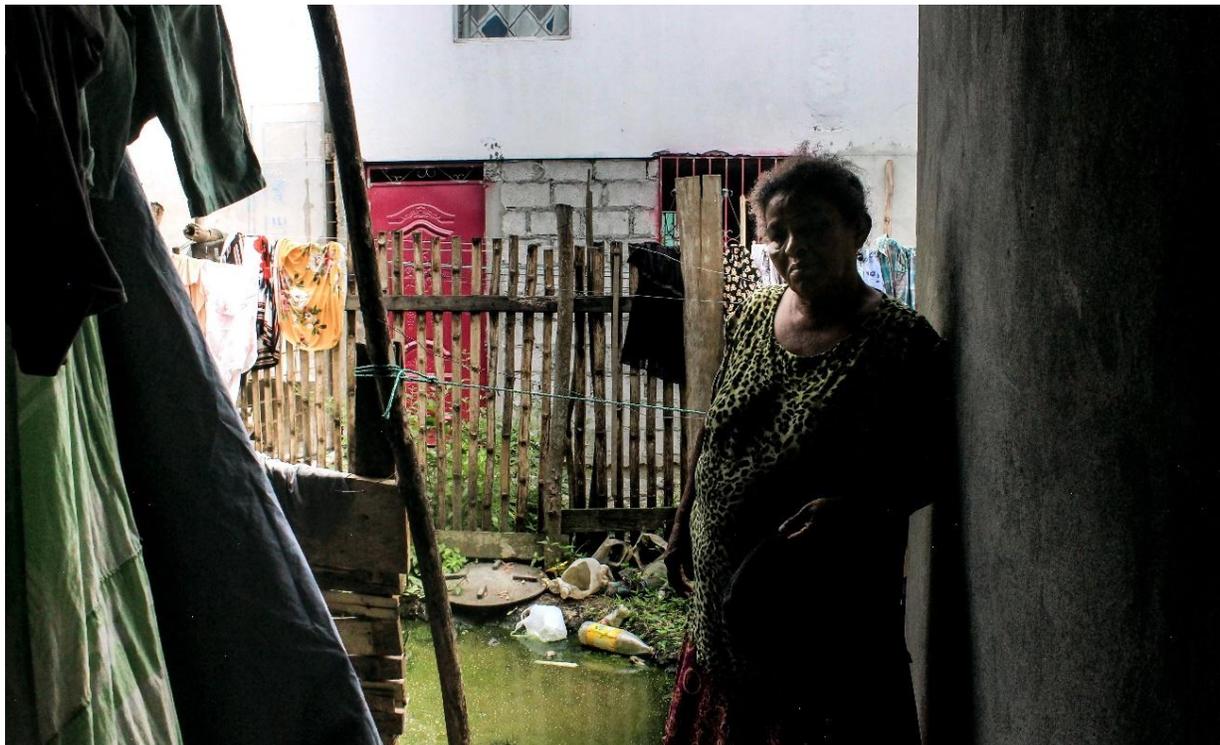


Foto del autor. 15 de octubre de 2020.

Así que, en el contexto del 2014, me habría resultado imposible mostrar una imagen como la de María Méndez y su vivienda, pues ello daría cuenta de la ineficiencia de las políticas públicas del Estado. Mientras que, en esta ocasión, mi compromiso está con los interlocutores, con sus prácticas y representaciones, con lo que necesiten decir (agradecimiento, denuncia, felicitación, queja, conflicto, etcétera); en definitiva, con lo que quieran mostrar ante la cámara. Por eso,

cuando Tatiana me preguntó: “¿Y qué digo?” y “¿Cómo lo digo?”; mi respuesta fue: “Lo que usted considere necesario y cómo usted prefiera”. Segundo, el cambio cuantitativo que encuentro principalmente tiene que ver con la cantidad de moradores y casas ocupadas; hoy prácticamente el 98% de las viviendas están ocupadas, antes sólo estaban el 50%.

**Foto 4.8. Washington Méndez y su familia se acomodaron junto a aguas residuales**



Foto del autor. 20 de octubre de 2020.

En la actualidad, hay hacinamiento en la mayoría de viviendas, puesto que varios de los niños y niñas que eran en el 2014, hoy, muchos de ellos y ellas son adolescentes que ya se han convertido en padres y madres; por lo tanto, han excedido la capacidad habitacional de las viviendas, que son de 40 metros cuadrados; es decir, ya no es sólo una familia la que ocupa una vivienda, sino dos: un caso concreto es el de María Méndez; en su vivienda habitan su hijo con su familia, y su hija con su familia (Foto 4.8). Ellos han tenido que colocar sus pertenencias en la parte baja de la vivienda, donde han juntado una cama con otra, colchones en el suelo, dividiendo con sábanas y cobijas a manera de cortinas, para tener algo de intimidad entre cada una de las parejas y familias.

Este tipo de tensiones que se dan entre una mirada anterior, la del pasado; y otra posterior, la del presente; se han convertido, al final de cuentas, en agentes moviladores de la investigación etnográfica. A partir de esta dicotomía, se ha accionado una especie de inquietud etnográfica por

conocer y entender el conjunto de transformaciones sociales que se han dado al interior de este reasentamiento. Del mismo modo, la memoria se ha confrontado con estas nuevas realidades habitacionales, a fin de colocar la cámara en estas llagas estructurales que repercuten en las condiciones de vida de los habitantes de esta ciudadela del “Buen Vivir”.

Finalmente, mi emoción colapsó al entrar en una serie de viviendas con grandes problemas sanitarios. Esta realidad fue inevitable confrontarla con mi recuerdo de una ciudadela, en teoría, próspera, con condiciones habitacionales dignas, seguras y saludables; que va contra los derechos constitucionales a la ciudad (artículo 31) y a la vivienda (artículo 30).

#### **4.4.2. “¿Y usted qué hace?” La comunidad también te indaga**

Antes de llegar a la maestría de Antropología Visual, creía que la autoridad inquisitiva radicaba en el investigador, sin duda, una afirmación desatada por las prisas y las urgencias informativas del quehacer periodístico. De modo que la antropología me confrontó y, al mismo tiempo, me dio la oportunidad de pensar en un encuentro que resulta ser más pausado, para una mirada mutua y un reconocimiento simultáneo entre los interlocutores y el etnógrafo.

Cuando hablamos de un reconocimiento simultáneo implica aterrizar en este encuentro participativo donde los sujetos también pregunten al etnógrafo lo que está haciendo, tomen la cámara y graben a ese sujeto extraño y nuevo que se mueve en la comunidad buscando saber sobre sus formas de vida y entender sus pautas culturales en cada una de sus prácticas cotidianas; de modo que la reflexividad como modo de representación de las culturas y grupos humanos con los que trabajamos nos convoca a pensar en una reciprocidad de conocimiento mutuo de la presencia del otro. Por tanto, si incluimos la cámara en el trabajo de campo y pensamos en la posibilidad de construir una película con ese material grabado, es fundamental considerar que no sólo el realizador y el antropólogo tienen que ser los productores, o que exista una frontera que distinga y delimite a rajatabla los roles entre productor, actor y audiencia.

Pero en el cine etnográfico estas categorías no son más que una función si es que pueden mantenerse. Las nuevas tendencias borrarán estas fronteras. El sujeto puede tomar la cámara y filmar al antropólogo, la audiencia puede ser filmada y sus reacciones aparecer en la película, el

sujeto es a la vez el productor y receptor de la película... La definición del cine etnográfico como un género documental, que pretende traducir una cultura a otra, cae por su propio peso y surge la idea de encuentro cultural, de diálogo, de mestizaje filmico (Ardèvol 2006, 104).

Durante el trabajo de campo hubo un momento muy particular con los niños de la comunidad, quienes, en toda su efervescencia, con la curiosidad viva, me decían uno tras otro con mucha insistencia: “¿Y usted qué hace aquí?” Lo decían mientras interrumpían su práctica diaria de fútbol, que era impartida por Freddy Mosquera, un profesor de educación física que vive en la ciudadela y voluntariamente entrena a los niños y niñas de la ciudadela. Ante el alboroto de los niños, Videlma Cortés, que me acompañaba, empezó a organizarlos para hablar, “haber niños, vamos por orden que no se les entiende, pregunten uno por uno, que Andrés sí les va a responder”, dijo.

Entonces tomé la decisión de entregarles la cámara a los niños, les indiqué brevemente los planos que podían manejar para que ellos me puedan entrevistar. Así, uno a uno se dio el tiempo para preguntarme temas relacionados a mi presencia en su comunidad, pero también temas que aterrizan en mi vida personal; con lo cual, pude entender que el trabajo de campo es en sí parte de una fusión entre la vida privada y profesional de una persona, pues la existencia no se la puede tomar enteramente aislada o desconectada de cada uno de los roles que desempeñamos; en este caso, había llegado al trabajo de campo con un sin número de cargas afectivas y emocionales que terminaron repensándose en cada trayecto que di tanto en la ciudadela, en las casas que ingresé, como en el pueblo de Súa y la playa, donde muchos de los moradores del reasentamiento desempeñan sus labores de pesca artesanal.

Mientras los niños preguntaban, Videlma asistía con el micrófono, una especie de boom improvisado que me había ingeniado con un bastón de *selfies*, puesto que estábamos en medio del desconocimiento total de las formas de transmisión del Covid 19, así que consideré necesario usar el boom para evitar un contacto mayor dado que yo estaba expuesto a contagiarme en los buses que tomaba diariamente de Esmeraldas a Súa, sin que en estos espacios se cumplan ningún tipo de aforo o medidas de bioseguridad. Así que pensé que este era un mecanismo responsable con mis interlocutores y conmigo mismo, puesto que de manera práctica recoge la mirada nativa de los interlocutores.

Los siguientes son fotogramas (Foto 4.9) que dan cuenta del manejo de cámara durante la entrevista que me hicieron los niños; en el primer fotograma el rostro está entrecortado, sin embargo, como se ve en el segundo fotograma, Jahir, de 10 años de edad, paulatinamente encuadra tanto a Videlma como a mí. Como dato importante, durante la entrevista Videlma y yo regresábamos a vernos por la sorpresa y admiración que sentimos por cada una de las preguntas que los niños me hicieron, de modo que esto refleja la complicidad que establecí con Videlma en el trabajo de campo y en la producción de imágenes.

**Foto 4.9. Fotogramas de entrevista grabada por niñas y niños de Súa**



Fotogramas del autor. 03 de octubre de 2020.

Este “mestizaje filmico”, que funde la filmación del etnógrafo con la de los interlocutores, así como la observación de uno y otro sobre sí mismos, difumina los límites entre la experiencia subjetiva y la descripción objetiva, puesto que me he convertido en mi propio referente de observación: me observan mis interlocutores, me observa la cámara y también me observo a mí mismo tras este proceso de observación diferida y escritura etnográfica.

Se abre un juego de miradas: el investigador se ve mirando y siendo mirado por quienes observa. El sujeto y el objeto colapsan. Todos somos a la vez sujetos y objetos de conocimiento. [...]. [Por lo tanto] reconocemos que participamos en los procesos que observamos y nos distanciamos del propio proceso de conocimiento en el que estamos inmersos. Nuestra identidad se transforma, no somos los que éramos antes, durante y después del trabajo de campo. No somos lo que pensamos que somos (Ardèvol 2006, 105).

Consecuentemente, puedo afirmar que mi propia subjetividad se ha reconstituido en función del trabajo de campo, porque las interacciones socioespaciales modifican, en alguna medida, la manera que tenemos para aproximarnos a las siguientes realidades que nos toca vivir. De modo que llegamos a la comunidad vacíos, como si fuéramos una esponja que está dispuesta a absorber

la vida del otro para entenderla, darle un sentido, y comunicarla; porque el conocimiento debe aterrizar en alguna transformación política, económica, jurídica, ambiental, social, sanitaria, educativa, si es que las demandas sociales están dirigidas hacia alguna entidad pública o privada que tenga que dar solución a esos conflictos; o simplemente ser comunicada para la resistencia o sostenimiento de la vida de un pueblo o una cultura.

La primera pregunta que me hizo Jahir me obligó a explicarles a todos los niños que estaban frente a mí la razón de hacer lo que hago: “¿Señor, para qué sirve su trabajo?” Fue una pregunta compleja porque en mi mente se cruzaba la idea de cómo simplificarlo, porque las justificaciones que se colocan en el proyecto de investigación no son suficientes cuando 8 o 10 niños piden una respuesta que ellos puedan manejar. Me preguntaba “¿cómo les hablo de antropología para que puedan entenderme?”. Con ello me di cuenta de que el encuentro etnográfico también demanda de la búsqueda precisa y adecuada de unos códigos que nos coloquen dentro de una horizontalidad de sentido; es decir que los antropólogos deben aprender y reconocer los códigos de sus interlocutores, para comunicarse con ellos y justificar su presencia y sus métodos de estudio.

El trabajo que estoy haciendo es para un proyecto de universidad. Es un trabajo que tiene una idea de producir un documental o una especie de película pero que tiene como a protagonistas a ustedes, la comunidad, la ciudadela, lo que ustedes hacen, cómo ustedes viven, y también la forma cómo se llevan entre ustedes, la convivencia [apunta Videlma] que ustedes tienen. Entonces de esta investigación puede salir una película donde ustedes van a participar. [...] Lo que estamos haciendo este rato es parte de mi trabajo, ustedes me están haciendo preguntas para saber quién soy, y yo les estoy haciendo preguntas para saber quiénes son. Esto ya lo llevo haciendo 7 años, primero como periodista, porque era periodista; ustedes han visto en los canales de Tv cuando van los periodistas a preguntar cosas a la gente [un niño interrumpe: para informar], exacto, para poder informar. Yo estoy haciendo algo similar, pero esto se llama antropología, y en la antropología la relación es más cercana con la gente. El periodista llega, entrevista dos minutos y se va, porque tiene otras cosas más que cubrir; en cambio yo vengo y estoy aquí, con ustedes, más tiempo. El periodista no les entrega la cámara a ustedes para que puedan grabarme; yo les entrego la cámara para que ustedes puedan ser parte de este ejercicio (Andrés Sefla, 03 de octubre de 2020).

Esta fue mi respuesta a la pregunta por mi trabajo etnográfico. Lo que me parece fundamental rescatar de esto es la complementariedad que hace Videlma mientras doy mi respuesta, puesto que en un momento buscaba las palabras para seguir desarrollando mi respuesta, pero Videlma, atenta a mis palabras, iba completando mis frases en función de su propia comprensión sobre mi trabajo. De manera que, en alguna medida, ella colaboró con mi explicación a los niños de la comunidad, lo que da cuenta de una apropiación de mi práctica etnográfica por parte de mi interlocutora, con lo cual, dentro de una antropología compartida y participativa, abona a este “mestizaje filmico”. Ahora bien, también podríamos hablar de una hibridación etnográfica donde hay una corresponsabilidad mutua de la mirada entre etnógrafo e interlocutora, dado que, mientras Videlma completaba mi explicación, mutuamente nos mirábamos para asentir la expresión del otro; es decir que los códigos se reconocen e implican recíprocamente a fin de uniformar un enunciado o potenciar un sentido dentro de un mismo proceso de diálogo.

Por otra parte, tuve que aterrizar en la representación del periodista, por cuanto, consideré que se trataba de una imagen más cercana a los niños para, a partir de ello ir a la figura del antropólogo; lo cual, en mi propia práctica profesional no está desarticulado puesto que vengo de la comunicación para desembocar en la antropología visual. Más adelante el mismo Jahir me pregunto: “¿Y usted cómo aprendió para hacer eso?”, ante ello mi respuesta:

Llevo alrededor de 7 años trabajando como camarógrafo o fotógrafo en distintas instituciones públicas. La primera cosa que hice, cuando me enfrenté a la cámara, fue monear el equipo. Muchas veces me salieron un montón de tomas malas, desenfocadas, borrosas; a veces también me he olvidado, por ejemplo, de cargar las baterías; un montón de cosas que me han ido fallando en mi trabajo, pero, a medida que vas practicando vas cogiéndole el ritmo [apunta Videlma], ajá, vas cogiéndole la práctica. Pero este es un lado técnico, hay otro aspecto que es la parte conceptual, es decir con lo que tú quieres comunicar a la gente; entonces hay que conjugar la teoría con la práctica para tener una buena fotografía o un buen video pero que también sea entendible para las personas que van a observar (Andrés Sefla, 03 de octubre de 2020).

Esta pregunta está anclada en la importancia que otorgan mis informantes a mi pasado profesional, ante lo cual yo consideré necesario pautar el espacio temporal que me ha tomado aprender del oficio de la cámara, sin dejar de lado la necesaria humanización del error al cual todos estamos inexorablemente atados. De modo que consideré importante decir que no todo lo sabía, porque el antropólogo tampoco lo sabe sino en la medida en que se va introduciendo, cada

vez más, en el campo; pero también después de él, cuando el etnógrafo se enfrenta a escritura de sus datos o hallazgos etnográficos.

Finalmente, hubo otras preguntas más, algunas relacionadas a la pandemia y mi miedo o no por esta catástrofe sanitaria; otras enfocadas en si mi decisión de ser periodista y antropólogo había sido definitiva o, por el contrario, si me arrepentía de ser lo que soy; pero, sin duda, una de las preguntas que más me provocó fue sobre las emociones más fuertes que he sentido en todo este tiempo.

De modo que, la exploración que mis propios interlocutores hicieron de mí estaba enfocada en varios aspectos de mi vida, que van de los profesionales, hasta los emocionales; por tanto, dentro de un encuentro etnográfico, no sólo el investigador fija un interés marcado por conocer la vida del otro, sino que son los otros los que también convierten en sujeto de exploración al investigador; hecho que fue muy evidente en muchas de las conversaciones que sostuve con la familia de Videlma y Darlis, quienes durante los almuerzos preguntaban mucho sobre mi vida familiar, mis gustos gastronómicos, mis intereses políticos, mis afinidades deportivas, incluso sobre mis aspectos sentimentales como el hecho de saber si tengo o no pareja.

Por último, el trabajo de campo nos ha entregado información importante respecto a las formas de representación e intereses propios de los interlocutores. Además, la cámara en campo ha permitido revalorar el derecho a enunciar que tienen los interlocutores dentro de una práctica etnográfica, de tal modo que me he dejado interpelar e interrogar por mis interlocutores para construir un saber que esté mediado por el extrañamiento mutuo entre comunidad y antropólogo.

## Capítulo 5. Del “buen” al “mal” vivir en los proyectos de reasentamiento

Una vez que se ha hecho un recorrido, desde la contextualización de nuestro objeto de estudio (el reasentamiento) y la precisión de nuestros sujetos de estudio (la comunidad reasentada o que habita en el reasentamiento), pasando por la presión teórica que sustenta este trabajo, hasta llegar al uso del dispositivo audiovisual y su influencia en el trabajo de campo; es pertinente aterrizar a profundidad en las dinámicas sociales que se han evidenciado a lo largo de la observación dentro del trabajo de campo y que, al fin de cuentas, evidencian las relaciones sociales que se han establecido en la comunidad luego de que el Estado y su programa de gestión social se retiraron por completo, no sin dejar asuntos pendientes: uno de ellos el de la legalidad de las viviendas; otro, el fortalecimiento de la cohesión social; y otro no menos importante, el de reflejar los sentidos de la participación, la solidaridad y la autogestión en las expresiones materiales de los usos y ocupación de la vivienda. De manera que, se puede evidenciar que hay un antes y un después de la presencia del programa de gestión social del Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.

De modo que, a lo largo de este capítulo, también aterrizaré en las tensiones no sólo por la organización y administración interna del reasentamiento, sino también por esas disputas de sentido que hay entre unos moradores y otros respecto a sus propias formas de vida, donde el sentido de convivencia entra en disputa entre dos imaginarios claramente contrapuestos.

A todo esto, también merece un análisis y descripción particular a las maneras de habitar diferenciadas entre unos moradores y otros, lo cual dará cuenta, por un lado, de la domesticación del espacio anclada al deseo de pertenencia y afecto a la vivienda y a la comunidad; y por otro, el del descuido como expresión de desatención social manifestado en una incipiente agencia sobre la tenencia de la vivienda, pero ligada a la escasez de recursos económicos de determinadas familias.

En todo caso, lo que se puede apreciar en las líneas que siguen son las maneras difusas de apropiación espacial versus las distintas representaciones que la comunidad tiene en función del imaginario que hay entre los habitantes de la ciudadela. Por lo tanto, a partir de ello se problematizará el concepto del “Buen Vivir”, que ha tenido un sitio especial, para nada despreciable en la constitución del reasentamiento y que, al final, terminó inscribiéndose en el

mismo nombre del reasentamiento: Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas. La comprensión de los sentidos sobre el “Buen Vivir” que tienen los propios moradores da cuenta, por una parte, de la desconexión material que existe entre el discurso gubernamental frente a las condiciones de habitabilidad de las viviendas; y por otra, de un sentido diferenciado del beneficio de haber obtenido una vivienda de interés social de parte del Estado.

### **5.1. El “Buen Vivir”: dignidad con los pies secos**

Cuando llegamos al sector de Brisas del Mar, en la desembocadura del Río Súa con el Pacífico, Johnny Portocarrero, uno de los 135 beneficiarios de las viviendas del MIDUVI, me hizo un recorrido por toda la zona donde habían estado las antiguas viviendas. Literalmente, las viviendas estaban sobre el río, eran casas de madera y caña, atadas unas a otras por caminos artesanales e improvisados de madera, que se divisaban o no según el caudal del río.

Ahora, evidentemente ya no hay esas casas, puesto que el MIDUVI cuando entregó las viviendas obligó a los beneficiarios que las destruyan para evitar nuevos asentamientos, incluso era uno de los compromisos de corresponsabilidad que se había establecido entre el Estado y la comunidad y que estaba establecido en el Código de Convivencia que se elaboró dentro de los talleres impartidos por la Gerencia de Gestión Social del MIDUVI. En su momento, Raúl Bone, primer presidente de la comunidad, indicó que:

Los del Ministerio de Vivienda nos dijeron claramente que tenemos que destruir las casas viejas para que nos entreguen las nuevas en el reasentamiento; primero porque el objetivo era mejorar las condiciones de vida, evitar afectaciones por las inundaciones, y ya no contaminar el río porque la mayoría son de Brisas del Mar y del sector Unión y Progreso, por donde pasa el río; y, segundo, porque ninguna familia puede tener otra vivienda aparte de la que entrega el MIDUVI; además, las viviendas son para que viva la gente y no para que estén abandonadas, sino qué chiste, que vengan cojan la vivienda nueva, la arrienden y se regresen a vivir donde estaban siempre, de eso tampoco se trata (Raúl Bone, entrevista de archivo, julio 2014).

Sin embargo, en el primer recorrido que hice en marzo del 2020, apenas se divisó un par de covachas que estaban en el sector, asentadas sobre el río (Foto 5.1). A decir de Jonnhy, eran construcciones nuevas, de no más de uno o dos años atrás. “Usted sabe, siempre hay unos que

insisten y vuelven a construir sus casas para no irse del río”, dijo como si la responsabilidad de la vivienda cayera de manera directa sobre las personas.

**Foto 5.1. Construcciones informales sobre el río Súa**



Foto del autor. 12 de marzo de 2020.

Por otra parte, las viviendas que todavía persisten en Brisas del Mar son aquellas que están dentro del límite terrestre, mas no las que estaban situadas sobre el río. De modo que las familias asentadas sobre tierra firme no entraron en el plan de vivienda diseñado por el Estado. Estas familias siguen batallando de vez en cuando con los oleajes del Océano Pacífico, por el un frente; y las crecidas del río Súa, por el lado posterior. La “ventaja”, si es que se puede llamar así, es que estas viviendas son de cemento y bloque y tienen cimientos, además están consideradas en el levantamiento catastral del Municipio de Atacames, con lo cual están provistas de legalidad.

Por tanto, el MIDUVI no tendría ninguna competencia, puesto que, legalmente, estas casas ya no son consideradas como asentamientos informales, aunque su vecindad con el río es bastante próxima y riesgosa, con lo cual podrían ser calificadas como viviendas asentadas en zona de riesgo, como se puede apreciar en la siguiente fotografía (Foto 5.2); sin embargo, ello ya

debería de las acciones de mitigación del riesgo que emprenda el Gobierno Autónomo Descentralizado de Atacames, como el encargado en controlar y regularizar su propio territorio; esto a pesar de que, según la propia Constitución (2008) y el Plan Nacional del Buen Vivir 2013-2017 (Senplades 2013), que han sido los cuerpos legales sobre los cuales se articuló la intervención del MIDUVI en Súa, establecen una complementariedad entre los diferentes niveles de gobierno para la gestión de los asentamientos humanos:

La Constitución, en su artículo 375, establece como obligación de todos los niveles de gobierno garantizar el hábitat y la vivienda dignos, con base en los principios del Sistema Nacional de Inclusión y Equidad Social: universalidad, igualdad, equidad, progresividad, interculturalidad, solidaridad y no discriminación (art. 340). Por hábitat se entiende al entorno integral y construido en el que la población se asienta y desarrolla sus actividades; por lo tanto, debe ser ambientalmente sano y brindar condiciones de seguridad para la población. Las condiciones del hábitat y la vivienda son determinantes de la calidad de vida de las personas (Senplades 2013).

**Foto 5.2. Viviendas que no entraron en el plan de reubicación**



Foto del autor. 03 de marzo de 2020.

Por lo tanto, la solución que se ha dado a esta problemática no ha sido enteramente satisfecha, por ninguno de los organismos responsables de garantizar el derecho a una hábitat seguro y saludable y a una vivienda digna y adecuada, tal como establece el artículo 30 de la Constitución.

No obstante, a pesar de estas materialidades (viviendas construidas artesanalmente, cercanas al río y al mar, sin alcantarillado, sin infraestructura complementaria adecuada como bordillos, aceras, calles; o viviendas de caña y madera que se asientan sobre el río) que se muestran en el hábitat de los moradores del reasentamiento, hay visiones a favor de la gestión estatal, y en concreto, de la labor emprendida por el MIDUVI. Es decir que existe una interpretación diferenciada y favorable respecto a la intervención del Estado con la implementación de la Ciudadela del Buen Vivir Alonso de Illescas.

Estas interpretaciones están dadas a partir de la subjetividad de cada habitante, pero también ancladas a sus condiciones sociales y económicas, las mismas que también determinan las formas de adaptación a la vivienda y su propia domesticación, es decir esas transformaciones materiales y adornadas que dan a sus propios espacios (dormitorios, cocina, baño, sala-comedor, entradas a las viviendas, fachadas).

Sin embargo, una de las interpretaciones más recurrentes entre los moradores que aludían a un cambio positivo o favorable respecto a su vivienda y localidad era la posibilidad de estar, en palabras de mi interlocutor, “bien seco los pies” puesto que las viviendas antiguas estaban construidas sobre las riveras, en medio del estero del río Súa. Los informantes entrevistados, especialmente quienes vivían en los barrios Brisas del Mar, Unión y Progreso, y Nuevo Porvenir, hacían referencia a las inundaciones y a la constante preocupación de amanecer con el agua sobre las rodillas. Por lo tanto, esta condición de vida, anclada en el riesgo de desastres ha constituido una justificación positiva que potencia la relación con el hábitat creado por el estado en el reasentamiento. Para reforzar lo dicho presento los siguientes testimonios que enlazan el buen vivir con la disminución y ausencia del riesgo de desastres, asociada con la sensación de tener los pies secos y como expresión de cierto progreso social.

Sí me sentí bien porque en el lugar que estaba no era un lugar apropiado. Era un lugar que estaba en central de riesgos y ya no se podía vivir. Y no había las comodidades necesarias. Acá de una forma u otra se vive más dignamente, con tranquilidad. Allá se estaba siempre a la expectativa del mar. Acá se vive más seguro. Una tranquilidad. La gente ya no tiene esa preocupación de que

muy pronto llegaba el mar y se podía llevar cualquier casa, cualquier sector. Y el golpe de las olas todos los días. Acá ya se duerme más tranquilo. [...] Las casas que estaban ya eran casas que tenían varios años, ya no estaban en condición para vivir. [...] [Imagino que si acá (sobre el río) tenían las viviendas, todas las aguas servidas caían en el río...] Sí, todo caía ahí. No había forma de convivencia, todo el aseo que se hacía caía al mar. No era posible, entonces ahora la gente está viviendo en un lugar más digno, aunque faltan algunas cositas, pero de todas maneras se está viviendo dignamente en el sector. [...]. Claro, siempre, siempre, se pasaba por los charcos, andaba por tarabitas, por tablas mojado las piernas a cada rato, ahora ya, ya se, se está dignamente, bien seco los pies (risas). En el tiempo aquí (Brisas del Mar), claro, eso era pura agua, había que ir a agarrar agua al río, porque no hay agua potable (Testimonio Jhonny Portocarrero, 12 de marzo de 2020).

**Foto 5.3. Jhonny Portocarrero en recorrido con cámara en Brisas del Mar**



Foto del autor. 12 de marzo de 2020.

Este testimonio se dio a medida que Jhonny y yo íbamos recorriendo los sitios de su viejo hábitat (Foto 5.3). Estuvimos parados en el punto exacto de su antigua vivienda, donde hoy sólo queda arena y una gran cantidad de palos y basura que trae y lleva el río. El sonido de las lanchas es constante, puesto que el pueblo vive de la pesca y el turismo, aunque esta última actividad se ha venido a menos desde los oleajes producidos en el 2018 que destruyeron el malecón; y la

pandemia de la Covid 19 a partir del 2020. De cualquier manera, Jhonny continúa con su actividad productiva que es el comercio del pescado. Posee una lancha, pero ya no sale a pescar por miedo a los piratas; por lo tanto, alquila la embarcación a otros pescadores, mientras él se encarga de vender el pescado a comerciantes de Santo Domingo y Quito.

Ahora bien, entre las palabras de Jhonny, se puede entender que hay un sentido de apropiación en relación con la vivienda del MIDUVI, puesto que esto le ha entregado, principalmente “dignidad”, que sería un valor transversal en el beneficio de la vivienda. Por tanto, el Buen Vivir para él está fundamentado en: 1) la disminución de riesgos de desastres; 2) la dignidad que, si bien está contemplada en la política pública y la Constitución, en él está materializada en un cuerpo seco y una vivienda construida en función de un urbanismo racionalizado y planificado estatalmente; 3) las posibilidades de relacionamiento social permitiendo que otras personas puedan visitarlo; 4) dignidad por poseer un mejor espacio para el aseo personal a partir de la sustitución de la letrina por el sanitario.

Este mismo sentido de “dignidad” como traducción del Buen Vivir habitacional está situado también en las prácticas cotidianas de Darlis Ponce y la forma de relacionarse con su familia (hijas e hijos, nueras, y nietos). Darlis tiene 83 años y fue otra de las beneficiarias del MIDUVI. Es oriunda de Limones (cantón Eloy Alfaro, al norte de Esmeraldas), pero por sus actividades comerciales decidió radicarse en Súa, junto a su esposo y sus hijos hace más de 30 años. Decía que el mar le daba de comer. “Llevaba las conchas en sacos para comercializar en Quito. Yo solita montaba mi carga y me iba, eran otros tiempos. Ahora ya no se puede vivir de eso” (Testimonio de Darlis Ponce, 11 de marzo de 2020).

Sus recuerdos de Brisas del Mar son mucho más románticos y cargados de nostalgia que la de otros moradores, pues le ligan a su esposo muerto y a la juventud de ella y sus hijos. Por lo tanto, mientras conversaba con ella, su discurso estaba atravesado por la remembranza de su propia fuerza y autonomía económica; sin embargo, esto no le hace desmerecer los favores que le ha entregado la vivienda pública.

En su vivienda, sus hijos y nietos entran y salen con libertad, ella generalmente está sentada en el sofá ubicado al ingreso de su vivienda, en el espacio común que sirve de cocina, sala y comedor. Desde ahí saluda, conversa y sonríe con sus familiares. Cuando quiere se levanta hasta a la

cocina para ayudar a pelar verdes, hacer el arroz o lavar los platos. Su casa, como muchas del reasentamiento, está con la puerta abierta (Foto 5.4), lo que da cuenta principalmente de tres circunstancias, una con un fin ambiental, otra con un fin social y la última con un fin espacial.

**Foto 5.4. Darlis Ponce y las puertas abiertas de las viviendas**



Fotograma del autor. 14 de octubre de 2020.

La primera está dada por las altas temperaturas que hay en la zona; generalmente oscilan entre los 20 y 29 grados con mucha humedad; además, las ventanas y el techo de zinc que posee la vivienda no permiten que haya mucha ventilación; al contrario, se concentran el calor y los olores, especialmente cuando se cocina.

La segunda circunstancia tiene que ver con el tipo de sociabilidad que se teje al interior de la comunidad; puesto que es usual ver a los habitantes sentados afuera de sus viviendas jugando cartas, conversando con los vecinos, principalmente con aquellos que están juntos o en la misma manzana, de modo que, las viviendas, al ser pequeñas y tan unidas unas de otras, ha provocado que los vecinos inmediatos se conviertan en familiares como es el caso de Darlis Ponce y Andrés Ibarra, que se conocieron en la ciudadela y ahora comparten como si fueran una sola familia, incluso las comidas del almuerzo y la merienda se han convertido en el centro de encuentro, si no cocinan en la casa de Andrés y su esposa Delia, lo hacen en la de Darlis. Es decir que, la

vivienda, al ser pequeña y extremadamente cercana a la siguiente, provoca que el espacio privado se extienda al espacio público hasta que, en un momento dado, la privacidad de una familia y otra se desdibuja y la convierte en una suerte de privacidad mutuamente compartida. En la imagen anterior está Darlis ayudando en la cocina, mientras la puerta de su vivienda y la del vecino están abiertas. El otro aspecto que motiva esta privacidad compartida es que los niños y niñas de la ciudadela conllevan muchas actividades juntos, de modo que en las viviendas entran y salen casi sin distinguir quienes son los dueños al punto de almorzar en una u otra casa; por tanto, esta práctica de relacionamiento se ha naturalizado entre varias familias de la comunidad. Los siguientes fotogramas (Foto.5.5) fueron parte de un mismo momento, por un lado, Darlis conversaba con su vecino, ella desde su sofá y el vecino sobre una silla de plástico que había colocado en el pasillo de dos metros que une a ambas viviendas; y del otro lado, los niños vecinos almorzaban en el comedor de Darlis.

#### **Foto 5.5. Fotogramas de una misma situación en casa de Darlis**



Fotogramas del autor. 06 de octubre de 2020.

Por último, la tercera razón que gira en torno a la puerta abierta es la espacial; esta atañe concretamente al espacio reducido que tienen las viviendas. En este sentido, los moradores desplazan sus prácticas y relaciones sociales constantemente entre estar dentro o fuera de la vivienda. Si hay mucha gente, las personas optan por salir, incluso los mismos moradores les motivan a los niños a que abandonen el espacio interior para que lo liberen: “¡Ay estos niños! ¡Vayan a jugar afuera, no estén estorbando el paso que aquí no hay dónde!” (Videlma Cortes, 14 de octubre de 2020).

Consecuentemente, este simbolismo que se halla detrás de la puerta puede atribuirse a una dualidad a favor y en contra del Buen Vivir, por un lado, evidencia que los lazos de afecto que se

tejen entre vecinos están presentes, por lo tanto, esto incide favorablemente en la convivencia armónica y recíproca entre vecinos. Sin embargo, la paradoja está en que esta misma cercanía y predisposición a mantener a puerta abierta y extender el espacio privado hacia el espacio común puede generar conflictos en otros vecinos que no sean compatibles entre sí. En todo caso, estas prácticas dan cuenta de que la dignidad del hábitat del Buen Vivir también radica en el fortalecimiento de las relaciones sociales que surgen del recibimiento a las visitas o vecinos.

Pues para mí, yo no la puedo describir en maldad porque, al menos por el sector en el que nosotros estamos, por aquí, por este sector, no se siente maldades de que vienen a hacerle problema a uno, que por aquí corren y vienen con los machetes, que la pelea viene acá no, esas cosas no. Eso sí de lo que ya estamos aquí casi 6 años, vamos a estar el 9 de abril, son 6 años que estamos viviendo 6 años y no hemos tenido problemas con nadie, gracias a dios. Porque eso le pido a Dios todos los días que no tengamos problemas aquí con nadie, y aquí nadie viene. No tengo muchas amistades digamos. Mi amistad más es ella (Delia, esposa de Andrés), porque son mi familia, el Andrés, entonces esa es mi amistad. Y mi hijo que vive por acá, los vecinitos que viven aquí al lado, y de ahí yo no comparto con nadie más (Testimonio de Darlis Ponce, 12 de marzo de 2020).

Por lo tanto, a manera de resumen el Buen Vivir para estas personas está instalado en la disminución de riesgo, la capacidad de sostener y alimentar las relaciones sociales, y el mejoramiento de las condiciones sanitarias puesto que las viviendas están dotadas de agua potable. Sin embargo, el alcantarillado es una deuda estatal dentro de este reasentamiento, si bien las descargas ya no se hacen en una letrina ni caen directamente al río, sí genera conflictos el sistema de biodigestores que se instaló en un principio. No obstante, en el caso de Darlis Ponce, o Andrés Ibarra, y otros moradores con mayores recursos económicos pudieron cambiar los biodigestores, por la construcción de pozos sépticos profundos para evitar la saturación de los mismos. Esta realidad se constata sobre todo en las dos primeras manzanas de la ciudadela, las que quedan entre las calles A y D. No obstante, la realidad es muy distinta en quienes no poseen recursos suficientes para mejorar su sistema de gestión de aguas residuales, lo cual lo abordaré en el siguiente acápite.

## **5.2. ¡Esto es el peor vivir!**

Esta ciudadela no es del “buen vivir”, porque estas casas las han hecho mal hechas. [...] Construyen unas casas con unos pozos que entran menos que esos tanques azules de unos 60 o 70 galones. Según dicen que es del “buen vivir”. ¡Pero no! ¡Esto es el peor vivir! Porque nosotros tenemos que estar cada dos o tres semanas pagando para que lo vengán a limpiar los pozos, esos pozos se llenan. ¿Y qué pasa con los que no tienen para pagar el hidroclean<sup>20</sup>? ¡No les limpian! [Sobre convivencia] Eso también es un relajo aquí, todos los días toman, hay pleitos, hay puñaleados. Acá llegan los policías después de los problemas, acá beben y no dejan dormir, mucha bulla, le suben a esos parlantes hasta amanecerse. Esto no es una ciudadela esto ya parece discoteca. No dejan dormir ni a los niños que al otro día tienen que estudiar. Si quieren tomar vayan a la playa de Atacames, pero no vengán a poner desorden en la ciudadela. Los problemas se dan porque a veces se pasan de alcohol, de drogas, por eso es que deben mandar unos buenos policías que hagan algo por la ciudadela. Hay mucho relajo, esperemos que no haya muertos porque ahí han de querer hacer algo (Testimonio de Edison Mandarina. 08 de octubre de 2020).

Edison Mandarina vive en la ciudadela desde hace cinco años, no es uno de los beneficiarios directos del MIDUVI. Según dijo, la vivienda es de su tía. Sin embargo, tampoco encontré su nombre en la lista de beneficiarios originales, que está incluida en el primer y único Plan de Acción Comunitario (PAC) que se hizo en la ciudadela cuando aún estaba presente el programa de Acompañamiento Social del MIDUVI. Como él, hay muchos moradores que viven en las viviendas del reasentamiento sin ser los beneficiarios originales, como es el caso de Ciriaco Mera, que vive en la casa de José Mancilla quien sí consta en el listado original y oficial de beneficiarios. Similar situación ocurre con Eliseo Palacios, quien ocupa la vivienda de Galo Santos cuando éste se va al mar a pescar. Sin embargo, que ellos no sean los beneficiarios originales no significa que no pertenezcan al reasentamiento, pues al final son ellos los que habitan y se apropian del lugar con sus propias agencias. De manera que, al sentirse adheridos a la ciudadela por la práctica del habitar, construyen su propia visión respecto al otro y el lugar que habitan. Es decir que la práctica del habitar les otorga la autoridad para cuestionar las falencias que encuentran en la estructura habitacional y en las representaciones sobre la convivencia.

Antes de conversar con Edison, los otros interlocutores, tenían una representación favorable sobre el Buen Vivir y el beneficio obtenido por la vivienda de interés social. Se hablaba del

---

<sup>20</sup> Hidroclean es una empresa de limpieza de pozos sépticos y biodigestores. Los moradores también hacen alusión al sistema, más que a la empresa que realiza este trabajo.

conflicto sin ahondar mucho en él o con alguna consideración peyorativa y escueta sobre los otros, los que “viven allá” (quienes viven en las manzanas del fondo de la ciudadela, luego del pasaje central). Fuera de eso, no acentuaron a profundidad en las fallas estructurales del proyecto habitacional y en los problemas concretos de la mala convivencia y las repercusiones sociales, ambientales y habitacionales que conllevan. Pero sí lo hicieron Edison y Ciriaco, quienes fueron mis guías hacia esa complejidad que algunos negaban y que yo mismo intuía que existía pero que no pude llegar en la primera visita de campo, que se cortó por la pandemia de la Covid 19.

De modo que, en mi regreso a campo, luego de que acabara el confinamiento, le encontré a Edison (Foto 5.6), quien amablemente me dijo “venga, sígame le muestro cómo vivimos acá para que grabe ahí y vea que aquí hay problemas”.

#### **Foto 5.6. Recorrido con Edison Mandarinina**



Fotograma del autor. 08 de octubre de 2020.

En el camino Edison usaba sus extremidades (superiores e inferiores) para acompañar su discurso. Era muy indicativo frente a cada parte sucia, viscosa, mal oliente o desordenada que él y yo íbamos encontrando en el camino. De modo que sus puntualizaciones se acomodaban según sucedían las cosas ante su mirada. Es decir, si en el camino encontrábamos alcantarillas taponadas de basura, él las mencionaba; si encontrábamos casas abandonadas, de igual manera

las enunciaba; por tanto, su discurso conectaba directamente con lo que su observación le entregaba paso a paso. A continuación, preciso literalmente, como lo he hecho con cada interlocutor, cada una de sus palabras, atendiendo a su propia sintaxis y enlace discursivo.

[Sobre casas abandonadas y selección de beneficiarios] Mire, le dan casa para qué, para tenerlas así botadas. Aquí las casas es para que vivan, no para que las dejen así botada. Por eso las hicieron, para personas que necesitan. Esa casa es de un *man* que la tiene ahí botada y tiene un carro y otra casa de dos pisos. Mire esta alcantarilla de aquí, no sirve nada, aquí toda el agua se regresa. ¿Si ve cómo está el agua? No han hecho un trabajo bien hecho. Todo sucio. Esto tiene que darse cuenta el que es el encargado de la ciudadela. [Sobre canaletas para aguas lluvia] Mire el agua acá, todo esto está empozado, ¿por qué? Porque esto es una loma, ellos tenían que hacerle esto es en bajada para que bote todo lo que es sucio. Esa agua que está ahí penetrada le hace mal a los niños porque esa es una cosa sucia. Los niños vienen aquí y se asoman, porque hay niños que se meten ahí a jugar. Esto que han hecho es malhecho. Toda la plata se llevaron y dejaron una ciudadela mal construida; y así dicen que esto es una ciudadela del ‘buen vivir’, esto es el peor vivir, porque las alcantarillas no valen, los pozos ‘insépticos’ se llenan, uno no puede bañarse arriba en el baño porque los tanques (biodigestores) se llenan, eso tenían que hacer alcantarillas de huecos grandes. ¡Aquí es mi casa! (Testimonio de Edison Mandarina. 08 de octubre de 2020).

### Foto 5.7. Ingreso a la vivienda de Edison y sus vecinos



Fotograma del autor. 08 de octubre de 2020.

Al llegar a la vivienda de Edison (Foto 5.7), como muchas de esta sección de la ciudadela (Manzanas: 7, 8, 9, 10, 11 y 12), se evidenció los problemas materiales del proyecto: 1) estructuras pequeñas en relación al número de integrantes; 2) biodigestores muy pequeños para soportar las descargas sanitarias de familias abultadas; 3) al no servir los biodigestores, los patios traseros de las viviendas se empozan y se convierten en peligrosos focos de infección y enfermedades; 4) el desorden de la familia vecina constituye en un problema para la otra familia por cuanto el espacio que separa una vivienda de la otra es casi nulo, y las gradas se comparte entre ambas familias; 5) el límite entre el orden de uno y el desorden del otro constituye la fuente de disputas entre vecinos; 6) la falta de alcantarillado y el limitado espacio ha derivado en que la gran mayoría de familias conviertan los ingresos de las viviendas en lavanderías de ropa y platos, para evitar que los biodigestores colapsen o se empoquen los patios traseros, por tanto el agua sucia del lavado se arroja a los pasajes y calles.

La misma situación se pudo constatar de la mano de Ciriaco Mera, cuando me condujo a una serie de viviendas que tenían serios conflictos socioambientales por la falta de alcantarillado (Foto 5.8).

**Foto 5.8. Pozos saturados en viviendas de la manzana 4**



Fotograma del autor. 03 de octubre de 2020.

No obstante, esta problemática también provoca tensión no solo dentro de la familia, sino también entre vecinos. Pues quienes tienen recursos para pagar la limpieza de los biodigestores (10 dólares semanales por cada limpieza), critican de “sucios” y “vagos” a los que no limpian, quienes generalmente están a expensas de las gestiones que pueda hacer la directiva del barrio con la empresa municipal de Atacames, puesto que no tienen los recursos económicos para pagar el *hidroclean* a las empresas privadas.

A continuación, citaré un fragmento de la conversación que se dio en torno a los pozos entre Ciriaco Mera y Gladys Castillo, quien sí es beneficiaria original del MIDUVI. En este fragmento se expresa la preocupación compartida entre los interlocutores (Foto 5.9) sobre los pozos sépticos. Ambos tienen la conciencia de que esto provoca incomodidad. Sin embargo, existen ligeras marcas discursivas que dan cuenta de la disputa por la definición de la responsabilidad de esta realidad.

Mire ahí, tiene mucho microbio, mire más allá, otro más. Son criaderos de mosquitos. Cada familia debería limpiar, pero no sé por qué no se preocupan, no puedo explicarle. No le digo, un olor feo. El de acá también, vea ese pozo rojo (Ciriaco Mera, 03 de octubre de 2020).

Ese pozo está lleno mire, que uno no puede ni comer. Mire ese de allá, y ese de allá que es de mi mami. [¿Quién tendría que limpiar esto?] Uno mismo le podría limpiar el sucio, pero el agua no pues, el agua que venga un tanquero de Esmeraldas y bote el agua, no nosotros, nosotros no podemos. El encargado de esto es el Municipio (de Atacames), pero ni siquiera vienen a limpiar. Pero iban a venir a limpiar, pero vea, ahí está todo sucio, nadie viene a lavar. Esta basura está así porque ahorita mi hermana no ha recogido porque ella vive ahorita aquí. El olor es fuerte aquí. Y eso es peligroso para la salud y uno que ya es tercera edad (Gladys Castillo, 03 de octubre de 2020).

Pero es que, disculpe señora, los llamados son cada cual que viven en su vivienda, por último, llamar al Municipio, tomarle la atención. Esto es atractivo a todos los moscos y toda epidemia que viene por el mosquito. No le digo que hay pozos que no se soportan por que huelen espantoso (Ciriaco Mera. 03 de octubre de 2020).

Como se aprecia en la imagen siguiente (Foto 5.9), todas las viviendas tienen en la parte trasera a los biodigestores o pozos sépticos. Por tanto, la pestilencia de un pozo no sólo es un problema

para la familia que tiene el pozo rebosado en su vivienda, sino también de la otra familia, puesto que el olor, los moscos y las bacterias están en todo el ambiente. Además, en algunos casos se constató que alrededor de los pozos hay una gran cantidad de cucarachas, larvas y moscos de diferentes tipos; lo cual agrava el riesgo de que los habitantes puedan contraer enfermedades infecciosas como dengue, chicunguya o zika, que son muy recurrentes en la costa, y en particular en lugares donde hay una alta concentración de aguas servidas.

**Foto 5.9. Ciriaco Mera (der) y Gladys Castillo y su familia (izq)**



Fotograma del autor. 03 de octubre de 2020.

Los habitantes están conscientes de los riesgos y efectos perjudiciales en la salud, incluso muchos de ellos han afirmado contraer permanentemente afecciones, alergias o irritaciones en la piel y problemas estomacales, como los síntomas más recurrentes por estar inmersos en las aguas residuales de sus viviendas. Nuevamente, el mayor riesgo se llevan los niños y niñas de la comunidad. Ya sea por descuido propio o de los padres y madres de familia, o por jugar en los alrededores de los pozos, los menores son vulnerables a caerse en los charcos, como ocurrió con el hijo de Yaritza Ortiz. Su hijo, de 9 años de edad, tiene una discapacidad intelectual del 85% y física de del 50%. Según su testimonio, Yaritza había salido a comprar en Atacames (a 15 minutos de Súa); sin embargo, no contó con que su hijo iba a caer en el centro del pozo séptico de su vivienda. Nadie tiene muy claro cómo sucedió, simplemente los vecinos de las casas

contiguas lo encontraron un poco asfixiado por el agua sucia que había tragado. “Lo tuvimos que llevar de urgencia al centro médico de Atacames porque el que hay en Súa a veces funciona y a veces no”, añadió. Finalmente, al niño le administraron sueros y antibióticos para la infección intestinal que desarrolló. Este hecho había transcurrido en el transcurso del 2020.

La mayoría de familias han hecho divisiones artesanales con palos y caña en los patios traseros, puesto que el reasentamiento no contempló este tipo de estructuras en la entrega del reasentamiento; es decir que cualquier ampliación o construcción adicional, por fuera de la casa palafítica, ya respondería a la autogestión del hábitat de cada familia. Esto evita que la basura de una familia se traslade al patio de la otra, mas no evita la pestilencia y los moscos que emergen de los pozos.

**Foto 5.10. Yaritza Ortiz en el patio trasero de su vivienda**



Foto del autor. 10 de octubre de 2020.

De acuerdo con Yaritza (Foto 5.10), el olor se siente aún en las noches cuando está descansando en su habitación. Por tanto, las estrategias que han encontrado como moradores es, primero hablar con el presidente de la ciudadela, Andrés Ibarra, para que gestione ante el Municipio de

Atacames para que no cueste la limpieza. Pero cuando Andrés no está, Yaritza indicó que forman una comitiva, generalmente las familias más interesadas, para pedir la bomba de limpieza. Cuando ninguna de las dos acciones resulta, simplemente se resignan hasta que alguien gestione la limpieza de los pozos.

Otro de los argumentos de los moradores para cuestionar el beneficio de la vivienda de interés social parte de la inundación que hubo en el reasentamiento en el 2016, poco antes del terremoto del 16 de abril. De modo que esta inundación contraviene la promesa inicial del proyecto habitacional: “asegurar un hábitat digno y seguro”. Las narraciones de varios moradores no precisan la fecha, puesto que la memoria de cada uno fija más la intensidad de la inundación que la época en que sucedió; sin embargo, de manera general dicen hace “cuatro o cinco años todo esto se inundó”. De acuerdo a los periódicos locales, la inundación de la ciudadela se dio el 27 de enero del 2016, debido a crecida del río Súa que, como ya vimos en apartado 1.2., está ubicado al sur de la ciudadela. A partir de este hecho, Nancy López dijo haberse arrepentido por aceptar la vivienda.

Nos sacan de mi barrio de toda la vida porque era zona de riesgo, y luego venimos acá y nos inundamos. ¿Por qué vinieron a construir el reasentamiento en este lugar si sabían que prácticamente estaba junto al río? Está prácticamente en zona de riesgo, deberían haberlo hecho en otro lugar, más para la parte de adentro, pero no lo hicieron. Por eso la gente se negó rotundamente a pagar un solo centavo [ del valor de 900 dólares del copago establecido para esta modalidad de vivienda] (Testimonio Nancy López, 09 de octubre de 2020).

Hubo una creciente que se inundó esta ciudadela, hasta aquí llegó el agua [señala hasta la mitad de la pared], toda la gente salió a pedir auxilio. Se hundió esto, el río creció alto hace unos cuatro años. Estaba afuera donde un hermano y venimos acá a ayudar a la gente, entraban las lanchas a motor acá, a salvar a la gente. Todo el cuerpo de auxilio de la provincia de Esmeraldas estuvo aquí. Hubieron personas que había que cogerlas con cabo, porque la correntada les halaba, es que el río es ahí no más (Testimonio de Ciriaco Mera, 03 de octubre de 2020).

Y cuando subió el agua que eso sí como un cuarto de escaleras, tuvimos esa inundación primero, y después vino el terremoto. Esa inundación que hubo, uy el agua llegó, pero tampoco subió hasta acá [al segundo piso]. Simplemente hasta un cuarto de escalón de las escaleras y ya de ahí...El

agua subió y miyo me mandó a traer, la lancha entró hasta aquí [...] (Testimonio de Darlis Ponce, 12 de marzo del 2020).

A pesar de ello, la gente ha seguido con su vida resignificando su entorno y sus propias prácticas de vida, aunque existe una apatía indiscutible en los moradores que tienen menos recursos económicos para enfrentar las falencias del proyecto del MIDUVI, frente aquellos que tienen mayores fuentes de ingresos y que, por tanto, han podido construir y ampliar sus viviendas, han conseguido encementar el patio trasero y tender paredes de bloque y cemento para dividir sus espacios, en lugar de incipientes palos y latas como se ha visto en los fotogramas anteriores; incluso, beneficiarios como Andrés Ibarra, Videlma Cortés, Darlis Ponce, Galo Santos, entre otros, han construido un sistema de pozo séptico más tecnificado que no se satura con las aguas servidas que a diario se excretan de las viviendas. Por tanto, el “peor vivir” constituye una representación adversa, sustentada y soportada en una base material del hábitat de estas familias, que refuta el proyecto político de la Revolución Urbana y el Derecho a la Ciudad, tan masticado en los documentos e instrumentos legales que giran en torno a la Constitución Política y el Plan Nacional de Desarrollo del Buen Vivir.

Por lo tanto, si la doctrina del Buen Vivir o *Sumak Kawsay* estaba orientada a la relación armónica y de cuidado entre los seres humanos y la naturaleza (Larrea 2017), en cumplimiento estricto al respeto por el otro y en diálogo con sus saberes, anclada a una filosofía bio-céntrica, donde la vida tenga relevancia más allá de las necesidades individuales del ser humano (Crespo 2017), y procurando una justicia social y espacial; en la práctica los conceptos y postulados de la política pública no aterrizan sino a través de profundas contradicciones donde se siguen ampliando las brechas de desigualdad; en este caso, en un mismo espacio tenemos dos visiones contrapuestas donde el Buen Vivir es un beneficio que se complementa con una mejor posición social y económica de los sujetos beneficiados; y, por otro lado, hay un “mal vivir” que se soporta en la imposibilidad de los sujetos de poder limpiar sus propias excreciones, sino es a expensas de lo que puedan hacer o no los círculos de poder que hay tanto dentro como fuera del reasentamiento.

### **5.3. ¿Entre el bien y mal convivir! Confrontaciones imaginarias**

Un aspecto importante dentro de una ciudadela es el de la convivencia. Por aquí circulan los afectos, pero también las miradas y los posicionamientos frente al otro. Es decir que de la relación con el otro también se ancla la identidad y la construcción de subjetividad. De manera que la coexistencia en un mismo entorno siempre nos remite a las formas de interacción y sociabilidad con los demás. La convivencia marca las maneras de reconocimiento y el encuentro con el otro, pero también, cuando emergen las disputas en relación a los objetos o los espacios, la convivencia puede arrojar a los sujetos a formas de desencuentro y desconocimiento, dando paso a nuevos “posicionamientos subjetivos” y “legitimidades sociales” (Bayon y Saravi 2019).

En este sentido la convivencia en la ciudadela Alonso de Illescas está marcada por varios factores que irrumpen en la idea utópica de una convivencia armónica sustentada en los principios del Buen Vivir. Por tanto, el convivir tiene una serie de matices que se articulan a las tensiones espacio-temporales, pero también simbólicas y económicas a las que se enfrentan las familias. Indudablemente, en este rompimiento o transformación variopinta de la convivencia hay un antes y un después de la presencia de la Gerencia Institucional de Acompañamiento (GIAS) Social del MIDUVI.

En función de los documentos oficiales, imágenes y testimonios de los moradores, y también en función de mi propia observación como anterior periodista del MIDUVI e investigador social, se puede asegurar que la presencia del modelo de gestión social situaba a las familias en un nivel de horizontalidad vinculado a valores sociales que normen o estructuren la convivencia. Prueba de ello es el único Plan de Acción Comunitaria (PAC) y el Código de Convivencia o Reglamento Interno de la Urbanización Alonso de Illescas, que, en su momento, buscaron asegurar un hábitat participativo, sustentable y autogestionario.

En el caso del PAC, existe una serie de objetivos y estrategias sociales, comunitarias, productivas, que servían de guía para mantener y sostener la organización interna con una planificación permanente que tome en cuenta los aspectos sociales y culturales (fiestas, encuentros deportivos, rifas de solidaridad), productivos (mingas, venta de productos hechos por los moradores para obtener fondos para invertir en la comunidad) y políticos (acciones antes organismos e instituciones públicas para mejorar y obtener servicios, como el alcantarillado,

jornadas de salud, capacitaciones, toma de decisiones para regular el funcionamiento interno de la ciudadela).

Respecto al Código de Convivencia, se trataba de un conjunto de 8 artículos agrupados en dos capítulos o secciones: 1) Seguridad (entrada de residentes, entrada de visitantes, empleadas y empleados domésticos, intervención y apoyo a autoridades de control); 2) Convivencia (contaminación ambiental por ruidos y perturbación de la tranquilidad, tenencia y cuidado de mascotas, de la basura y materiales de construcción y del cuidado de las instalaciones de la ciudadela).

**Foto 5.11. Fotografía de archivo difundida por el MIDUVI en el 2014**



Fotografía del autor.

Ahora bien, las fotografías (Foto 5.11. y Foto 5.12) de la ciudadela durante la presencia de la GIAS promulgadas institucionalmente, dan cuenta de una convivencia armónica soportada por el cumplimiento de estos dos instrumentos normativos internos, avalados por el MIDUVI. Los talleres de diagnóstico y fortalecimiento de capacidades que realizaba el ministerio preparaban el camino para la consecución de esa convivencia imaginaria que tuvo el gobierno de Rafael Correa,

y que, en algún grado, se reprodujo en el discurso gubernamental de Lenín Moreno por medio de la Secretaría Técnica del Plan Toda Una Vida.

### Foto 5.12. Talleres de socialización y aprobación de Reglamento Interno



Fuente: Imagen escaneada del PAC. Julio 2014.

Las imágenes anteriores coinciden con la memoria intersubjetiva de la comunidad que todavía recuerda la presencia de la institución por medio de sus talleres de acompañamiento social. En general, cuando les preguntaba por la gestión social, si lo recuerdan y qué les decían; la mayoría de los interlocutores coincide en que la presencia era con charlas, juegos y mingas. “Nos decían cómo debemos cuidar la vivienda, cómo debemos llevarnos entre vecinos, el respeto que debe haber y el cuidado a la ciudadela que tenemos que hacer” (Videlma Cortes, 03 de marzo de 2020). Del mismo modo, Andrés Ibarra, como el tercer presidente de la comunidad, también recuerda la influencia de la GIAS para la convivencia.

Bueno pues las enseñanzas sí, bastantes, se trataba de dar charlas, talleres, todo para el Buen Vivir, porque ese era el objetivo, que todos llegáramos a vivir bien, tener una buena vida en comunidad, en comunión. Y pues, de los personajes, poco, poco recuerdo ya quiénes son los que

estaban. Pero, para las cosas que aprendimos es difícil olvidarse. Aquí se dio bastantes talleres de limpieza, de convivencia, incluso recuerdo que en uno de los talleres decían del control de ácaros, del lavado de sábanas, la limpieza de la casa, las ventanas, de todo. Entonces, yo creo que todos estos talleres hoy en día hacen falta, debería seguir este proyecto, porque una vez que ya no está ese acompañamiento, cada quien vive como pueda, la gente se desordena. Y siempre, siempre, para todo debe haber un reglamento, porque si no hay actas, leyes, la gente se desordena sea el barrio que sea, debe haber leyes, debe haber multas, sino hay la gente se desordena totalmente, viven como quiera, porque al inicio –y esto es prueba- de que al inicio funcionó de esa manera. Como había reglamentos si no lo cumplían, pues pasaba lo de acá; y ahora que ya no está eso he aquí, ahí están los resultados. La ciudadela habla sola de todo lo que está pasando ahora que ya no está el acompañamiento social (Testimonio de Andrés Ibarra, 05 de marzo de 2020).

Así como Andrés, el resto de interlocutores a los que entrevisté coincidieron en que la situación de la ciudadela no es la mejor, y ésta se refleja en el aspecto físico y desgastado que tiene cada rincón. De igual forma coinciden en que el manejo de la ciudadela era más cuidadoso y responsable cuando estaban los gestores sociales del MIDUVI. De modo que muchos atribuyen los problemas de convivencia al olvido del MIDUVI.

Aquí nos dejaron solos, y jamás los hemos vuelto a ver, aquí cada quién hace lo que la gana con las viviendas. Se les ha dicho que no la pueden arrendar o vender, pero ni caso hacen, hay gente que tiene dos viviendas y las tienen arrendadas, otros que las tienen abandonadas. Así mismo hay otros que no les importa que los niños estén descansando, sacan no más sus parlantes y le suben todo, como si nosotros no tuviéramos derecho también a escuchar nuestra música (Testimonio de Yarizta Ortiz, 10 de octubre de 2020).

Los mismos problemas entorno a la convivencia han derivado en el descuido generalizado de la comunidad hacia los espacios verdes y áreas comunales. Ya nadie participa de las mingas de limpieza, por el contrario, hay moradores que tiran los desperdicios en las calles, en las veredas, o los dejan entre los arbustos o los botan en las zanjas y alcantarillas de aguas lluvia que van al río. Por tanto, el sentido de pertenencia está desconectado de la práctica social del descuido y olvido del espacio público.

Esto es un canal que hicieron para que despida el agua. ¡Pero mire qué hacen! Toda la ciudadanía tapa, está puerco, sucio. Hay muchos parásitos aquí, que es el mosquito. [¿Por qué no se

organizan para limpiar?] El problema pasa que, si uno desea, hay tres-cuatro que dicen “no, déjelo ahí que cada cual haga de lo suyo lo que pueda”. No debe ser así. Todo esto da hasta allá, hasta que da la vuelta el desagüe (Testimonio de Ciriaco Mera, 03 de octubre de 2020).

En este sentido, en la comunidad se ha instalado una suerte de rechazo a las acciones y formas de vida al otro. Se cuestiona abiertamente al que hace ruido, al que bebe alcohol, al que consume droga, al que no limpia la vivienda, al que no le interesa las actividades comunitarias. Se coloca un estigma en el otro aún sin saber con precisión quién es ese otro de carne y hueso que lleva la huella de la destrucción de la convivencia y la pulcritud del espacio. De modo que, en el reasentamiento, al no existir un proceso efectivo de cohesión social que favorezca la convivencia, en los términos del “Buen Vivir”, en armonía (Crespo 2017; Larrea 2017; Storini, s. f.; Altmann 2016; Fernández, Pardo, y Salamanca 2014), emergen formas imaginarias de representación del otro. Es decir que estos imaginarios forman parte de una trama interna y compleja de significación que, como señala Alfredo Santillán (2019, 108), “no es una construcción simplemente momentánea, caprichosa, aleatoria, o aislada”, sino que es permanente y, además, está difuminada entre todos los sujetos en las distintas manzanas de la ciudadela.

Esto no significa que no haya alguien que haga bulla, o que ensucie la ciudadela o sea indiferente con las actividades comunitarias y solidarias que se plantean, simplemente desde el discurso de cada morador, el otro es el problema. En el tiempo que estuve en el trabajo de campo, en cada manzana que recorrí había al menos un altoparlante que sonaba. La basura estaba atorada en la práctica totalidad de las zanjas. Las calles y pasajes estaban llenas de “riachuelos” de agua con jabón y detergente que se escurría de los lavados de ropa; así mismo las ollas, los platos, los tanques reservorios, cajones, juguetes de niños, herramientas, estaban regados por las entradas de las viviendas y en los bordes de las veredas. Sin embargo, el otro no tenía un nombre, de modo que se teje una suerte de acusación generalizada contra el otro.

Ahora bien, otro de los problemas, de esta red imparable de imaginarios acusatorios frente al otro, es lo que Andrés Ibarra llama la “autodefinición” de clases al interior de la comunidad, y que determina una visión peyorativa e irreconciliable con el otro, con una consecuencia negativa en la consolidación común de un “convivir bueno”. De modo que, como lo anuncié brevemente en los capítulos anteriores, en la ciudadela se establecido una frontera imaginaria a partir de pasaje 3. Los que están hacia el norte del pasaje y la entrada del reasentamiento (manzanas 1, 2, 3 y 4) son

vistos por los de la mitad del sur (manzanas 5 a la 12) como los de la “alta” o “los pelucones”; mientras que los que están hacia el sur del Pasaje 3, son vistos como “los polillas” por los de la primera mitad, pero a sí mismos se miran como los de la “baja” respecto a los de las primeras manzanas.

Los “polillas” es una categoría usada por los habitantes de Súa, que está asociada a las personas que se piensa que delinquen, consumen o venden droga, consumen alcohol y no trabajan honradamente. Además, “los polillas” son vistos como “malas influencias” para los niños y niñas del otro sector. Luego de la entrevista que tuve con Yaritza, al salir de su casa, al fondo del pasaje 4, en la calle E, hubo tres personas, a las que Yaritza las llamó: “polillas”.

No se vaya para allá con la cámara, esos polillas vienen siempre por acá a drogarse o hacer porquerías, incluso usan la ciudadela para esconderse porque es fácil meterse por los matorrales del fondo o para esconder la droga, aquí no hay nadie quien controle, por eso vienen a fumarse, a esconderse, o a estar haciendo cualquier cosa por allá atrás. Todos sabemos eso, por lo mismo no voy hacia ese lado de la ciudadela (Yaritza Ortiz, 10 de octubre de 2020).

Por lo tanto, hay una estigmatización social y espacial, puesto que se asocia una marca simbólica a los sujetos en función de los espacios que ocupan. De modo que, por esta marca social, se resta desde los otros la capacidad de convivencia armónica y responsable. No obstante, tanto los moradores del bloque norte, como los del bloque sur, atribuyen la mayor cantidad de problemas de convivencia a los moradores del sur. Ahora, cuando los del sur colocan el imaginario de “los pelucones”, existe una apropiación de este término que había sido posicionado por Rafael Correa cuando era presidente, para descalificar y deslegitimar a las élites financieras del país. Tampoco es casual que la directiva del barrio, en este momento, esté ubicada en la manzana 1, donde está la vivienda de Andrés. Por lo tanto, entra en juego una pugna de deslegitimación interna entre las manzanas del norte y las manzanas del sur, pero también una deslegitimación y desacreditación entre los integrantes de la directiva de la ciudadela frente al resto de la comunidad.

El único problema que se ha dado es cuando se ha tratado de combatir la delincuencia, el consumo descontrolado de droga, ahí ha habido problemas. Pero eso es en la parte del fondo. Aquí, como le contaba la vez pasada, está la auto denominación, ellos mismos se han autodenominado la clase alta, la clase media y las favelas, o sea la clase baja, donde hay uso descontrolado del consumo droga, donde hay consumo de alcohol, donde hay fiestas, parrandas,

donde hay de todo, peleas, polillas que roban. Entonces ese es el lugar. Bueno quizás a algún desconocido intenten asaltarlo quizás porque dos veces pasó, pero a tiempo lo frenamos (Testimonio de Andrés Ibarra, 11 de marzo de 2020).

La cuestión de los robos y hurtos es otra de las denuncias y quejas constantes que tienen los moradores en todos los sectores del reasentamiento. La mayoría de actos ilícitos son por hurto, que se dan por descuido de las pertenencias. Por tanto, la ausencia de honestidad en la ciudadela aparece constantemente en los discursos de los interlocutores que abona a ese imaginario de irrespeto sobre el otro.

**Foto 5.13. Nancy López lavando ropa en la entrada de su vivienda**



Fotograma del autor. 08 de octubre de 2020.

El siguiente relato de Nancy López (Foto 5.13) engloba los aspectos más relevantes que condenan la convivencia a una suerte de desdén en la relación que se da entre vecinos y que, por tanto, crea un sentimiento de aberración al espacio, en tanto representación de las relaciones sociales que sobre él se puedan tejer.

En la cuestión de la convivencia, le soy honesta, es pésimo, pésimo, pésimo el lugar. Porque cuando yo vivía en mi terrenito, solamente era mi casita y yo vivía feliz de la vida. No tenía ninguna clase de relación con ninguna de las personas. Cada quien estaba lejos en su casa, yo

vivía con mis hijos. Pero le juro que aquí he tratado de llevarme de la mejor forma con las personas. Yo no soy una persona que se queda con las manos cruzadas, pero tampoco puedo dejarme intimidar de otra persona que quiera venirme a contratacar. No se puede dejar abajo algo de valor, porque hasta un tanque de agua que uno tiene se me robaron. Se me robaron una cubeta grande donde yo tenía un tinón para llenar agua. Oiga, es tan inconsciente la gente que no están viendo la otra necesidad de la otra persona. Los niños aquí es un caos, es un caos, porque la parte de abajo no está construida y los niños llegan y comienzan a tirar piedras se meten con uno mismo y son groseros. Yo he tenido unos inconvenientes porque tengo mis nietas que son pequeñas y les pegan, pelean, o sea, no sé realmente las relaciones humanas que a los niños les pueden enseñar y aplicar de cómo pueden vivir. He tenido inconvenientes. Hasta ahorita no puedo tener un descanso para acostarme a relajarme a medio día, ¡no! Esto parece un batallón de vacas que pasan por debajo de las casas, y tiran y botan, y todo lo que encuentran destruyen. Tenía una cómoda abajo, todito le destruyeron. A una lavadora le desbarataron los botones. Las personas que han podido construir en la parte baja de las viviendas tienen un poco de alivio. Aquí cada quien tiene que hacer su esfuerzo para ver cómo vivir mejor, porque si no ¿a quién nos quejamos? ¿Quién nos da apoyo? ¿A quién le decimos? Aquí nadie respeta a nadie (Testimonio de Nancy López, 08 de octubre de 2020).

No obstante, esto tampoco anula los micro-escenarios de convivencia armónica que se han podido establecer en grupos más reducidos de vecinos. Muestra de ello es precisamente la relación de Darlis Ponce con Andrés Ibarra (ver apartado 4.1), que, como se ha visto se trata de una relación que tiene valores propios de la familiaridad, atendiendo al cuidado mutuo, la amistad, la solidaridad, la reciprocidad, la comida, las fiestas familiares, y el respaldo principalmente a la gestión de Andrés como presidente.

También hay una convivencia equilibrada, sin rencillas, entre los pescadores, puesto que las relaciones también se dan por afinidad de intereses entre los sujetos. En este caso, el tejido de redes para la pesca marca el espíritu de la convivencia entre los pescadores. Se trata de una relación masculina sin injerencia de ninguna mujer, no porque sea prohibido, simplemente porque habitan una práctica productiva dominada por hombres.

Por lo tanto, entre ellos se construye una experiencia compartida, principalmente, j por las anécdotas y vivencias en el mar. Así, por ejemplo, Manuel Vera, Eliseo Palacios y Galo Santos, como otros pescadores que viven en el reasentamiento, tienen una convivencia que se vincula a

los quehaceres de la pesca. La mayor parte del tiempo la invierten en esta actividad. En la mañana tejen las redes, y en la tarde, a partir de las 18h00 salen al mar para pescar toda la noche. Otras veces, según el tipo de pescado, salen a las 02h00 o 03h00 desde la ciudadela para ir a pescar.

**Foto 5.14. Manuel Vera, Eliseo Palacios y Galo Santos, pescadores de Súa**



Foto del autor. 03 de octubre de 2020.

Ellos no expresan muchos reparos a las viviendas ni a la ciudadela, puesto que su concentración está dirigida a la pesca. La mayor parte del tiempo reflexionan en torno al tipo de pescado que tienen que coger, mientras su única preocupación es naufragar y ser asaltados en altamar por los piratas de motores. Por lo tanto, no concentran su atención a los asuntos de la ciudadela, porque su labor es de vida o muerte. Eliseo, por ejemplo, es sobreviviente de un naufragio.

Este trabajo es así: Perder o ganar. Es como si siembra papas, o cebolla en una cementera en Quito. Usted siembra y póngase que se le mete los bichos o los gusanos por la tierra, a perder o a ganar. En veces las cosas no son como son. Ese es el problema del pescador, si no es el motor, son las mallas que se le pierden o las mallas que se quedan trabadas en la peña y pierde la malla

con todo. No es que uno no quiera pagar en veces que uno saca un préstamo, sino que hay fracasos también. Uno anda por conseguir la madre de dios, pero a veces le va mal pues. Uno va porque le gusta eso, es el trabajo. Le gusta a uno. En veces se le daña el motor, a mí sí se me ha dañado el motor, la transmisión. Veníamos con 5 picudos. Era una pesca como de 3 millones de sucres, en ese tiempo era el sucre. Y ya pues, nos quedamos botados afuera y ahí nadie nos salva, solamente dios: agua y cielo. Se ve allá afuera, agua y cielo. Y fuimos a dar a Colombia a los 14 días. A los 15 días estuvimos ya favorecidos en un pueblito que se llama Cabo el Manglar, en Colombia. Y un señor nos favoreció, nos dio ropa, jabón, colonia, nos dio para que nos bañemos. Estábamos hediondos, ya apestosos, estábamos como casi muertos. Sobrevivimos comiendo pescado. Incluso cayó un piquero, un pato, un pato, y ahí un piquero, y lo matamos, y ahí una noche cayó, y ¡pec! Cójalo que eso es comida. Entonces lo desplumamos, lo sequemos en la proa, y comimos así. Un amigo mío estaba cagando sangre ya, porque lo crudo pues, lo crudo le deshidrata el estómago. Cuando ya llegamos allá, nos dieron comida, pero no nos dieron comida de golpe, sino comida poquito (Testimonio de Eliseo Palacios, 03 de octubre de 2020).

De modo que estar con los pescadores implica conocer sus historias en el mar, la suerte que corren en medio de la nada. Cuando retornan lo primero que hacen es comer y luego dormir para volver una y otra vez a la rutina de pesca. La mayoría de las casas de los pescadores, a diferencia de las otras, pasan generalmente vacías, con espacios libres para guardar las mallas para la pesca. En el caso de los tres pescadores, no tienen esposa, están separados, según dicen, “a las mujeres no aguantan mucho nuestro ritmo de vida y el miedo de que cada noche sea la última que nos vean, sobre todo ahora que abundan los piratas y no hay ningún control en el mar (Galo Santos, 03 de octubre de 2020).

Finalmente, quienes no se enfrentan al conflicto imaginario de la relación con el otro, o no parece fundamental contemplarlo en sus prácticas cotidianas, son los niños y niñas, quienes se juntan en cualquier espacio para jugar. Y aunque la exigencia de los padres o madres de familia sea la de construir un parque o una cancha de fútbol digna, los niños se acomodan rápidamente al espacio, por tanto, cualquier lugar es habitable o practicado con sus actividades lúdicas y deportivas. Por tanto, la sociabilidad es mucho mejor aprovechada por los niños del sector que por los mismos adultos.

#### 5.4. Domesticación del espacio: la apropiación de la vivienda

La domesticación del espacio, es decir, el habitar como una relación de afecto hacia el entorno, se contempla en cada práctica que tienen los habitantes con la vivienda. Las adecuaciones, las formas de adornar, y los objetos que colocan en las viviendas dan cuenta de la adherencia que tienen los sujetos a los espacios. Ya han pasado 6 años desde la entrega de las viviendas, por tanto, éstas, así como sus dueños, se han transformado, algunas mejor cuidadas que otras, pero de cierta manera cada una lleva un sello distintivo que está atado a los valores sociales y estéticos de cada ocupante.

#### Foto 5.15. Darlis Ponce recorre su vivienda con los objetos del pasado



Foto del autor. 12 de octubre de 2020.

Darlis, por ejemplo, tiene colgado en su habitación su retrato dibujado de cuando ella tenía 27 años, así como algunas fotografías. “Esta me la hicieron cuando era flaquita, flaquita. Era por los años 60. Estaba en el malecón de San Lorenzo. No recuerdo qué iba a hacer, pero me tomaron una foto y de esa foto le hicieron este retrato” (Darlis Ponce, 12 de octubre de 2020).

Así, cada objeto o mobiliario tiene su historia, pero también su función. Por tanto, cada uno de los habitantes, ha ido modificando el espacio, algunos han pintado sus viviendas, de acuerdo al

color que han querido. Otros han reservado un espacio propicio para colocar sus imágenes divinas, entregando un sitio especial para la conexión espiritual, como es el caso de Alexandra Saltos, devota de la virgen María. Según narra, siempre se reserva un tiempo del día para rezar y orar por el bienestar y seguridad de su esposo pescador. Ambos han transformado su vivienda, han construido un cerramiento de hormigón y metal, han readechado los espacios de su vivienda y las paredes interiores las han tapizado, lo que da cuenta de una lectura propia sobre su vivienda. Su casa ya no se parece a la que entregó el MIDUVI, incluso la fachada luce distinta y el segundo piso sólo tiene dormitorios y el espacio que era de la cocina lo han vuelto una pequeña sala de estar, y ahora la cocina la han instalado en el primer piso.

**Foto 5.16. Alexandra Saltos en su vivienda**



Foto del autor. 08 de octubre de 2020.

Si queremos sentirnos bien hay que hacer los cambios que sean necesarios, no podíamos quedarnos todo el tiempo con el estilo de la casa del MIDUVI, además porque como está ahora, sentimos que la vivienda es verdaderamente nuestra (Testimonio de Alexandra Saltos, 08 de octubre de 2020).

Por lo tanto, los moradores que han conseguido modificar las viviendas han sido encontrado varios motivos para hacerlo: 1) la apropiación de la vivienda; 2) falta de identificación con la

vivienda pública; 3) comodidad y necesidad por aprovechar los espacios vacíos de la primera planta; 4) sentimientos de superación y desarrollo; 4) aficiones y actividades profesionales.

Videlda Cortés señalaba que el cariño es esencial para cuidar la vivienda. De modo que la relación que se establece con los espacios también está mediada por los afectos o emociones, sea de cariño, nostalgia, o esperanza. “Estas casas nos dieron para que vivamos y para que las cuidemos, porque si no las vamos a ocupar y a cuidar, entonces denle a otra persona que sí necesite” (Videlda Cortés, 11 de marzo de 2020).

Por lo tanto, el afecto a la vivienda también otorga un grado de legitimidad frente al otro. Es decir que la autoridad para hablar por la vivienda, el reasentamiento y la convivencia, está articulada por el cariño que los sujetos imprimen en el espacio. Por ende, hay una relación directa entre estos dos elementos: cariño y cuidado, que se materializa en el aspecto y las transformaciones que tienen las viviendas (Imagen 43). Además, el cariño se constituye en un factor determinante para la ocupación de la vivienda. Lo que, por el contrario, la ausencia de cariño está ligada al abandono y desatención de los espacios.

#### **Foto 5.17. Vivienda de Tatiana Angulo**



Foto del autor. 05 de octubre de 2020.

Consecuentemente, existen dos tipos de emociones que marcan la relación con el entorno: el uno es por afecto y el otro por rechazo. Ambos valores emocionales repercuten directamente en la práctica social del espacio.

Por lo tanto, al concluir este capítulo, podemos dar cuenta que la relación sujeto-espacio, está atravesada por una serie de aspectos sociales, políticos, económicos, temporales, institucionales, arquitectónicos, funcionales y afectivos que condicionan el sentido de pertenencia a la vivienda de interés social o, por el contrario, el rechazo constante a la vivienda. Sin embargo, es necesario contemplar que, a parte del sentimiento y la domesticación del espacio, cuenta mucho la participación del estado para el fortalecimiento de capacidades respecto al cuidado y uso de la vivienda. Además, la transformación social, en términos de Buen Vivir, no es visible sin un compromiso de largo alcance por parte del Estado, para sostener los procesos de intervención social; y por parte de los habitantes para asumir compromisos de corresponsabilidad, cuidado e intervención constante sobre los espacios ocupados.

Finalmente, una ciudadela del “buen vivir” no se consigue con facilidad cuando internamente se potencian las desigualdades sociales. Por lo tanto, no basta con entregar una vivienda, sino se ha asegurado plenamente un entorno social armónico y sustentable, con una gestión social que asesore, acompañe, guíe y entregue herramientas culturalmente aceptadas para que las comunidades de vivienda se conviertan efectivamente en participativas, solidarias y autogestionarias de su propio hábitat, más allá del discurso institucional, sino que estos enunciado guarden profunda relación con las prácticas materiales sobre la gestión que se haga de los propios espacios.

## Conclusiones

Una vez que he llegado al cierre de esta investigación, que ha estado caracterizada por el trabajo de campo y la mediación de la cámara, como una forma de aproximación al encuentro con el otro para entender un aspecto particular de la realidad social: las formas de vida de las comunidades reasentadas en terrenos urbanizados por el Estado y la ausencia de la gestión social; urge precisar los siguientes resultados o conclusiones sobre los que aterriza este estudio.

En primer lugar, partimos de la hipótesis de considerar que los procesos de acompañamiento social no son sostenibles por el corto plazo de intervención con las familias reasentadas. De modo que, tras abordar con las familias diferentes conflictos de orden social, ambiental, político, económico y habitacional, se puede concluir que, efectivamente, la gestión social resultó eficaz a corto plazo, pero improductiva por el poco tiempo que estuvieron presentes en la comunidad. Además, la comunidad todavía sigue reclamando la presencia del Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda para dar solución tanto a los problemas de habitabilidad como a los problemas de convivencia. Lo cual me lleva a considerar que un proceso de intervención social de un año después de la entrega de las viviendas es muy corto para mejorar, potenciar y fortalecer las capacidades de familias de escasos recursos económicos, que, toda su vida, han habitado bajo las reglas de la informalidad en zonas de riesgo o áreas no mitigables. Por lo tanto, incorporar a las familias provenientes de distintos sectores a un solo espacio estructurado desde la lógica de un urbanismo racional tecnocrático y occidental, resulta violento puesto que no se termina de cubrir todas las necesidades básicas de las familias, además de que uno de esos aspectos trascendentales ha sido la falta de alcantarillado. Por tanto, sí hay una corresponsabilidad del Estado tanto en asegurar la presencia de un acompañamiento social sostenido, como en el mantenimiento de los biodigestores como respuesta a los problemas estructurales de alcantarillado de la provincia, más aún si sus habitantes no tienen la titularidad de las viviendas. Una buena gestión del reasentamiento pasaría por un programa social que tuviera en cuenta tanto los factores de organización comunal como los derivados de la infraestructura.

Consecuentemente, la segunda conclusión a la que podemos llegar es que, el acompañamiento social, por más metódico y didáctico que haya sido, resultó infructuoso, no por el compromiso de los gestores sociales o la falta de compromiso de sus habitantes, sino por las deficiencias estructurales en la construcción de las viviendas y el final abrupto del programa social. Además, la intervención social, por más eficiente que haya sido, no puede tapar todas las falencias a nivel arquitectónico y urbanístico; primero, porque el MIDUVI construyó un reasentamiento para 135 familias sin alcantarillado, con espacios reducidos donde dos o tres personas deben dormir por habitación, sin áreas de recreación y juegos infantiles, con espacios muy reducidos entre una vivienda y otra; segundo porque cada familia tiene formas de relacionamiento distintas con el espacio y con los otros. De ello se deriva que en los planes de reasentamiento es necesario planificar también equipamientos comunitarios y espacio públicos para fortalecer o mejorar la socialización.

En el reasentamiento de Súa, las relaciones con el espacio han ido mutando en función de las posibilidades económicas de las familias, las tensiones con los vecinos y las emociones de afecto o rechazo a la comunidad y a la vivienda. El imaginario compartido del “Buen vivir”, compartido por la comunidad y el Estado en el momento de inauguración de la ciudadela (2014); se diversifica hacia idea de progreso y dignidad, y “muta” hacia un “mal vivir” que se expresa ante las dificultades de la infraestructura. Sin embargo, el sentido de pertenencia a la Ciudadela se reactiva por el aniversario, la fiesta de fundación, de modo que el “buen vivir” se mantiene como horizonte de esperanza.

Las familias todavía tienen recuerdo de la experiencia del acompañamiento social, sin embargo, toda la enseñanza que se pudieron dar en este proceso social, hoy se sintetiza en dos grandes tópicos: mingas para asear la ciudadela, la convivencia respetuosa entre vecinos, y el cuidado de la vivienda; no obstante, ninguno de estos aspectos se pone en práctica de forma comunal. Además, se dejó de lado todo tipo de formación que tenga que ver con género, derechos ciudadanos, normas de convivencia, buen uso de la vivienda, y mucho menos políticas públicas del MIDUVI. Por ende, las familias de los reasentamientos dejan de replicar las estrategias de fortalecimiento comunitario y pasan a dinámicas sociales que exclusión y conflicto dentro de la convivencia.

Por otro lado, el paradigma del Buen Vivir está completamente desarticulado de las formas de vida creadas por el modelo de desarrollo urbano gubernamental. La noción del “buen vivir” entre los moradores se asocia, por un lado, a una mejora en las condiciones de vida (“vivir con los pies secos”) vinculada a una idea de dignidad humana y de progreso social; por otro, a la convivencia vecinal (llevarse bien con los vecinos) y finalmente, a la vivienda y el barrio como espacio de habitar “ordenado”. Por tanto, los moradores de estos proyectos de vivienda de interés social contestan o responden a la precarización del urbanismo tecnocrático con sus denuncias e inconformidades con el tipo de vivienda otorgada, pero también el descuido constituye una forma de rechazo a la forma de convivencia con el otro y a la imposición de una vivienda palafítica que, en lugar de evitar la construcción informal vertical, la fomentó, además de derivar en conflictos sociales puesto que algunas personas usaban las plantas bajas para usos “desordenados”, además de la facilidad en causar destrozos y hurtos. Consecuentemente, los moradores juegan con el lema del “Buen Vivir” con el de “Mal Vivir” o el “Peor Vivir”, como hemos destacado a partir de nuestras conversaciones con los interlocutores. Estas son apenas el resultado de una transformación social consolidada a partir del fracasado modelo arquitectónico destinado a “mejorar” las condiciones de vida de las familias en condiciones de vulnerabilidad y de la ausencia de una intervención social comunitaria prolongada.

Por otra parte, El MIDUVI sigue sin otorgar la legalidad de los predios a los beneficiarios. Lo cual, para la institución se convertirá en un problema mayor luego de que se evidencia que en al menos 15 viviendas no viven los beneficiarios originales, sino que, en su lugar, hay ocupantes que nunca constaron en los registros oficiales de la institución. Por tanto, la regularización de estas 135 viviendas y familias sigue siendo una tarea pendiente, lo cual puede ser interpretado como otra forma de violencia institucional, al no entregarse los títulos de propiedad. De este modo, el valor de cambio de la vivienda sigue atado a una lógica informal de intercambio y comercio; puesto que las familias, jurídicamente, no poseen escrituras para comercializar la vivienda o incluirla dentro de un patrimonio que goce de legitimidad estatal, so pena de que el tiempo y las prácticas de habitar (valor de uso) otorguen un sentido de propiedad sobre la vivienda. No obstante, la comercialización de una de estas viviendas es posible en la práctica, sin embargo, eso modifica la relación simbólica que tienen con la vivienda y con el Estado, ya que hay una relación jurídica previa con los beneficiarios originales.

Respecto al trabajo de campo se puede colegir que la cámara transforma las relaciones sociales entre etnógrafo e interlocutores y que la idea de realizar un documental movilizó a parte de la población, expresando su forma de entender la ciudadela y las mejoras que necesita. La cámara no ha constituido un obstáculo, ni en la relación etnográfica ni en la observación exploratoria; al contrario, la personificación de la cámara ha hecho que los interlocutores también se involucren con ella y motiven la observación tanto de los interlocutores como del etnógrafo. Además, la cámara también construye distintos tipos de roles actanciales de los personajes. Por tanto, la cámara ha permitido a los sujetos tomar una posición frente a lo que quieren hacer, modelar o decir.

La reflexividad del investigador sigue siendo una apuesta metodológica transparente y ética en la medida en que se expone o se desnuda el proceso mismo de investigación que generalmente se ha ocultado bajo la apariencia de objetividad. Consecuentemente, mi presencia en la gráfica de la investigación es también parte de una reciprocidad con los cuestionamientos de la comunidad respecto a mi propia presencia.

## Bibliografía

- Acosta, María Elena. 2009a. "Políticas de vivienda en Ecuador desde la década de los setenta: análisis, balance y aprendizajes". Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Ecuador.
- . 2009b. "La gestión de la vivienda social en el Ecuador: entre la espada y la pared". *Ecuador Debate*, 76: 93-106. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/4185>.
- . 2017. "Políticas públicas de vivienda urbana en Ecuador - Paradigmas y alternativas". En *Alternativas urbanas y sujetos de transformación*, editado por Pamela Olmedo y Gustavo Endara, 54-80. Quito: Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador.
- Altmann, Philipp. 2016. "Buen Vivir como propuesta política integral: Dimensiones del Sumak Kawsay.", mayo. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/8828>.
- Ardèvol, Elisenda. 1994. "La mirada antropológica o la antropología de la mirada: De la representación audiovisual de las culturas a la investigación etnográfica con una cámara de video". Tesis doctoral en Universidad Autónoma de Barcelona. [http://cv.uoc.edu/~grc0\\_000199\\_web/pagina\\_personal/eardevol\\_cat.htm](http://cv.uoc.edu/~grc0_000199_web/pagina_personal/eardevol_cat.htm).
- . 2006. *La búsqueda de la mirada. Antropología visual y cine etnográfico*. Barcelona: Editorial UOC.
- . 2007. "La imagen en la práctica etnográfica". *Ankulegi, Revista de Antropología Social*, 11: 15-26.
- Bayon, María Cristina, y Gonzalo Saravi. 2019. "Desigualdades: subjetividad, otredad y convivencia social en Latinoamérica". *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, 59: 8-15. [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1607-050X2019000100008&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2019000100008&lng=es&tlng=es).
- Bourdieu, Pierre. 1985. *¿Qué significa hablar?* Madrid: Ediciones Akal.
- Bourdieu, Pierre, y Loic J.D Wacquant. 1995. *Respuestas: por una antropología reflexiva*. México: Editorial Grijalvo S.A.
- Castells, Manuel. 2001. *La sociología urbana de Manuel Castells*. Editado por Ida Susser. Madrid: Alianza Editorial.
- Constitución de la República. 2008.
- Crespo, Juan Manuel. 2017. "Del Sumak Kawsay al Buen vivir". En *Buen vivir como alternativa al desarrollo: una construcción interdisciplinaria y participativa*, editado por Carlos Larrea y Natalia Green, 12-26. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- De Certeau, Michel. 2000. *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México, D.F: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Decreto Ejecutivo N° 1419. 2013. <https://www.habitatyvivienda.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2017/11/Decreto-Ejecutivo-No-1419-de-22-de-enero-de-2013.pdf>.
- Durkheim, Emile. 1982. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Ediciones Akal.
- El Telégrafo. 2019. "BID aprueba crédito para reducir déficit de vivienda". *El Telégrafo*, 23 de mayo de 2019, sec. Economía.

- <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/economia/4/credito-reducir-deficit-vivienda-ecuador>.
- Fernández, Blanca S., Liliana Pardo, y Katherine Salamanca. 2014. "El buen vivir en Ecuador: ¿marketing político o proyecto en disputa?. Diálogo con Alberto Acosta", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* 18 (48): 101-117.  
<http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/5812>.
- Ferrándiz, Francisco. 2011. *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Anthropos.
- Fontaine, Guillaume. 2015. *El análisis de políticas públicas: conceptos, teorías y métodos*. Quito: Anthropos, Flacso.
- Foucault, Michel. 2000. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García Acosta, Virginia. 2014. "El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos". *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales* 0 (19): 11-24.  
<https://doi.org/10.29340/19.1042>.
- Gerencia de Acompañamiento Social. 2014. "I Concurso de Buenas Prácticas Comunitarias". Quito: Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Giglia, Angela. 2000. *Terremoto y Reconstrucción. Un estudio antropológico en Pozzuoli, Italia*. México, D.F: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede México.
- . 2012. *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Goffman, Erving. 1979. *Relaciones en lo público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza Editorial.
- Grau Rebollo, Jordi. 2002. *Antropología audiovisual. Fundamentos teóricos y metodológicos en la inserción del audiovisual en diseños de investigación social*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- . 2008. "El audiovisual como cuaderno de campo". En *El medio audiovisual como herramienta de investigación social*, de Jordi Grau Rebollo, Elisenda Ardèvol, y Gemma Orobitg Canal, editado por Adriana Vila Guevara, 13-30. *Dinámicas interculturales* 12. Barcelona: Fundación CIDOB.
- Hall, Stuart. 1997. "El trabajo de la representación". En *Representación: Representaciones culturales y prácticas significativas*. Londres: Sage Publicaciones.
- Hurtado Isaza, Juan Gabriel, y Catherine Chardón. 2012. *Vivienda social y reasentamiento, una visión crítica desde el hábitat*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.
- Ingold, Tim. 2015. "Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía". *Etnografías Contemporáneas* 2 (2): 218-30.
- Juan, Salvador. 2000. "Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana". En *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, editado por Alicia Lindón, 123-46. Barcelona: Anthropos, El Colegio Mexiquense, Universidad Autónoma de México.
- Larrea, Carlos. 2017. "La noción amazónica del buen vivir y su relevancia como alternativa al concepto de desarrollo". En *Buen vivir como alternativa al desarrollo: una construcción interdisciplinaria y participativa*, editado por Carlos Larrea y Natalia Greene, 2-11. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

- Le Breton, David. 1999. *Pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lefebvre, Henri. 2013. *La producción del espacio*. Madrid: Capitan Swing Libros.
- Lindón, Alicia. 2000a. "Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación)". En *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, editado por Alicia Lindón, 7-18. Barcelona: Anthropos, El Colegio Mexiquense, Universidad Autónoma de México.
- . 2000b. "La espacialidad como fuente de las innovaciones de la vida cotidiana. Hacia modos de vida cuasi fijos en el espacio". En *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, editado por Alicia Lindón, 187-231. Barcelona: Anthropos, El Colegio Mexiquense, Universidad Autónoma de México.
- . 2006. "Geografías de la vida cotidiana". En *Tratado de geografía humana*, editado por Alicia Lindón y Daniel Hiernaux. Barcelona: Anthropos, El Colegio Mexiquense, Universidad Autónoma de México.
- . 2009. "La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento". *Cuerpos, emociones y sociedad* 1 (1): 6-20.
- . 2011. "Las narrativas de vida espaciales: una expresión del pensamiento geográfico humanista y constructivista". En *Memoria, espacio y sociedad*. Barcelona: Anthropos.
- . 2014. "El habitar la ciudad, las redes topológicas del urbanita y la figura del transeúnte". En *Identidad y espacio público. Ampliando ámbitos y prácticas*, de Diego Sánchez González y Luis Ángel Domínguez Moreno, 55-76. Madrid: Gedisa.
- Lindón, Alicia, y Daniel Hiernaux. 2006a. "La geografía humana: un camino a recorrer". En *Tratado de geografía humana*, 7-22. Barcelona: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Louis, Ilionor. 2013. "Las fronteras de la ciudad: construir viviendas para las víctimas de inundaciones en Cabaret". En *Los lugares del hábitat y la inclusión*, 565-78. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede Ecuador, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Mardones, Pablo. 2018. "Padrino de cámara: Haciendo cine documental con migrantes de los Andes centrales en Buenos Aires a través de la institución quechua-aymara del padrinazgo". En *La mirada insistente: Repensando el archivo, la etnografía y la participación*, editado por Christian León M. y María Fernanda Troya, 257-74. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala.
- Martínez Gutiérrez, Emilio. 2013. "Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre". En *La producción del espacio*, 29-50. Madrid: Capitan Swing Libros.
- Medina, Luis Campos, Rebeca Silva Roquefort, y Mariela Gaete Reyes. 2017. "El rol de las emociones y los afectos en la producción del hábitat y el territorio". *Revista INVI* 32 (91): 9-21.
- Orobitg Canal, Gemma. 2008. "Miradas antropológicas: Relaciones, representaciones y racionalidades. Fotografía, cine y texto en el contexto de la Historia de la Antropología". En *El medio audiovisual como herramienta de investigación social*, de Jordi Grau Rebollo, Elisenda Ardèvol, y Gemma Orobitg Canal, 51-84. Barcelona: Fundación CIDOB.

- Ortiz Flores, Enrique. 2011. "Producción social de vivienda y hábitat: bases conceptuales para una política pública". En *El camino posible. Producción Social del Hábitat en América Latina*, 13-40. Montevideo: Centro Corporativo Sueco, Ediciones Trilce.
- Park, Robert. 1999. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Madrid: Ediciones del Serbal.
- Pereira, Alberto. 2008. *Claves semióticas de la televisión*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala.
- Pinto Valencia, Vanessa. 2012. "Vivienda sin ciudad: análisis de la política habitacional de subsidio a la demanda en Ecuador y su impacto urbano". Tesis de Maestría en Gobierno de Ciudad con mención en Desarrollo de la Ciudad, Quito.  
<http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/5429>.
- Ponce de León, Alejandro. 2018. "Pueblo de papel: la producción social del territorio en el poblado industrial de Atenquique, México". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales* 61: 135-52.
- Presidencia de la República del Ecuador. s. f. "Alonso de Illescas". *Palacio de Gobierno* (blog). Accedido 18 de agosto de 2019. <https://www.presidencia.gob.ec/alonso-de-illescas/>.
- Pujadas, Joan, ed. 2011. *Etnografía*. Barcelona: Editorial UOC.
- Ribeiro, Gustavo Lins. 2004. "Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica". En *Constructores de otredad*, editado por M Boivin, A Rosato, y V Arrivas, 194-98. Buenos Aires: Antropofagia.
- Robles, Juan. 2012. "El lugar de la Antropología audiovisual: metodología participativa y espacios profesionales". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales* 44: 147-62.
- Ruby, Jay. 1995. "Revelarse a sí mismo: reflexividad, antropología y cine". En *Imagen y Cultura. Perspectivas del cine etnográfico*, editado por Elisenda Ardèvol y Luis Pérez Tolón. España: Diputación de Granada.
- Said, Edward W. 1984. "Permission to Narrate". Review of *Israel in Lebanon: The Report of the International Commission*, por Sean MacBride, Amnon Kapeliouk, John Bulloch, et al. *London Review of Books*, 16 de febrero de 1984. <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v06/n03/edward-said/permission-to-narrate>.
- . 2005. *Reflexiones sobre el exilio*. Barcelona: Debate.
- Santillán Cornejo, Alfredo. 2019. "Imaginar fronteras, reconstruir desigualdades". En *Ciudades (in)descifrables. Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano*, editado por Paula Vera, Ariel Gravano, y Felipe Aliaga, 107-20. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- . 2019. *La construcción imaginaria del Sur de Quito*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Schwarzberg, Nicolás. 2018. "Resistiendo en el desastre: El albergue popular San Roque en Bahía de Caráquez". Tesis de Maestría en Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Ecuador. <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/14003>.
- Secretaría Técnica del Plan Toda una Vida (STPTV). 2021. *Evaluación cualitativa de la Estrategia de Fortalecimiento Comunitario de Proyectos de Vivienda de Interés Social en Ecuador (Estudio de Casos)*. Quito.
- Sefla, Andrés. 2016. "La representación del menor de edad construida por la prensa escrita: estudio a partir de un análisis narratológico del relato periodístico". Quito: Universidad Central del Ecuador.
- Sennett, Richard. 2011. *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama.

- Senplades. 2013. *Plan Nacional del Buen Vivir 2013-2017*. Quito: Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo.
- Sepúlveda Ocampo, Rubén Patricio, y Raúl Fernández Wagner. 2006. *Un análisis crítico de las políticas nacionales de vivienda en América Latina*. San José: Centro Cooperativo Sueco.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. 1998. "¿Puede hablar el sujeto subalterno?". *Orbis Tertius*, 45.
- Storini, Claudia. 2017. "El aporte del Buen vivir al constitucionalismo y al derecho". En *Buen vivir como alternativa al desarrollo: una construcción interdisciplinaria y participativa*, editado por Carlos Larrea y Natalia Green.
- Téllez Infantes, Anastacia. 2007. *La investigación antropológica*. Alicante: Editorial Club Universitario.
- Tuan, Yi-Fu. 2007. *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Editorial Melusina.
- Victoria Morales, María Irena, y Carlos Alberto Molina Prieto. 2003. "Reasentamiento Involuntario: integración y civilización". *Bitácora*, 2003.
- Villalva Torres, María José. 2020. "Análisis de los factores que inciden en el cambio climático a partir de la implementación de la política pública de reasentamientos por afectación natural: caso proyecto habitacional Duana II, ubicado en la parroquia Rosa Zárate, cantón Quinindé, provincia de Esmeraldas." Tesina de Especialización en Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - Sede Ecuador.